



**El Lado Oscuro
de la Luz**

J. A. Gómez Giménez

Sinopsis:

El espía irlandés James Fleming, agente del servicio secreto de Inglaterra, cumple la que en teoría debe ser su última misión antes de retirarse, en el Muro de Berlín, extrayendo agentes aliados entre las dos Alemanias. Sin embargo, le es asignada una nueva misión que lo adentrará en tierras comunistas del otro lado del muro fronterizo, allí se dará cuenta que sus superiores no fueron sinceros por cuanto le ocultaron la verdad acerca del trabajo que originalmente debía realizar y del cual no se espera que regrese con vida. Una misión de inteligencia se ha convertido en contrainteligencia con dobles y triples agentes en acción.



EL LADO OSCURO DE LA LUZ

James Fleming
El Duende # 1

ISBN: 978-980-18-0121-4 / Depósito Legal:
LA2018000056 - 2018



978-980-18-0121-4



Inspirado en:

El espía que surgió del frío, de John Le
Carre. (1.980).

Ian Fleming y su personaje alter ego James
Bond, 007.

CAPÍTULO I

El Lado Oscuro

El lado oscuro de la luz.

Eso era exactamente lo que parecía el negro cañón del arma que estaba a punto de dejar escapar su carga mortal. Fleming lo sabía aunque hubiese preferido obviarlo a sabiendas que, a veces, ignorar es sinónimo de morir.

La invasión militar a un país puede servirnos para muchas cosas. Por ejemplo, para recordarnos un hecho básico, elemental, fundamental: las sorpresas conllevan una crisis. El gobierno de cualquier nación debe tener siempre hecha una tarea imprescindible que jamás puede llegar a ser asignatura pendiente. Dicha tarea consiste en tener un bien engranado, entrenado, disponible, dispuesto y actualizado aparato de inteligencia que le ayude en la prevención de las sorpresas negativas que amenacen su soberanía nacional, estructuras democráticas e integridad social.

Un servicio de inteligencia es un organismo del Estado cuya misión es desplegar mecanismos para obtener información que está fuera del alcance por otras vías y en otras instancias, para elaborar métodos y formas de inteligencia acerca de cómo enfrentar diversas amenazas con la finalidad de hacer posible su prevención y facilitar la toma de decisiones lógicas y prudentes por parte de la autoridad competente, la cual suele ser el gobierno de turno.

De manera tal que el propósito primordial de un servicio de inteligencia es, en esencia, la obtención de información que contribuya a salvaguardar los intereses de un Estado, su integridad y seguridad nacional.

El servicio de inteligencia Israelí es un derivado de la sociedad a la cual sirve y que le otorga poder e idiosincrasia. El espía Israelí es igual a la sociedad que defiende, por cuanto su inteligencia está estrechamente ligada a la imagen nacional. Realizan una labor tan clandestina como lo ha sido el desarrollo y crecimiento de esa nación. Y las tradiciones populares y la mitología histórica son fiel reflejo del temperamento y el carácter de la cultura nacional.

Eso incluye a sus agentes secretos.

En Italia, los agentes del Comitato Esecutivo per i Servizi di Informazione e di Sicurezza, CESIS, son mitad agentes de campo y mitad agentes diplomáticos, por cuanto entre sus labores no solo está la ejecución de acciones preventivas de seguridad, sino que estas incluyen coordinar su labor con los demás cuerpos de seguridad nacional: policía, fuerzas armadas, guardias de finanzas, carabinieri, entre otros.

Diplomacia y discreción.

En el servicio secreto Francés, la inteligencia es como un juego de niños traviosos y consiste en que el estado dice una cosa y hace otra. Los agentes del servicio secreto francés contrarían las órdenes intentando destruir o debilitar a los políticos. El espía francés no cree en algo definitivo, para ellos un trato no es un trato, llegan a un acuerdo y enseguida lo rompen, juegan a la mentira, al engaño, lo cual es típico en alguien que se dedique a las lides del espionaje y contraespionaje.

No confiar, no creer.

El espía alemán es muy laborioso, tiene una labor mayormente oficinesca aunque eso no le resta eficacia en el trabajo de campo. Posee un paradigma de acción basado en el entorno militarizado de la sociedad. Tienen una personalidad carismática aunada a una energía arrolladora.

Verdaderos atletas física y mentalmente.

La inteligencia de los Estados Unidos es igual a una de sus grandes empresas. Sus empleados y maquinarias alteran el equilibrio vital entre calidad y cantidad. El espionaje gringo minimiza al sujeto para ensalzar la eficiencia de los métodos, tácticas y estrategias de la organización como tal. El gran protagonista es el servicio en si apoyándose en los mejores artefactos y la tecnología de punta, los agentes son anónimos al cien por ciento.

Los espías del tío Sam son crueles, bombardean civiles si consideran que es necesario, derriban aeronaves, derrocan regímenes, conspiran para asesinar presidentes y llevar a otros al poder, propician golpes de Estado y acompañan otros. Para el agente secreto gringo su accionar está plenamente justificado por cuanto lucha buscando no solamente el bien de la democracia de su país, sino también del mundo para que siga siendo libre, no solo para perpetuar los intereses de su país sino los del planeta entero.

Auténticos hombres invisibles.

Para los servicios de inteligencia soviéticos, el espía ruso es la voz de la madre patria por cuanto cual insigne patriota está dispuesto a morir por su país, y regar la tierra con su abnegada sangre. Sus agentes son expertos en el engaño político, uso de armas letales camufladas como por ejemplo un paraguas, y son sofisticados en los sistemas de radioescucha.

La oreja detrás de la puerta y los oídos de las paredes.

La inteligencia británica también es como un juego pero un juego de poderes individuales cuya meta es el colectivo. Los espías ingleses son competentes, consideran que la mente es más importante que los músculos y las armas. El servicio secreto británico es una institución elegante, flemática, astuta, ingeniosa, pletórica de ideas, inteligente y por lo tanto eficiente. El trabajo del espía inglés está fundamentado en las mejores cualidades del ser humano como son la comprensión y el intelecto.

Es decir, en el espía inglés confluyen a un mismo tiempo tres elementos que consideran indivisibles: la dignidad británica, el romanticismo y la aventura. Y aunque estoy al servicio de su majestad no soy inglés. Ni siquiera escocés. Soy irlandés. Mi padre

es oriundo de Escocia y mi madre de Inglaterra. De mi parte escocesa obtuve mi gusto por el whisky, de mi parte inglesa viene mi sentido analítico y de mi parte irlandesa surge mi tan natural y característica rebeldía.

Así soy yo.

¿Quién soy?...

Fleming.

James Fleming.

¿Ocupación?...

Agente secreto de la inteligencia británica.

Espía.

¿Misión actual?...

Recuperar agentes aliados en Alemania Oriental, atravesando el muro hacia Alemania Occidental.

En eso me encontraba en el segundo puesto de control militar occidental aquella fatídica noche. Observaba detenidamente con binoculares hacia el lado oriental. A veinte metros de la línea divisoria pintada de rojo en el pavimento había a cada lado un soldado con su fusil listo para entrar en acción. Cincuenta metros más atrás estaba un promontorio hecho con sacos de arena, piedras y una ametralladora con dos soldados ansiosos de rafaguear al lado contrario.

Otros cincuenta metros más atrás estaba la caseta del primer control, en la cual uno de los soldados solicitaba la documentación para cotejarla y así permitir o negar el acceso al otro lado del muro. Sobra decir que estos soldados tenían órdenes de disparar a matar ante cada duda y averiguar después.

Comunistas de mierda.

Cameron, el otro agente secreto británico participante en la operación, tomaba café caliente, cargado y humeante mientras conversaba y reía con dos soldados alemanes. Que buen apoyo tenía el irlandés. Generalmente trabajaba con Dylan o Troy, pero el primero había sido transferido a Italia hacía ya un par de meses y el segundo estaba de vacaciones. Cameron era apenas un jovencito. Le enviaron un novato salido de una oficina para que lo apoyase en una delicada operación de campo.

Burócratas de mierda.

Se colgó los binoculares sobre el pecho e introdujo su mano derecha dentro del abrigo. Extrajo una licorera de aluminio y bebió un trago de whisky añejo. Eso sí que quitaba el frío. Encendió un cigarrillo y comenzó a caminar a pasos pequeños sin dirección fija. Parecía el familiar de un enfermo esperando que el médico viniese a informarle acerca del resultado de una operación de apendicitis.

Pensaba en todo y al mismo tiempo en nada.

Ya nada era igual.

Por un lado los políticos se reunían a hablar de paz entre comida exótica, bebidas añejadas y prostitutas de lujo, y por el otro, él estaba allí sacando clandestinamente de la zona de peligro a los espías que esos mismos políticos habían autorizado ser enviados a la boca del lobo.

Por otra parte, allí estaba Cameron, un muchachito de 24 años que representaba el futuro de los servicios de inteligencia británicos. La generación de relevo. Y allí estaba él. En la cúspide del espionaje a sus 44 años de edad cuando todos se jubilaban del servicio activo a los 40.

-¡Admítelo, Fleming, estás pasado de moda!- Pensó el irlandés.

Tan solo había que mirarlos para notar las diferencias. Cameron sonreía siempre. Fleming era el amargado en cualquier lugar. Cameron usaba una moderna chaqueta marrón que le caía hasta las posaderas y según decía era de piel de Ante, y la había adquirido en

Estados Unidos. El irlandés prefería el clásico sobretodo gris comprado en una tienda cualquiera en alguna calle londinense.

¿Qué diablos es un Ante?...

Y ¿a quién le importa lo que diantres sea?...

El muchacho inexperto portaba una liviana Prieto Beretta, muy precisa en realidad. El viejo zorro prefería una pesada Colt M1911A1 calibre .44, muy mortífera para ser exacto. Fleming sabía que en esta arriesgada profesión generalmente el enemigo atacaba de cerca, por lo tanto, más que precisión se requería poder de fuego. Él no quería detener al enemigo en su ataque. No. Eso era para los mariquitas que tomaban prisioneros heridos para interrogarlos y luego negociarlos con el enemigo para que luego volvieran a estar en circulación.

No.

Ese no era y ya jamás sería su estilo.

Para Fleming el mejor enemigo era el enemigo muerto. Si él no lo mataba podía ocupar el lugar del cadáver. Mejor que enterrasen a su enemigo y no a él. Había otros métodos para capturar y hacer confesar al enemigo. Personalmente lo había hecho varias veces pero al final se encargó que esos enemigos no volvieran a “circular”.

Eso enojó varias veces a sus superiores.

Al diablo con ellos.

Estos métodos modernos le desagradaban hondamente a Fleming. Menos mal que ya estaban a punto de retirarlo. El de esta noche era, supuestamente, el último espía inglés que quedaba del lado comunista del muro. No lo creía pero eso fue lo que le informaron desde el cuartel general en Londres. Era lo que querían y necesitaban que él creyese. Y a él le daba igual, total, no le pagaban por creer.

Tal vez a los sacerdotes pero a los espías no.

Por lo menos a él no.

De hecho, el irlandés al servicio de su majestad creía en muy pocas cosas. Creía, por ejemplo, en una taza de café muy caliente desayunando huevos revueltos con tocino y pan de centeno; en una botella de whisky escocés y en el poder de fuego de su pistola. Claro que también creía en otras cosas pero las incluía todas en la misma lista o género: la mierda que eran la política, la monarquía, la guerra y el mundo en general.

En eso también creía ciegamente.

Extrajo un segundo cigarrillo y lo encendió mientras caminaba hacia la caseta de guardia. Miró al otro lado de la frontera pero todo seguía igual. Uno de los soldados que operaban la ametralladora alemana MG 42 calibre 7 mm, se levantó para pedirle un cigarrillo. Se lo dio. Era muy joven pero no parecía novato. Quizás ya estaba por finalizar su servicio militar. Tal vez, sino había guerra, le permitiesen regresar a su hogar.

Tal vez.

Solo tal vez.

Fleming si volvería a casa pronto. Luego de la extracción de esta noche culminaba su jornada aquí. Le enviarían de nuevo a casa. Le otorgarían una medalla a nombre de la Vieja de Inglaterra y le ofrecerían un trabajo de oficina hasta los 50 años y se iría con pensión de jubilado. Él rechazaría el nombramiento, optaría por el retiro voluntario y regresaría a su hogar. Con las pensiones del ejército y del servicio secreto sería suficiente para vivir cómodamente en Irlanda o en cualquier lugar.

Pero no en Londres. Tal vez en una montaña escocesa. Aún no lo decidía. En Escocia están su ex esposa y sus hijos. Ella se había casado con un abogado idiota pero buen tipo. Los chicos lo querían. Fleming no les estorbó antes y no lo haría ahora. Quizás se mudaría a Estados Unidos y vestiría chaquetas de piel de Ante y fumaría cigarrillos mentolados.

Después de viejo, marico.

Qué buena vaina.

-¡Hace más frío que de costumbre!- Dijo el soldado. -¿Está seguro que su agente cruzará esta noche?-

-¡Si; eso fue lo acordado, es hoy o nunca!- Contestó el agente del servicio secreto británico.

Cameron silbó y señaló reiteradamente hacia el lado oriental. Un automóvil se dirigía hacia la frontera comunista. El irlandés consultó su reloj. 11:55 p.m. Justo a tiempo. La medianoche no es ni remotamente el mejor momento para cruzar por el muro de Berlín. A menos que vayas a pasar ilegalmente, lleves contrabando o intentes subir por el muro. Fleming utilizó los binoculares y al cabo de un momento dejó escapar una maldición.

-¡Ese es el auto de Voeller pero lo conduce una mujer!- Informó Cameron que se había parado junto al irlandés.

-¡Ya me di cuenta, no soy ciego, aunque a veces quisiera serlo!-

-¡Ese no era el plan, ¿qué sucedería?- Quiso saber el chico londinense.

-¡Créeme que si fuese adivino no estaría aquí ni por error!- Fue la seca respuesta del irlandés.

-¿Y quién diablos es esa mujer?- Interrogó un cabo alemán.

-¡Alexandra Pletikova, doble agente soviética!- Contestó Fleming.

-¿Y por qué conduce el auto de Voeller?- Consultó el inglés.

-¡Fácil. Es su esposa!- Aclaró el irlandés.

-¿Pero qué demonios hace aquí?-

El pelirrojo irlandés lo observó un instante antes de responder:

-¡Preguntas demasiado, muchacho!-

-¡Es que tengo que saber. Esto no era parte del plan. ¿Voeller vendrá o no?-

-¡Eso fue lo acordado, no tengo “boleto” para ella, solo para él y es intransferible!-

-¿Entonces?-

-¿Qué?-

-¿Qué haremos con ella?-

-¡Le invitaré un café!-

-¡Quééééé?-

-¡Silencio!- Inquirió el irlandés.

Los soldados del lado oriental le devolvieron los documentos a la rubia mujer de enormes ojos azul claro.

-¡Buena falsificación!- Pensó Fleming.

El automóvil Opel negro con matrícula federal avanzó lentamente hasta el segundo puesto de control. Mientras la atendía un soldado, otro examinó el interior del auto y la maletera. La cerró e hizo un gesto tranquilo a su compañero. Este le indicó a la mujer que podía avanzar. El militar dentro de la caseta oprimió un botón y la barrera se elevó permitiendo al auto avanzar.

Inmediatamente la hizo descender.

La mujer le sonrió al último soldado oriental al pasar junto a él. Continuó avanzando tranquilamente hasta llegar a la línea divisoria. Más que observarla, Fleming estaba pendiente de los soldados. Estaban tranquilos. Todo normal. La chica lograría cruzar. Esos malditos soldados orientales a veces detectaban los documentos falsos y fingían que todo estaba en orden. Permitían que la o las personas avanzaran y antes de llegar a la línea los masacraban por la espalda solo por el miserable placer de asesinar o para salir del aburrimiento de la jornada de “trabajo”.

Así eran los Vopos.

Muchos habían caído así, faltándoles pocos metros, apenas unos pasos para acariciar la libertad y abrazar a sus seres queridos. Este no fue el caso de la espía rusa cuyo

nombre código era Alexa. Apenas llegó al puesto de control donde estaban los agentes secretos británicos, el mayor de ellos, sin decir ni una palabra abrió la puerta y se montó en el Opel.

-¡Fleming, ¿qué haces?- Preguntó incrédulo Cameron.

-¡Te dije que le invitaría un café. Ya regreso. Atentos con Voeller. Arranca!- Ordenó el pelirrojo.

La chica obedeció sin hablar. Avanzó unos cien metros y se detuvo en una esquina porque Fleming se lo dijo. Encendió un cigarrillo y le ofreció uno a la rubia quien lo aceptó.

-¿Brain va a venir?-

Luego de otra expulsión de humo la chica contestó:

-¡Si. Me estaba observando desde un edificio cercano. Esperará 15 minutos luego que yo cruzara la línea para él hacerlo!-

-¿A pie o en auto?-

-¡No. En bicicleta!-

-¡Muy bien!-

El espía irlandés hurgó en un bolsillo de su abrigo, extrajo un papel doblado y se lo entregó a la rubia.

-¡Ve a esa dirección. Espera allí. Unos amigos te recibirán. Iré pronto con Brain. Vete ahora!-

-¡Está bien!-

Apenas Fleming cerró la portezuela ambos comenzaron a andar. Ella en el auto a moderada velocidad hacia el centro de Berlín Occidental y él al trote nuevamente hacia el puesto fronterizo.

Todo seguía en calma.

El irlandés tomó un trago y encendió el último cigarrillo que le quedaba. Arrugó la cajetilla y la arrojó hacia un costado. Siempre le había parecido estúpida esa costumbre en los servicios secretos de todo el mundo de llamar a sus agentes o espías con nombres código. De manera tal que la espía rusa Alexandra Pletikova era Alexa, Sigmund Voeller era Brain, Orville Cameron es Gorrión y él, James Fleming era Duende.

En realidad él no había elegido ese nombre código. Se lo colocó Francis Mallone, por entonces Jefe de Reclutamiento del servicio secreto inglés. Eligió esa palabra al ver el cabello rojizo del recién reclutado del ejército de tierra de su real majestad y al enterarse que era irlandés de nacimiento. Se lo imaginó con el cabello alborotado, anchas y largas patillas y extensa barba enrojecida y de pequeña estatura. El duende irlandés. Y sin tiempo para protestar, el teniente James Fleming se convirtió en el espía conocido como Duende.

La bicicleta se acercó hacia el primer puesto de control fronterizo Oriental hasta que el soldado le hizo una seña al conductor para que se detuviese. Se bajó y con la bicicleta a un lado fue hasta la caseta. Fleming no necesitó los binoculares para identificar a Sigmund Voeller. Su forma de caminar tipo minero cansado era perceptible a lo lejos. Superó el primer control. Saludó con la mano, tomó su bicicleta y continuó caminando.

Cuando Voeller llegó al segundo puesto de control, del otro lado, el irlandés caminó hacia el segundo puesto en el lado Occidental. Se detuvo junto a los soldados. Observó a Voeller saludar sonriendo a los soldados que lo habían chequeado, montó en su bicicleta y avanzó tranquilamente hacia la línea divisoria.

Listo.

Pan comido.

Recordó las palabras de su difunta madre cuando él aún era un niño:

-¡Jimmy, nunca cuentes los pollitos antes que nazcan!-

Que hermosa sonrisa tenía su mamá. Tan hermosa como ella. De hecho, todo en ella siempre fue hermoso, sublime, tierno. Cuando Voeller pasó junto al último soldado

alemán, lo saludó pero no obtuvo respuesta. Continuó la marcha sin mirar atrás ni a los lados. No muy lejos pudo ver la figura y la cara iluminada de su colega irlandés esperando para llevarlo al Reino Unido.

Alexandra lo seguiría después.

El duende irlandés avanzó pausadamente.

La descarga de metralla le perforó rápidamente la espalda y le dio impulso hacia adelante pero una sacudida lo hizo caer poco antes de traspasar la línea divisoria. Aún estaba con vida cuando Fleming se acercó peligrosamente, pistola en mano hasta junto a la rojiza línea divisoria. El soldado que disparó también corrió hacia el caído al ver que del lado opuesto avanzaba caminando un hombre con sobretodo gris oscuro.

Se detuvo un poco confundido a unos quince pasos del caído.

No sabía qué hacer.

Los soldados de ambos bandos tenían expresamente prohibido disparar hacia el otro lado a menos que se tratase de un ataque directo, y siempre que el rival disparase primero. De lo contrario se produciría un conflicto internacional porque aunque ambos lados eran Alemania, se desenvolvían como dos naciones distintas. Por eso el soldado no le disparó a Fleming, quien estaba a tres pasos de Voeller. Se miraron fijamente un instante que pareció un siglo.

El alemán al servicio de su majestad trató de decirle algo pero en lugar de palabras de su boca salió una bocanada de sangre. El irlandés entendió o quiso entender lo que Voeller intentó decirle. Aunque tal vez no fue lo que él entendió sino que cuidase a su esposa. Pero aun cuando Fleming podía hacerlo no debía ni dependía de él. Solo podía protegerla hasta el amanecer, entonces él regresaría a Londres y ella quedaba por su cuenta.

Los otros soldados llegaron junto al que disparó.

El lado oscuro de la luz.

Eso era exactamente lo que parecía el negro cañón del arma que estaba a punto de dejar escapar su carga mortal. Fleming lo sabía aunque hubiese preferido obviarlo a sabiendas que, a veces, ignorar es sinónimo de morir.

El pelirrojo irlandés optó por creer que Voeller trató de decir lo que él entendió. Levantó el arma, apuntó al rostro del espía alemán que trabajaba para Inglaterra y disparó tres veces.

Ahora si estaba muerto.

Los soldados alemanes orientales apuntaban al irlandés pero no dispararon. Ni él a ellos. No hacía falta ni valía la pena. Sin mirar por última vez a su amigo dio la vuelta y caminando tranquilamente regresó sobre sus pasos.

En dirección a la luz.

Hacia el lado oscuro.

CAPÍTULO II

Isla Esmeralda

Así es llamada ocasional y coloquialmente Irlanda, la tercera isla más grande de Europa y la vigésima a nivel mundial. Amhrán na bhfiann, en irlandés: Canción de un soldado. Ese es el himno de Irlanda. Declarada estado libre del Reino Unido el 4 de abril de 1.922. También conocida como República de Irlanda, ocupa la mayor parte de la isla del mismo nombre. Su capital es Dublín, situada al este de la isla. Tiene una única frontera terrestre con Irlanda del Norte, uno de los Estados constituyentes del Reino Unido.

La isla está rodeada por el océano Atlántico y tiene el mar Céltico al sur, el Canal de San Jorge al sureste y el mar de Irlanda al este. El estado irlandés ganó su independencia efectiva del Reino Unido en 1.922, tras una guerra de independencia que finalizó con la firma del Tratado anglo-irlandés, mientras que Irlanda del Norte optó por permanecer en el Reino Unido.

Aunque en principio el país de los duendes celtas y los Leprechauns fue un dominio dentro del imperio británico, con el nombre de Estado Libre Irlandés, en 1.931 se clarificó su completa independencia legislativa y en 1.937 adoptó una nueva constitución y el nombre de Irlanda. En 1.949 se eliminaron los deberes restantes de la figura del Rey de Irlanda y el país se declaró como República sin tener relaciones formales con sus hermanos del norte.

La guerra independentista duró del 21 de enero de 1.919 al 11 de julio de 1.921, aunque la violencia se extendió hasta junio de 1.922, principalmente en Irlanda del Norte. En dicho enfrentamiento sobresalieron los voluntarios de la 3era brigada Tipperary del IRA o Ejército Republicano Irlandés, y el PIRA o Provisional Irish Republican Army, surgido

en 1.969 de una división con el IRA y coloquialmente llamados Los Provos. Se enfrentaron 20 mil soldados del ejército británico contra 15 mil milicianos irlandeses. Las bajas se contabilizaron en 557 muertos en Irlanda del Norte y 200 en Irlanda más 750 civiles fallecidos.

La independencia irlandesa comenzó a gestarse con la Éiru Amach na Cásca o Alzamiento de Pascua, un alzamiento con varias sedes, incluyendo la oficina de correos de Dublín, entre el 24 y el 29 de abril de 1.916. El resultado fue la rendición incondicional de los rebeldes irlandeses y la ejecución de casi todos sus líderes beligerantes que lideraban el Ejército Ciudadano Irlandés o Cumann na mban, formado por voluntarios irlandeses.

De estos, que eran entre 2 mil y 3 mil, solo participaron 1.500 pero apenas tomaron parte en el alzamiento. Hubo 132 muertes en combate y 16 líderes ejecutados. La lista de heridos nunca se conoció con exactitud aunque el gobierno informó acerca de 397.

El alzamiento fue una rebelión que tuvo lugar en Irlanda contra la autoridad del Reino Unido, el lunes de pascua. La rebelión constituyó el más conocido intento de tomar el control del país por parte de los republicanos para lograr la independencia del Reino Unido. Los voluntarios irlandeses eran el brazo armado de la Hermandad Republicana Irlandesa o IRB, encabezado por el maestro y abogado Patrick Peaarse, y el reducido Ejército Ciudadano Irlandés, del líder sindical James Connolly.

El 12 de mayo de 1.916, sacaron a Connolly de su celda en la prisión de Kilmainham, en Dublín y fue llevado al patio. Como estaba demasiado herido para apoyarse, le ataron a una silla y procedieron a fusilarlo. Su plan había consistido en avanzar hacia el centro de Dublín para intentar liberar a Irlanda del dominio británico y levantar a la clase trabajadora europea contra sus gobiernos y la carnicería insensata de la Primera Guerra Mundial.

Durante el sitio tomaron posiciones claves en todo Dublín, donde proclamaron la República Irlandesa. Este acontecimiento suele interpretarse como el momento clave del proceso de independencia irlandesa, pero también marcó la división entre el republicanismo y el nacionalismo irlandeses, que hasta el momento había aceptado la promesa de una

autonomía limitada bajo la corona británica, plasmada en la tercera Ley del gobierno autónomo o Home Rule, aprobada en 1.914 y suspendida por la Primera Guerra Mundial.

La rebelión fue suprimida luego de seis días de enfrentamientos, aunque se la considera exitosa por conseguir elevar al primer plano la cuestión de la independencia de Irlanda.

Aquella tarde parisina era igual a tantas otras que, muchas más personas habían contemplado mucho antes ya. La avenida estaba medianamente poblada por personas de diversas nacionalidades que deambulaban por la capital francesa debido a variados motivos. El sol de la tarde no encandilaba, muy por el contrario, era agradable, ideal para tomarse un café al aire libre. El hombre del traje gris plomo caminaba sin pausa pero sin prisa. Sus pasos eran firmes, seguros, aplomados. Sin duda se trataba de alguien que sabía de dónde venía, a dónde iba y a qué venía.

En una de las mesas afuera de la cafetería parisina se encontraba sentado un hombre un poco pasado de peso, pero cuya ancha espalda demostraba fuerza física y quizás reflejos activos llegada la hora de apremio. De un estuche metálico con daguerrotipo de dragón volador extrajo un habano y procedió a encenderlo.

Esperaba a alguien.

Desde la esquina más cercana apareció un gato negro que parecía huir de algún canino perseguidor, más ninguna figura emergió tras el felino. Fleming pensó que los gatos no huyen despavoridos de la nada. Algo o alguien lo hicieron correr. Esa era sin duda la esquina “caliente”.

El pelirrojo del traje gris se acercó a la mesa del fumador y sin decir una palabra tomó asiento. Este hizo como si estuviese solo. Un diligente camarero se acercó prontamente para solicitar el pedido del recién llegado. El irlandés lo contempló durante

dos o tres segundos a lo sumo, en silencio antes de pedirle un café americano doble muy caliente. Apenas se retiró el camarero, la mirada del pelirrojo recorrió los alrededores.

A lo largo de la avenida se seguían movilizand o algunas personas. El tránsito vial también estaba un tanto mermado, nada extraño para la hora. Pero el automóvil negro sin placas estacionado con los vidrios abajo del otro lado de la calzada casi frente a la cafetería sí que lo era. A ambos lados del establecimiento, la ciudad luz se desdibujaba en suburbios y arrabales.

Buen ambiente para las actividades de espionaje y contraespionaje.

Dos hombres de mediana edad conversaban alegremente en una mesa ubicada entre el local y la mesa donde el irlandés fingió saborear su café expreso. A ese par de sujetos se les acercó una camarera muy delgada con uniforme y tacones altos.

Igualmente servicial.

Extrañamente servicial.

Estábamos en pleno otoño. Clima y tiempo ideal para una conversación agradable entre dos buenos amigos.

-¿Qué tal tu café?- Preguntó el hombre rollizo.

-¡He probado porquerías peores!- Contestó Fleming.

-¡Orgulloso y tozudo como siempre!-

-¡No me hiciste venir desde Bélgica para alabar mis virtudes, ¿o sí?-

-¡Claro que no. Tengo información muy valiosa que entregarte!-

-¡Tú dirás!-

-¡Se trata de un intercambio con los rusos!-

-¿Vodka por whisky?-

-¡No. Espía por espía!-

-¡En lo personal aceptaría el vodka!-

-¡Seguramente!-

-¿A quién desean intercambiar los “camaradas” rojos?-

-¡Igor Rusnevsky!-

-¡No lo cambiaria ni por un cargamento de buen whisky escocés!-

-¡Probablemente, pero en el Reino Unido no comparten tu opinión!-

-¡Suele pasar. ¿Y a quién les piensas entregar?-

-¿Tú qué crees?- Su sonrisa era maquiavélica y sus ojos brillaron malignamente.

Sin inmutarse aun olfateando la traición, el espía irlandés al servicio de la reina de Inglaterra alzó la taza de fina porcelana como si fuese a tomar de su interior pero muy al contrario de eso arrojó su contenido a la cara del sorprendido sujeto y dejó caer la taza al piso.

-¡Te diré en lo que creo. Creo en Dios, a mi manera pero creo en él. Creo en un vaso de buen whisky. Creo en una hermosa mujer desnuda envuelta en sábanas limpias en algún hotel parisino. Creo en una taza de café que sepa mejor que esta porquería envenenada con somníferos. Creo que todo espía debería saber preparar un café expreso muchísimo mejor que este doppio desabrido. Creo que esa bazofia que fumas es portorriqueña, no cubana como dices y crees que es. Creo que esta es una trampa muy mal preparada y finalmente creo que estás totalmente equivocado!-

La mente del duende irlandés era un arma sumamente peligrosa, certera y calculadora. Y junto a su temeraria perspicacia se conservaba sereno ante la inminencia de un hecho de sangre a realizarse en aquel lugar impregnado del olor de los eucaliptos. Fleming era un razonador nato pero también poseía las dotes de aventurero e incluso de tahúr.

Sabiéndose descubierto, el hombre del saco a rayas quiso saber mientras secaba su rostro con un fino pañuelo blanco de seda italiana:

-¡Has matado a muchos hombres peligrosos, ¿eso te causa placer?-

-¡Por lo menos no me causa alergia!-

-¡Nuestra profesión es algo así como jugar con fuego!-

-¡No tan caluroso!-

-¡Ya sabes lo que dicen del fuego!-

-¡Si. Dicen que es acogedor!-

El regordete sonrió maliciosamente mientras sus ojos brillaban con un gesto de triunfo anticipado. Error. Craso error cuando se trataba del Duende. No te metas con un duende irlandés.

-¿En verdad crees que saldrás con vida de este lugar?-

-¡Ya te dije en qué creo!-

-¡No te resistas. Es inútil. El trato está hecho!-

-¡Dime una cosa, ¿por qué no les entregaste a tu madre?, al menos no es tan mala actuando como tus agentes!-

-¿A qué te refieres?-

-¡A que no deberías usar novatos en esta clase de operaciones. Ese falso camarero estaba sudando sobre manera cuando vino a tomar mi pedido. No hace calor como para sudar copiosamente. Obviamente el nerviosismo lo hacía transpirar!-

-¡Continúa!-

-¡Sé que quieres ganar tiempo aunque ya no lo tienes, ni el factor sorpresa, obviamente. Pero te seguiré el juego. La supuesta camarera no es novata pero si estúpida. Ninguna mujer francesa que sea alta utilizaría tacones altos y mucho menos una camarera. Su trabajo les hace caminar mucho y estar de pie durante bastante tiempo. Resulta más que obvio suponer que deben utilizar un calzado más adecuado a tales circunstancias!-

-¡Cierto!-

-¡Otro detalle. El auto negro sin placas y supuestamente sin nadie a bordo pero con los vidrios abajo. Eso quiere decir que sus ocupantes están prevenidos recostados en los asientos, probablemente uno adelante y otro en el asiento trasero, ambos con rifles o fusiles, es decir, armas largas semiautomáticas, ideales para esta clase de operación!-

-¡Impresionante, en verdad muy impresionante. Los rusos recibirán mucho más de lo que van a entregar!-

-¿Y en verdad crees que me vas a entregar?-

-¡Te diré en lo que creo. Creo que no saldrás vivo de este lugar!-

-¿Dónde escuché esa frase antes?-

El pelirrojo se levantó tranquilamente y comenzó a desandar sus pasos. De reojo observó la vidriera del café parisino. La Colt M1911A1 pareció brotar de la mano derecha y el revólver Magnum .357 de su mano izquierda como extensiones naturales de sus extremidades superiores. Un leve quiebre de cintura y el poderoso revólver soltó toda su carga haciendo retroceder mortalmente heridos en el pecho a los falsos camareros y al supuesto administrador.

Sobre la marcha se enderezó a la derecha y los dos agentes rusos dentro del auto sin placas cayeron dentro de este nuevamente. El pelirrojo se dejó caer rodando sobre sí mismo y ambos sujetos de la otra mesa cayeron uno encima del otro. De la esquina surgieron dos hombres más y ambos recibieron dos balazos cada uno.

El irlandés se levantó y caminó serenamente hacia el traidor mientras lo encañonaba.

-¡Si fuese tú no lo haría!- Le recomendó.

El agente traidor solo pudo levantar los brazos regordetes que segundos antes habían estado fuera de la vista de Fleming.

-¿Me vas a matar?-

-¡Que pregunta tan idiota. ¿No se te pudo ocurrir una mejor?-

-¡Solíamos ser amigos. ¿Ya lo olvidaste?-

-¡Si. Lo olvidé hace una semana, justo en el mismo momento en que me vendiste a los rusos. ¿O pensaste que no me enteraría?-

-¡No tienes que hacerlo. Te ofrezco un trato, un muy buen trato!-

-¡Yo te ofrezco algo mucho mejor!-

-¿Qué cosa?-

-¡Las últimas tres balas de mi pistola!-

Era una de esas tardes desiertas mucho más parecidas a un amanecer de domingo en cualquier ciudad. El aire se había tornado turbio, húmedo y frío. James Fleming comenzó a caminar en dirección opuesta viendo a un perro de blanco pelaje avanzar frente a él queriendo regresar a su hogar en la oscuridad de la noche que ya se cernía sobre el ocaso. El habano barato seguía humeante sobre la mesa mientras el gordo traidor continuaba desangrándose ya sin vida.

CAPÍTULO III

En el Reino

El joven vestido con uniforme de gala militar volvió a acercarse. Fleming sentía que todo el recinto estaba impregnado con los aromas de la crema, el enjuague bucal y el perfume que usaba el muchacho. Le permitió acercarse para oírle repetir las mismas palabras:

-¡Disculpe, Comandante. Le repito que ni en esta sala ni en todo el edificio está permitido fumar!-

-¡Y te repito que ya lo sé. Vuelve a tu sitio. Ya casi termino!-

Cameron lo miró sonriente y le hizo señas al soldado para que se retirase. Ambos agentes permanecían desde hacía 45 minutos tras una mesa que al irlandés le parecía exageradamente larga para apenas dos personas. Bueno. ¿Qué importa? Por lo demás, la secretaria y la taquígrafa permanecían en sus respectivos puestos muy obedientes y modositas. El muchacho coqueteaba con ellas. A Fleming le parecían dos mocosas estúpidas como Cameron.

Gracias a Dios hasta hoy tendría que soportarlo.

Deseaba tanto que sus superiores llegasen pronto para terminar con todo esto y largarse al bar más cercano a beberse una botella de whisky. Y tanto lo deseó que se le cumplió. Finalmente aparecieron el primer ministro, el director del servicio secreto y el jefe de Operaciones de la sección de Contraespionaje.

Ocuparon sus respectivos asientos tras una especie de panel estilo juzgado y en plan de jueces comenzaron a hojear los dossiers que permanecían sobre la parte superior del mueble. Así estuvieron o al menos lo fingieron durante un minuto o dos. El irlandés pensó que si continuaban así no le quedaría otra opción que encender otro cigarrillo. Sir Walter Solomon, director del servicio secreto, es decir, su jefe mayor pareció leerle la mente y comenzó con las formalidades del caso. Cumplidas estas pidió una declaración detallada de lo sucedido.

Cameron se levantó para tomar la palabra pero sin embargo, aún sentado, Fleming fue quien habló:

-¡No entiendo para que hacen todo este circo. Es innecesario. Pasé todo el día de ayer redactando un informe detallado que todos ustedes ya deben haber leído. ¿No les basta con eso?-

Hubo un leve murmullo entre los jefes. El primer ministro dijo:

-¡Comandante Fleming, sus maneras siempre han sido opuestas a su alta investidura en esta organización!-

-¡Igual que mis métodos, pero mis misiones siempre las he cumplido!-

-¡No tanto esta vez!-

-¡Cumplí con mi parte, traer al agente o asegurarme que no fuese capturado en su intento de cruzar la frontera!-

-¡Eso es lo que deseamos saber. ¿Cómo pudo pasar esa tragedia?-

Le preguntó el gordo político.

-¡Ninguna tragedia. Algo salió mal. Tal vez sus papeles falsos no estaban bien hechos o reconocieron su rostro en algún afiche de la policía militar!-

Explicó Fleming visiblemente molesto.

-¡No menciona usted nada de eso en su informe, ni su compañero!-

Cameron abrió la boca para realizar una argumentación pero nuevamente el irlandés se le anticipó:

-¡Porque no somos adivinos. Tal vez alguien lo delató o pagó por su muerte. No lo sé y es difícil saberlo a ciencia cierta. Hasta su esposa pudo haberlo traicionado para que le permitiesen cruzar. Somos espías. No lo olvide!-

-¿Los espías siempre se traicionan entre sí?-

-¡Casi tanto y tan a menudo como lo hacen los políticos!-

-¡Fleming!- Gritó Sir Solomon. -¡Le recuerdo que está usted hablándole al señor primer ministro, no a uno de sus compañeros de tragos!-

-¡Solo estoy diciendo la verdad. Además, siempre bebo solo!-

Albert Hamilton, jefe de Operaciones de la sección de Contraespionaje tomó la palabra:

-¿Cree usted posible que la agente Pletikova traicionase al agente Voeller aun siendo esposos?-

-¡No es imposible del todo!-

-¿En qué se basa para sugerir tal cosa?-

-¡Pudo comprar su pase al otro lado entregándoles a Voeller, tengan en cuenta que ambos iban a presentar a los guardias documentos de identidad falsificados por el mismo sujeto. ¿Por qué le sirvieron a ella y a él no? Entonces no fue por eso. Además, Voeller se hubiese dado cuenta, era uno de nuestros mejores y más experimentados expertos en documentación falsa!-

-¿Qué ganaría ella con la muerte de Voeller?-

-¡Eso tendrán que preguntárselo a ella!-

-¡No podemos. Fue asesinada esta mañana al salir de un hotel en Berlín. Iba a encontrarse con un agente nuestro para coordinar su traslado al Reino Unido!-

-¿Y para qué le iban a traer? ¿Para qué nos traicionase en nuestra propia cara?
¿Para darle una vida lujosa con pensión de retiro incluida en la campaña inglesa a pesar de ser nuestro enemigo?-

-¡Le recuerdo, agente, que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”!-

-¡Y yo le recuerdo que Alexa era una doble agente rusa, le vendía información secreta soviética a Alemania y viceversa y ahora resulta que también era amiga nuestra.
¿Para qué deseo tener a alguien así entre mis amistades?-

-¿Qué hubiese hecho usted si ella se le acercaba para venderle información secreta extranjera?-

-¡Le hubiese metido una bala calibre .44 en mitad de la frente y un par más en el corazón para estar seguro!-

-¡Usted siempre alimentando su voraz fama de asesino de amigos!-

-¡Mis amistades tienen lo que merecen!-

Hubo un silencio casi sepulcral en el recinto. Sir Solomon retomó la palabra:

-¡Creemos que Schumacher, el director de la policía secreta fue quien mandó a ejecutar a Voeller y Pletikova!-

-¡Puede ser!-

-¿Qué motivos tendría?-

-¡Es su trabajo y sabemos que es un sádico torturador, un asesino sanguinario y fiel creyente de la supremacía nazi. Sería capaz de asesinar a su progenitora en nombre de la madre patria aria. Si no es que ya la mató por placer, aburrimiento o para tener excusa de estrenar un traje negro confeccionado a la medida!-

-¡Pero no tiene sentido que dejase escapar a Pletikova para luego atreverse a matarla en el lado occidental!-

-¡Schumacher es psicópata pero no estúpido. Si la hubiesen asesinado esa noche en la frontera, Voeller hubiese huido y se supone que él era más importante que ella para los alemanes. Al menos momentáneamente. Aunque también pudieron matarla los rusos, bastantes y muy buenas razones tenían para hacerlo o incluso nuestros aliados occidentales. Hasta nosotros pudimos haberla liquidado. ¿Cierto?-

-¡Nuestros aliados nos lo hubiesen dicho!-

-¡Sí, claro. Esto es espionaje, no es política. Se trata de un juego de poderes en secreto, no en público. Ni nosotros les contamos a ellos todo lo que sabemos ni ellos a nosotros. Y fácilmente Schumacher puede tener matones infiltrados en el lado occidental, o agentes que contrataron un asesino alemán occidental para matar a la rusa solo por dinero sin preguntas ni intereses políticos o bélicos de por medio!-

-¡Son muchas posibilidades y no tenemos certeza de ninguna!-

-¡Y ya no importa. Ambos están muertos y sacamos a todos nuestros agentes de Alemania Oriental. Sigán jugando a la guerra desde el lado Occidental y todos felices. Brindaré por eso!-

-¡Una última cosa. ¿No cree que a Pletikova la asesinaron porque sabía demasiado?-

-¡Claro que sí, generalmente por eso matan a los espías, a veces el propio gobierno de su país. Quizás Schumacher la mató para que no confesase que se alió con él traicionando a Voeller para cruzar la frontera. Si ambos llegaban aquí y luego ustedes se enteraban de la colaboración de la rubia con el sádico le quitarían todos los regalitos y prebendas. La encerrarían en un calabozo, la interrogarían y luego la intercambiarían con la URSS. Allá la matarían. Fusilada luego de unas vacaciones no muy gratas en una prisión siberiana con tortura incluida. Alexa estaba muerta desde antes de cruzar la frontera. Tan sencillo como eso!-

-¡Muy bien, Fleming, puede retirarse!- Le despidió Solomon.

El irlandés no iba a hacerse de rogar. Ágilmente se levantó y salió con prisa de la fría habitación. A escasas seis cuabras de allí había un bar un tanto pomposo para su gusto pero una botella de whisky escocés sabe igual en cualquier rincón sombrío de Londres, donde el atardecer comenzaba a hacerse presente. Las últimas luces del sol parecían horadar un boquete en medio de la brumosa niebla londinense.

El aire frío anunciaba que la noche también lo sería mientras los pasos del rudo agente secreto ascendían por unas escaleras hasta el pasillo que rodea la fortaleza del servicio secreto sobre un muro exterior cuyas vistas permitían observar la majestuosidad del Támesis y el Tower Bridge deslucidas por el fuerte contraluz de un sol que contaba sus últimos minutos en el horizonte.

CAPÍTULO IV

La Luz

El agente secreto danés Marcus Glargaard, observaba la lluvia a través de la ventana de su habitación en el hospital de Zúrich, la ciudad más poblada de Suiza. Unus pro ómnibus, omnes pro uno, en latín: Uno para todos y todos para uno. Tal es el lema nacional de los suizos.

A pesar de la pequeña superficie de su territorio, Suiza tiene climas muy diferenciados entre una y otra región. Los Alpes, verdadera barrera climática, dividen el país en dos grandes partes. En la cara norte de los Alpes prevalecen condiciones climáticas marítimas con una pluviosidad relativamente abundante aunque localmente diferenciada, mientras que la franja sur goza de un clima más templado debido a la influencia mediterránea.

Esta diferencia se hace sentir muy particularmente durante los inviernos, cuando las temperaturas son mayormente rudas y difíciles en la cara norte de los Alpes. Existen disparidades aún mucho más sorprendentes en lo relativo a la cantidad de precipitaciones. La región de Stalden, casi de estepa, en el Cantón del Valais, se contenta con sólo 52 centímetros de lluvia por año.

A menos de 40 kilómetros de allí, el macizo del Monte Rosa es regado por más de 400 centímetros de pluviosidad anual. En tanto, las estaciones del año son perfectamente reconocibles. Durante el otoño, de septiembre a noviembre, los frutos maduran, las hojas cambian de color y caen. En invierno, la nieve viste el paisaje de un blanco total. Con la primavera, de marzo a mayo, florecen los árboles y los pastos reverdecen.

En verano, las temperaturas suben a 25 y hasta 30 grados, el clima es caluroso y húmedo con eventuales lluvias que favorecen la agricultura. En el casco urbano es otro cantar. Las lluvias torrenciales alteraban el tránsito vehicular e impedían el peatonal casi en su totalidad. Los fuertes vientos parecían ráfagas en pugna por dominar cada espacio de la casi desierta ciudad.

El espía danés tenía un aburrimento total pero debía permanecer allí bajo observación durante algunos días más. Su estado de salud aún no era el más idóneo aunque preferiría estar de vuelta en la acción. Había escapado milagrosamente de un enfrentamiento armado en el cual, espías británicos desarticularon una operación de contrainteligencia danesa-francesa.

Maldito espía irlandés. Casi me mata de un tiro. De no haberse atravesado uno de los espías franceses yo estaría muerto. Las balas del revólver reforzado del irlandés segaron la vida del francés de manera inmediata. A mi tan solo me hirieron. Logré escapar con tres plomos dentro de mí y unos cuantos litros de sangre menos. Pero sé que El Duende no se detiene jamás.

No deja misiones sin concluir.

El teléfono comenzó a repicar insistentemente.

Quizás eran mis superiores para darme nuevas indicaciones.

Levanté el tubo.

Del otro lado de la línea alguien habló en danés. Un relámpago iluminó por completo la habitación y el trueno retumbó por todas partes como si el estruendo rebotase de pared en pared hasta desvanecerse. Inmediatamente colgué. Había reconocido la voz del duende. La voz de James Fleming.

Era inconfundible.

Mortalmente inconfundible.

Si sabía dónde me encontraba solo significaba una cosa. Que pronto vendría a buscarme para arrestarme y llevarme a Inglaterra o me asesinaría inmisericordemente. Fleming tenía fama de asesinar a sus amigos sin piedad. De modo que a sus enemigos los debe liquidar casi por diversión.

Fleming era implacable, indetenible, incorruptible. Existía el rumor que en una ocasión un agente secreto egipcio se encontró frente a frente con el oscuro y frío cañón de la pistola del irlandés. Le ofreció dos maletas enormes repletas de dólares por permitirle escapar. De todas maneras estaban en lo alto de un edificio fuertemente custodiado al que, sin embargo, el irlandés, cual duende, logró entrar burlando la seguridad a la cual debía enfrentarse para poder salir.

A menos que aceptase la generosa oferta que le habían realizado.

Su respuesta fue tajante.

Una bala calibre .44 le creó un tercer ojo en medio de la frente al egipcio. Fleming tomó ambas maletas. Las abrió y arrojó su contenido por la ventana. Los transeúntes se alocaron recogiendo el dinero que literalmente llovía. El Duende aprovechó el tumulto para salir del recinto sin ser detectado. Cuando los guardias egipcios se dieron cuenta de lo sucedido, Fleming estaba muy lejos.

Abrí la puerta para cerciorarme que ambos policías estuviesen frente a mi habitación y les dije que estuviesen alertas. Que me habían llamado mis superiores para decirme que una amenaza se cernía sobre mí. Los británicos le habían puesto precio a mi cabeza.

Con ese irlandés al servicio de Inglaterra no se podía negociar. Absurdamente cerré la puerta con llave, como si eso fuese suficiente para detenerlo. Me dejé caer de espaldas en la estrecha cama y pensé en cuánto tiempo me quedaba antes que Fleming viniese por mí. Después de todo podía haber realizado la llamada desde la caseta telefónica ubicada frente al hospital.

Me levanté apresuradamente y corrí hacia un lado del amplio ventanal. Me asomé con cuidado y observé a una señora realizando una llamada desde la caseta. Un alivio

momentáneo recorrió mi espalda. Quizás tuviese tiempo suficiente para alertar a mis superiores y ser evacuado del centro de salud.

Eso haré.

No.

Lo mejor será huir. Colocar tierra de por medio entre ese espía asesino y mi persona. Ya me encargaré de los policías que custodiaban la entrada de mi habitación. Casi sin hacer ruido, como si Fleming estuviese acechándome, me levanté y fui hasta el armario a revisar los elementos que tenía a mi alcance para huir o defenderme de mi verdugo.

O acaso ambas cosas.

Con Fleming nunca se sabía.

Me vestí apresuradamente y revisé dentro de mis bolsillos, el cajón de la mesa y en mi maletín. Solo encontré un reloj suizo, una cadena de oro, unas cuantas monedas, las llaves de mi automóvil y las de mi hogar provisional en aquella ciudad. También unos pasaportes y documentación personal falsificados, un manojito de billetes de diversa denominación, una carta de mis superiores que resolví destruir en ese mismo momento y sin embargo no lo hice. Un bolígrafo, una libreta con algunos apuntes, direcciones y números telefónicos.

En el doble fondo del maletín estaba mi revólver Smith and Wesson calibre .38 cañón largo y una pistola Browning calibre .22 semiautomática. Dejé la pistola en su lugar porque me pareció muy pequeña para defender mi vida en este momento y revisé el tambor del revólver. Tenía cuatro balas percutidas. Rápidamente, con cierto temblor en ambas manos repuse la carga. Cerré el tambor y apunté hacia un punto cualquiera de la habitación. Bien. Mi pulso no temblaba aunque dos gotas de sudor recorrían mis sienes.

Estaba listo para llevar a cabo mi discreta huida.

Volví a dirigirme junto a la ventana para escudriñar por última vez la calle. Estaba tranquila y casi desierta. Eso favorecía ostensiblemente mi huida. Una calle totalmente vacía me haría visible y vulnerable. Decidí tomar un taxi en la esquina más próxima y de

allí hasta la estación central del tren. Si lograba abordarlo tendría la mitad del mandado hecho.

Manos a la obra.

La lluvia había cesado. La tarde se tornaba diáfana, íntima, infinita. Contemplé mi rostro una vez más en el espejo antes de abandonar la habitación. Por un momento, y esto lo puedo jurar, vi mi rostro como el de un anciano decrepito, quizás moribundo, tal vez esperando agónica pero resignadamente su hora final. Mi cuerpo entero fue recorrido por una extraña sensación de soledad, una extraña sensación de vaciedad, una extraña sensación de un cuerpo vacío espiado por un oscuro enemigo quizás escondido entre sombras o en la penumbra del ocaso de mi vida.

Abrí la puerta con cautela. No se oía ni el más mínimo ruido. Me asomé y contemplé un pasillo tan vacío como mi alma, tan abandonado como yo y tan blanco como mi rostro asustado. Los policías asignados a mi custodia habían desaparecido. Inútil llamarlos. Estaban muertos ya.

Si tan solo lograrse salir del hospital.

Si fuese posible escapar de este lugar.

Extraje el revólver del bolsillo de mi saco y comencé a andar sin rumbo fijo, atento a cualquier sonido o movimiento. Lamenté no haber traído la pistola. Ya no tenía tiempo para ir a buscarla. No había tiempo que perder. Las escaleras serían mi salvación. Tan solo así podré escapar de mi implacable perseguidor por segunda vez. La vida me brindaba una segunda oportunidad, y así como aproveché la primera no dejaría escapar la segunda, y probablemente última.

No sabía de alguien que hubiese escapado de las despiadadas, mortíferas y certeras balas del espía irlandés. Pero dicen que en la vida siempre hay una primera vez para todo. Llegué a la esquina del pasillo. A la derecha están las escaleras, a mitad del pasillo. Bastará forzar la puerta de acceso y echar a correr escalones abajo. Al cruzar vi a un doctor de espaldas revisando unos documentos en una carpeta médica.

Es mejor no llamar su atención.

Sin testigos.

Guardé mi arma y avancé en silencio hacia la puerta salvadora. El galeno seguía enfrascado en su lectura. No pareció notar mi presencia. Mucho mejor así. Alcancé la manilla de la puerta. Estaba cerrada con llave. Maldición. Tendría que pedir ayuda al médico. Lamentablemente luego debería asesinarlo. No me gustaba matar civiles. A nadie en general pero esa es una parte inherente a esta profesión.

Matas o mueres.

-¡Doctor. Necesito ayuda. ¿Tiene acaso la llave de la puerta de las escaleras?-

Sin darse vuelta, el galeno me contestó:

-¡Claro que la tengo. Le ayudaré!-

Esa voz resonó en mis oídos como una opción salvadora. Esa voz fue como un bálsamo de redención derramado sobre mí. Esa voz tranquilizó mi acelerado corazón. Esa voz me trajo esperanza de seguir viviendo. Esa voz sonó segura, templada, contundente, concreta, certera.

Esa voz, esa voz...

Esa voz me pareció conocida.

Esa voz...

El Duende.

Fleming se dio vuelta con su pistola antecedida por un silenciador. Avanzó hacía mí viéndome directo a los ojos con el brazo armado en alto y decidido a no llevarme a Inglaterra. Irónicamente, en mi desesperación, había encontrado segundos antes el alivio necesario en la misma voz de mi verdugo.

Ironías de la vida.

Vida irónica la mía.

Pero ya no importaba.

Estaba a punto de perderla.

La boca oscura del arma contrastaba con la iluminada área del hospital.

La luz blanquecina lo hacía resaltar.

La luz... la luz.

El espía danés se desplomó sin emitir un grito, sin esgrimir una queja, totalmente en silencio. Debajo de su tibio cuerpo sin vida comenzó a formarse un amplio charco de espesa sangre. James Fleming, un par de días después, en el cuartel general del servicio secreto inglés, escribiría en su informe que la muerte del rubio espía había sido no solamente instantánea y fulminante, sino también segura, templada, contundente, concreta, certera.

El irlandés permaneció una semana detrás de un escritorio a la espera que lo llamasen de personal para hacerle la “generosa” oferta que él “gentilmente” rechazaría y adiós. La llamada llegó ese día. Miss Tunney, la secretaria, le anunció que el jefe de Operaciones solicitaba su presencia inmediata. Fleming se regocijó pensando que esta sería la última vez que tendría que ver la cara de idiota de su jefe operativo.

Lo que más le molestaba era que siendo Hamilton un ex espía de la vieja escuela, la escuela clásica, se hubiese contagiado de estos procedimientos, métodos, estrategias, vocabulario y maneras modernas que idiotizaban los servicios de inteligencia occidentales. Pronto los enemigos nos imitarían y así se putearía o mariconearía el espionaje a nivel mundial.

O acabarían con él.

Pero nada de eso importaba ya. Hasta hoy estaba allí. Volvería para firmar unos documentos, declaración jurada de confidencialidad, bla bla bla etc etc etc, y luego a cobrar directamente en el banco. Y todos fueron felices por siempre.

O infelices.

¿A quién diablos le importa?

La secretaria de Hamilton lo hizo pasar. Este hizo señas para que se sentase. Estaba hablando por un teléfono negro junto al cual había otro gris y uno rojo. Por fin ocupó su silla tras el lujoso escritorio de caoba y saludó cortésmente al que denominaba su mejor agente de campo.

-¿Cómo se siente últimamente?-

-¡De salud bien, de ánimo aburrido!- Contestó el terco irlandés.

-¡Genio y figura hasta la sepultura!- Sonrió falsamente Hamilton.

-¿Qué tiene para mí?- Apuró el tema el agente.

-¡Por aquí tengo su examen físico de rutina, todo bien, sus pruebas de balística, su test de razonamiento psicológico, perfectos. El informe médico recomienda menos licor y cigarrillo, más entretenimiento y comidas sanas, lo de siempre!-

-¡Aún estoy vivo!-

-¡Lo cual nos alegra y satisface mucho!-

-¡No más que a mí!-

La sonrisita bufona se le heló en los labios al ex espía, quien miró al irlandés deseando que sus ojos pudiesen convertirse en filosas espadas para atravesarlo y descuartizarlo tan solo con la mirada. Borró de su mente tan sanguinario como fantasioso pensamiento y preguntó:

-¡Dígame, ¿es necesaria tanta arrogancia?-

-¡Dígame lo que quiero escuchar y jamás volverá a tener que soportarme!-

-¿A qué se refiere exactamente?-

-¡A que me va a ofrecer una condecoración, tal vez dos de parte de su majestad la Vieja de Inglaterra y el primer ministro, las cuales no necesito, y un puesto burocrático quizás como asesor aquí o en cualquiera de nuestras secciones diseminadas por todo el mundo con una jubilación honrosa al cumplir los 50 años y adiós!-

-¿Es eso lo que desea?-

-¡No!-

-¿Qué es entonces?-

-¡Mi retiro inmediato o al cumplir los 45, total, no falta sino tres meses, cualquiera de las dos me va bien!-

-¡Eso sería lo correcto si tomamos en cuenta que es el único agente de su promoción que continúa activo. Todos se retiran del servicio a los 40, unos se quedan en el área administrativa y otros vuelven a la vida civil honrosamente!-

-¡Con honra o sin honra me quiero ir!- Sentenció Fleming.

-¡Se lo concederé, pero no todavía!-

-¿En mi cumpleaños?-

-¡Hummm, puede que sí, todo depende de cuando termine su próxima misión!-

-¿Y cuál es mi próxima misión?-

-¡Ah, ¿está muy interesado?-

-¿Cuándo no me ha interesado arriesgar mi vida para salvaguardar los intereses de su majestad y la soberanía del vasto imperio Británico?-

-¡Lo dice como si en realidad los detestase, a la reina y a Inglaterra!-

-¡Será porque soy irlandés!-

-¡Es cierto!-

-¿Y bien?-

-¡No me pregunte cuáles pero tenemos razones para creer que Schumacher está inmiscuido en las muertes de Voeller y Pletikova, colaboradores nuestros, y también en la desaparición de algunos de nuestros agentes secretos. Aparte que en una ocasión estuvo trabajando aquí como diplomático, seguramente espiándonos y vigilando a altos funcionarios del gobierno, asesinó a uno de nuestros mejores agentes encargado de echarle el guante y logró escapar del país. Fue recibido en su país como un héroe y consiguió el alto cargo que ahora detenta!-

-¡Muy sospechosa esa huida!-

-¿Le parece?-

-¡Tranquilo, no me pagan por pensar más de la cuenta sino por liquidar las cuentas!-

-¡Efectivamente. Bien. Creemos que ahora se endiosará con las muertes de estos agentes desertores y se ufanará de haber hecho huir en desbandada como una bola de cobardes a los espías británicos infiltrados en su país!-

-¡Lo cual le otorgará un nuevo nombramiento!-

-¡Por supuesto. Y como jefe supremo del servicio secreto alemán tendrá poderes especiales y absolutos, inmunidad y protección para hacer lo que le venga en gana, incluso volverse contra sus superiores!-

-¡Además tendrá en su poder los secretos más íntimos, oscuros y perversos de políticos, militares, empresarios y otros personajes a quienes podrá chantajear y manipular a su antojo para alcanzar sus más oscuras pretensiones!- Completó la idea Fleming.

-¡He allí el nuevo Hitler, el próximo dictador comunista en el mundo!-

-¡Dios salve a la reina!- Comentó el irlandés sarcásticamente.

-¡Sí. Y como ya no tenemos personal ni recursos en Alemania Oriental, tuvimos que buscarnos un aliado!-

-¿Y es...?-

-¡Simón Whiesenthal, el número dos de la policía secreta!-

-¿Es nuestro aliado?-

-¡En efecto!-

-¿A cambio de...?-

-¡Unos cuantos millones de libras, ocupar el cargo de Schumacher y porque ellos se odian por cuanto Whiesenthal, aunque nacido en Alemania es de origen Judío, es decir, la raza maldita para los alemanes!-

-¿Y por qué no solo le da un tiro o envenena a Schumacher y listo?-

-¡Levantaría muchas sospechas que recaerían sobre Whiesenthal!-

-¡Ahí es donde yo entro!-

-¡Exactamente. Un agente secreto de Inglaterra deserta a Alemania buscando fortuna de manera clandestina. Los enemigos del régimen lo contratan para asesinar a Schumacher, y en efecto lo hace. Whiesenthal lo captura, es enjuiciado y confinado a una cárcel de por vida, de la cual saldrá con ayuda del judío una vez que tome posesión de su nuevo cargo. Usted regresa a casa sano y salvo, se retira honrosamente, Whiesenthal recibe su nombramiento y eso es todo!-

-¡Hermoso plan!-

-¿Acepta?-

-¿Cómo resistirme a un plan tan perfecto diseñado por una mente superior como la suya?-

Hamilton sonrió falsamente para tragarse la ironía en las palabras del espía pelirrojo. Razones habían para serlo. Y eran razones de peso. De mucho peso. El irlandés, dejándose llevar por la emoción de la aventura que representaba no solo una misión más sino la última misión y para colmo en la propia casa del enemigo mayor, en vez de actuar con raciocinio decidió seguir en su puesto y llevar a cabo esa misión en la Alemania comunista.

¿Misión suicida?...

Solo el tiempo lo diría pero él ya tenía sus sospechas al respecto.

CAPÍTULO V

Hacia el otro Lado

Cuando todo esté mal, recuerda que pudiera estar peor, solía decir el abuelo Fleming allá en las montañas irlandesas entre ovejas y duendes con marmitas repletas de monedas de oro. Muy sabio el viejo. James Fleming nunca había sido un hombre reflexivo y mucho menos filosófico. Y consideraba que ya estaba muy viejo para empezar a serlo. Aun así estaba muy claro que su tiempo como espía había culminado, por eso todo ese asunto de su última misión...

-¡Me da mala espina, huele mal, algo está podrido en ese asunto!- Comentó el duende irlandés.

Joshua Tisdale, ex espía, ex compañero de Fleming en el ejército y en el servicio secreto, confinado a un trabajo de oficina en la sede principal de la inteligencia británica, sorbió su Martini seco antes de responder:

-¡Ya sabes cómo es esto: lo que se ve bien realmente es malo, y lo que se ve malo realmente apesta!-

-¿No extrañas todo esto?-

-¿El servicio activo?-

-¡Sí!-

-¡Algunas cosas, la emoción, la adrenalina, el suspenso. Pero ya estoy muy viejo para esas cosas!-

-¡Creo que no extrañaré nada cuando me vaya!-

-¡Espero que no extrañes nada. Ya quisiera regresar a Alemania contigo y patear unos cuantos traseros arios!-

-¿Qué me recomiendas?-

-¡No confiar en nadie, ni en tu sombra!-

-¡Nunca lo hago!-

-¡Hamilton me comisionó para viajar a Alemania para arreglar tu regreso, tal como hicimos en España!-

-¿Y realmente ese sucio bastardo espera que regrese?-

-¡No lo creo, pero hay que seguir el protocolo y guardar las apariencias!-

-¡Mucha gente se alegraría si yo no volviese. Peces gordos, sobre todo!-

-¡Nunca has sido muy popular que digamos!-

-¿Hamilton sabe que viniste a hablar conmigo?-

-¡No!-

-¡Tampoco tiene porque saberlo y si se entera, y probablemente lo hará, no debe saber cuáles temas tocamos!-

-¡Claro, por supuesto!-

-¡Eres la única persona en quien confío, Hamilton lo sabe, por eso te enviará para mi extracción!-

-¡No te defraudaré, cuidaré tu espalda!-

-¡No te esfuerces demasiado, de todas maneras estamos muertos ya!-

-¡Brindo por eso!-

-¡Salud!-

Los vasos de licor tintinear en la semi penumbra de aquella oscura y mal oliente taberna londinense perdida en cualquier calle extraviada de aquella extraña ciudad donde todo era extraño, bello y un tanto absurdo, y donde las pintorescas imágenes de los paisajes y campiñas que uno recuerda haber visto alguna vez ya no interesan nunca más.

La misión que había llevado recientemente a los dos amigos al país ibérico, había sido la misteriosa tragedia del avión siniestrado en territorio vasco. En efecto, el pasado 19 de febrero, un avión de pasajeros de la compañía Iberia con 148 ocupantes, bautizado El Alhambra de Granada, se estrellaba en la inmensidad el monte Oiz.

No hubo sobrevivientes.

El Boeing 727 que debía hacer la travesía Madrid-Bilbao, con una tripulación que conocía perfectamente el trayecto, quedó reducido a un amasijo de chatarra y cuerpos humanos destrozados. La versión oficial aseguraba que el avión había chocado con la antena del canal de televisión vasca EITB, lo cual provocó su caída a una velocidad de 300 kilómetros por hora. Pero el Duende tenía su propia versión.

Enviado por el servicio secreto inglés para intentar esclarecer la verdad del extraño incidente, Fleming llegó a una serie de conclusiones que vinieron a arrojar ciertas luces acerca del suceso aunque todo quedaría finalmente engavetado y olvidado. Entre las víctimas resaltaba el militar Gabriel Gómez de las Rocas, a su vez hermano del ex presidente de Aragón y que fue ministro en la época franquista, Gregorio López Bravo, uno de los tecnócratas del Opus Dei, quien sería miembro inicial de Alianza Popular.

También había ejecutivos y altos funcionarios, entre ellos Roberto Albandor, concejal de Euskadiko Ezkerra EE; Julián Feijoo, ingeniero de Iberduero; Jordi Lluch, agente de Cambio y Bolsa y asesor económico de la Generalitat; África Jaén, presidenta del Fondo de Promoción de Empleo en Bilbao; Gonzalo García Anteló, representante del Babcock Wilcox; el prestigioso doctor José Ángel Portuondo, impulsor del primer servicio de fertilización in vitro.

Aunque el juzgado de Guernica archivó el caso como un accidente, existen algunas evidencias y más que serias dudas acerca de si la tragedia del vuelo fue un atentado

de ETA. Esta teoría del espía irlandés se basaba en varios datos: se habían recibido amenazas de bomba, pero lo más grave era el hecho que existían confidencias no contrastadas que subrepticamente se había vendido un misil Strela en la ciudad belga de Brujas con destino desconocido y comprador anónimo.

Del mismo modo, sospechosamente un par de figuras políticas muy importantes cancelaron su viaje en aquel vuelo. Se trataba de Marcos Vizcaya, portavoz del PNV y cofundador de Eusko Alkartasuna, y Francisco Fernández Ordoñez, quien fuese ministro de justicia con UCD, que este mismo año fue nombrado ministro de Exteriores con el PSOE. Incluso se comentó que un gobernador civil desde su casa, en la calle Lagasca de Madrid, llamó a Fernández Ordoñez el día anterior para darle aviso de no tomar el vuelo.

En el informe final del agente secreto pelirrojo, mencionaba algunas razones que pudieron existir para entender el tratamiento dado por el Estado al accidente. Estaba el hecho que si se reconocía el accidente como producido por un atentado terrorista, las familias de las víctimas no tendrían derecho a cobrar indemnización alguna, lo cual ocurriría de ser aceptado que la tragedia fue producto de un accidente.

Igualmente la organización terrorista ETA había amenazado con hacer estallar ese avión en pleno vuelo el día anterior. La aeronave fue revisada en el aeropuerto de Barajas durante media hora hasta comprobar que se trataba de una falsa alarma. Después del accidente, tanto la policía como ciertos medios de comunicación recibieron comunicados de ETA reivindicando el atentado, aunque no se les otorgó credibilidad entendiéndose como mensajes anónimos de personas inescrupulosas que querían hacerse pasar por terroristas.

Los misiles de este tipo contenían un chip oculto con ayuda del cual sería posible rastrear y llegar hasta los dueños de dicha arma. Los investigadores habían recuperado todo lo que iba en el avión, incluso las tarjetas de las maletas de cada pasajero, con la única excepción de las maletas que portaba el hermano del presidente aragonés Gómez de las Roces, en las cuales se sospechaba llevaba los planos y documentos inherentes a la central nuclear de Lemóniz.

Sospechosamente no fueron recuperadas.

Por último y no menos importante, el agente secreto pelirrojo en su español tropicalizado conversó con una anciana vecina del sector aledaño al monte. Los investigadores técnicos demostraron que El Alhambra de Granada iba en caída libre cuando tropezó con la antena instalada en el monte Oiz. La señora le contó a Fleming entre sorbos de café molido, que vio caer al avión tras una llamarada antes de alcanzar la antena, inclusive uno de los motores fue encontrado a mucha distancia de dicho promontorio, aproximadamente a la altura de donde la afable anciana dijo entró en caída al mismo tiempo de la llamarada.

Este motor fue entregado sospechosa y rápidamente al Mossad, servicio secreto israelí, y no solo no fue devuelto sino que lo echaron al olvido. Del mismo modo las autoridades rescatistas no tomaron la precaución, como dictan las normas en cualquier lugar del mundo, de establecer un cerco inmediatamente en el perímetro para asegurar el sector y evitar la entrada de curiosos que alterasen el lugar de los hechos y que algunos vándalos vinieran a robar las pertenencias de los fallecidos y causaran destrozos en las piezas siniestradas.

Por esta razón, el Duende supo que la Guardia Civil Española logró recuperar un lanzagranadas en el altozano próximo a la habitual línea de descenso de los aviones con destino a la población de Bilbao. Dicho artilugio fue ocultado por las autoridades para que la opinión pública no supiese de su existencia. El Duende regresó a casa luego de asistir a un partido del Real Madrid en el mítico estadio Santiago Bernabéu.

Hala, Madrid.

El amanecer trajo consigo una bruma fría. La niebla era leve pero enfriaba la piel. Fleming entró en la vieja y amplia casona donde fue recibido por una atenta señora de aspecto austriaco que le indicó avanzar hacia la mesa donde había bandejas de sándwiches

y termos con café negro muy caliente. El pelirrojo se sirvió una taza de humeante café y pasó a la sala para sentarse lo más cerca posible de la salida.

Había sido enviado allí para asistir a una reunión del Partido Comunista Europeo. A él le parecía una gran pendejada pero sus superiores opinaban diferente. Creían que le serviría de mucho conocer el pensamiento de quienes como Schumacher, formaban parte del partido político de la estrella roja. Allí la vio por primera vez. Era increíblemente hermosa. Un pedazo de hielo con cabello dorado, labios rojos y enormes ojos azules.

-¡Por lo menos algo vale la pena en este chiquero!- Comentó el espía acercándose a la joven.

-¿Disculpe?- Preguntó la chica.

-¿No es usted muy joven para estar metida en política?-

-¡Tengo 24 años y eso no es obstáculo para luchar por la causa!-

-¿Cuál causa?-

-¡La de todos los hermanos y hermanas que en todo el mundo esperan vivir en una mejor sociedad, en un mundo mejor. ¿Usted qué opina?-

-¡Que me cuelguen si quisiera vivir en un mundo mejor. Esta porquería de mundo es la única que conozco!-

-¡Siempre se puede aspirar tener algo mejor!-

-¡Como usted, por ejemplo!-

Ella sonrió mostrando una dentadura blanquísima y perfecta. Tímidamente bajó la mirada durante un instante. La levantó para mirar a los ojos de Fleming y le preguntó:

-¡Aparte de abordar tan pintorescamente a las jovencitas del PSUA, ¿A qué se dedica?-

-¡En realidad no me fijo si son del PSUA o de algún otro partido, rusas o alemanas, como usted. Y me dedico a hacer pan. Soy un humilde panadero inglés!-

-¡Creí que era escocés, por el color de su cabello!-

-¡De allí vienen los ingleses, en realidad!-

-¡Claro. Bueno, será mejor sentarnos. Va a comenzar la reunión!-

-¡Y me gustaría invitarla a discutir lo que aprendamos cenando en mi humilde hogar!-

Ella sonrió nuevamente con las mejillas enrojecidas y un brillo inocente en sus ojos color horizonte. Fleming no era un conquistador y ni siquiera se consideraba guapo, atractivo o interesante para las mujeres pero tampoco se amilanaba a la hora de filtrar. Nunca se sabe cuándo se puede obtener algún rédito.

El PSUA, Partido Socialista Unido de Alemania, tenía una fuerte influencia del comunismo soviético. En su informe, el espía irlandés escribió que le parecía ese partido tan BASURA y PORQUERIA inútil como cualquier otro aunque no mencionó a Inga Bethke, la muchacha con la cual cenó al culminar la reunión del partido. Ella era Alemana y para empeorar las cosas provenía del lado Oriental, donde desempeñaba labores de asistente de un militar.

Conversaron durante largo rato y quedaron en verse nuevamente, cosa que ocurrió un par de veces más. La última de ellas él comentó acerca de un viaje pero no dio detalles. Ella había planeado decirle que debía regresar a su país pero ante el anuncio de él, optó por callar. Esa noche, en su apartamento alquilado, compartió con Fleming dos botellas de vino que les calentaron las orejas y algo más.

Ella era tan hermosa, elegante y sensual. Aquel resultó ser un encuentro explosivo, lleno de abrazos, besos y risas cómplices. El apartamento estaba ubicado en el último piso de un pintoresco edificio. Sus paredes eran de colores pasteles, tenía iluminación suave y una amplia sala con chimenea la cual se encontraba encendida iluminando a la pareja tendida sobre la alfombra.

Hicieron al amor con ansias y dulzura, con fuego y ternura, sintiéndose como uno solo. Esa noche se entendieron como nunca lo habían hecho con otra persona y

seguramente no lo harían jamás. Lástima que fuese tan solo amor de una noche. Era un amor que no tenía continuidad ni en el tiempo ni en el espacio. Ambos desearían despertar juntos cada día, despertar con la luz del sol en la cara entre los brazos del otro y, sin necesidad de palabras, decirlo todo con la mirada.

¿Adónde va el amor ?...

Lejos.

Muy lejos.

Más allá del océano.

Fleming odiaba los aeropuertos tanto como detestaba viajar. Le desagradaba el alboroto, el murmullo creciente de tantas personas hablando al mismo tiempo, el retraso de los vuelos, la comida con sabor a plástico, el tono de voz nasal a través de los parlantes, la sonrisa permanente y fingida de las azafatas, el ruido de las máquinas, el incesante taconeo de las mujeres al caminar de un lado a otro, y la lista continuaba. Apenas unas horas antes, Inga Bethke había abandonado el Reino Unido rumbo a su país natal desde ese mismo aeropuerto.

Se marchó pensando en el pelirrojo malhumorado, huraño y de lenguaje soez.

Hubiese deseado volver a verlo una vez más.

-¡Bueno, en casa me distraeré con mi trabajo y pronto me habré olvidado por completo de él así como él de mí, sino es que ya ni siquiera me recuerda!- Pensó la rubia de ojos celestes.

Aun cuando ambos se dirigían a Alemania tenían diferentes puntos de llegada. Inga iba a la República Democrática Alemana RDA, comunista y pro-soviética. Protegida

por el Ejército Popular Nacional cuyas tropas fronterizas eran llamadas Nationale Volksarmee o Grenztruppen. Las cuales compartían la vigilancia fronteriza en la línea divisoria con la otra Alemania, junto a la terrorífica Policía Popular Acuartelada o Policía Kasernierte Volkspolizei KUP.

Les dicen Vopos.

El duende irlandés, por su parte, arribaría a la República Federal de Alemania RFA, pro-aliada. Tenía vínculos con Estados Unidos, Inglaterra y Francia. A sus soldados se les conoce popularmente como Landers.

Inga vivía y trabajaba en Berlín Oriental o del Este, y aunque Fleming llegaría a Berlín Occidental o del Oeste, pronto se trasladaría hacia la boca del lobo siberiano detrás del imponente muro de Berlín.

Transcurría el año 1.980 y el invierno daba sus primeras señales de proximidad. James Ian Fleming O'Connor, había nacido en Glasnevin, no muy lejos de Dublín, capital irlandesa. Este aire frío le recordaba su niñez a pesar de la distancia geográfica y cronológica.

En un viejo Mercedes 180 color negro, los agentes de Whiesenthal pasaron al irlandés a través de la militarizada frontera. Sin prisa avanzaron hacia la zona fronteriza. Antes de llegar, Fleming observó a un hombre que hablaba desde un teléfono público, pero que no le quitó la vista de encima al auto al pasar. Sin duda estaban siendo esperados. El conductor dio unas vueltas por el mismo sector, lo cual le hizo entender al duende que debían cruzar a una hora en específico.

Todo un plan milimétricamente elaborado.

Finalmente se enrumbaron hacia el puesto de control alemán Occidental. Se detuvieron en la caseta de la policía. Un par de minutos después, el poste rojo y blanco se elevó para darle paso al Mercedes. Al ir cruzando los 50 metros que separaban los dos puestos de control, Fleming se percató de las nuevas fortificaciones en el lado Oriental del muro. Torres de observación con ametralladoras y grandes faros móviles para iluminación, triple tendido de alambre de púas, dientes de dragón.

Realmente la atmósfera estaba muy tensa ente ambas partes de una misma nación.

El Mercedes ni siquiera se detuvo en el segundo puesto de control. Las barreras habían sido levantadas y avanzaron ante la mirada firme y fija de los Vopos. Ya estaban del otro lado del muro, en la parte comunista. Hasta ahora todo iba bien pero más temprano que tarde podía volverse mal.

Muy mal.

Pero ya no había vuelta atrás.

El camino había empezado a ser recorrido. La misión ultra secreta del espía irlandés al servicio de su majestad la reina de Inglaterra, daba inicio de muy buena manera. Todo iba tal cual estaba planeado. Habría que esperar a ver si los siguientes pasos serían los estipulados o cuánto tendría que improvisar en una profesión en la cual una improvisación solía marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

CAPÍTULO VI

Comenzó el invierno

Y llegó el invierno, Der Winter, con su frío crudo y su nieve blanquecina. En pocas horas el parque en Berlin-Mitte quedó totalmente desnudo y despoblado con excepción de los gorriones y las urracas, que soportaban impávidos los implacables rigores invernales.

Los árboles, sacudiéndose por la fuerza y el ímpetu del viento frío e incierto, imitaban una comparsa de esqueletos bailando alegre y despreocupadamente sobre una alfombra brillante de hojas amarillentas. Tres días después, el inclemente viento frío se calmó. Luego de tres días Jesucristo resucitó. Tres días tardó James Fleming en abrir los ojos al nacer.

Y después de tres largos días que parecieron siglos, el espía irlandés pudo ver a Simón Whiesental, quien estaba muy ansioso por conocerlo y entrevistarlo. Se suponía que Fleming había desertado del servicio de espionaje británico. Eso lo convertía en una valiosísima fuente de información pero al mismo tiempo le confería un aire interesante y llamativo.

El alemán de origen judío se mostró amable y encantado, muy lejos de la imagen fría y seca que Fleming se había hecho de él. De hecho, Whiesental se esforzaba por ser un buen anfitrión y parecer menos que un interrogador. La casa en que se alojaban era cómoda, cálida y amplia. Estaba ubicada en el centro de la ciudad. Aun así el judío-alemán le invitó a caminar para entrar en confianza y estirar las piernas.

Caminaron apaciblemente junto al río Spree. Las gélidas nieblas del otoño o Der Herbst, y toda la ciudad se vieron envueltas en una bruma casi congelante. Como preámbulo a la llegada de la inminente escarcha decembrina, la nieve de este año trajo no solo hielos prematuramente sólidos sino también un viento frío neblinoso y blanquecino.

La ciudad parecía haber caído en una emboscada glacial que la envolvía con metálicas nubes grisáceas que rápida, repentina y sigilosamente cubría todo Berlín Oriental y la bombardeaba lenta, persistente y continuamente con copos ingrátidos, teñidores de blanco en calles y tejados.

Contra todo pronóstico estuvo nevando durante cinco días con sus noches. El duende irlandés jamás había contemplado semejante temporal. La vida cotidiana de la ciudad dividida tuvo que resumirse en sí misma como un caracol en su concha al contacto con la sal, a la espera de un mejor clima, una mejor esperanza para vivir, un mejor momento para renacer.

Fleming, desde la mullida cama percibía en cada amanecer el gélido silencio imperante en las militarizadas calles y avenidas berlinesas. Asomado a la ventana emitió una bocanada de aliento sólo para observarlo cuajar en el cristal emblanquecido.

Al terminar la nevada y luego de dejar asentarse la nieve, ambos personajes, siempre con un par de indiscretos y llamativos guardaespaldas, retomaron sus caminatas y conversaciones al aire libre. Mientras caminaba sobre el pavimento, al borde de la desvencijada acera, Fleming observaba de reojo a su compañero. Su piel era cetrina, seguramente debido a la tirantez muscular de la vigilia y por la luz mortecina de los focos, lo cual le otorgaba una apariencia cadavérica.

-¡Este hombre está más muerto que vivo!- Reflexionó el espía Irlandés motivado a la visión que tenía del judío.

Eran como un par de sombras fantasmagóricas, seres espectrales surgidos de la turbia bruma nocturnal, como demonios en la noche fría y oscura reinando en el cementerio solitario y neblinoso. Aquel era un domingo feliz, animado, extrañamente animado según el juicio del agente secreto irlandés. Inusualmente animado. Quizás exageraba pero realmente

tanta animación era un poco rara. No estaban en el país más feliz del mundo después de todo, aunque también allí tenían derecho a un momento de solaz.

¿Por qué no?...

El día estaba nevado pero el horizonte exhibía un sol radiante que contrastaba con el clima frío y seco que calaba los huesos. Estos germánicos eran raros en todos los sentidos, incluso su clima es algo extraño. Cosa de locos. Claro que había que estar realmente muy mal de la cabeza para creer en cuantas porquerías nazistas, fascistas, comunistas, socialistas, revolucionarias eran predicadas. Todas eran pura mierda de perro callejero.

Dieron un recorrido amplio por el centro de la ciudad conversando acerca del clima alemán e inglés y otras menudencias. Fleming observó quioscos en los cuales se ofrecía variedad de productos, algo también extraño debido a lo malograda de la economía de esos días en esta nación. En dichos establecimientos ofrecían bebidas calientes como té, chocolate, café; comidas típicas de la estación como carne asada de venado y jabalí.

La chiquillería reía alegremente, los adultos departían como en el mejor de los días. La ciudad brillaba más que nunca. Tanto entusiasmo era realmente conmovedor. Casi se me salen las lágrimas y grito: Hoch soll er leven fuhrer, para desearle que tenga larga vida el lunático Hitler. En mi país mucha gente cree que Fuhrer significa Dictador y eso no es cierto. Realmente significa Jefe, Líder.

Vaya líder resultó ser este loco.

Entraron a un establecimiento, ocuparon una mesa alejada de la entrada y el judío pidió café para ambos y para los escoltas que ocuparon una mesa aledaña. Whiesental percibió que una cosa insidiosa, ardiente y molesta le reptaba por la garganta y, finalmente, lo dejó salir.

-¿Odia usted al imperio británico?-

El espía irlandés ni siquiera se inmutó. Aquel parecía ser un tema de su total dominio. Tomó un sorbo de aquel humeante y amargo café berlinés antes de contestar:

-¡Casi tanto como usted detesta al pseudo-imperio alemán!-

-¡Yo no odio a mi país!-

-¡Ni yo al mío!-

Se hizo un silencio breve que Fleming utilizó para chequear con la vista el ambiente a su alrededor buscando posibles vías de escape en caso de un improbable pero no imposible ataque. En cambio, el judío escrutó a su interlocutor como queriendo estudiarlo, y más que conocerlo llegar a entenderlo.

-¿Es verdad que le metió un balazo a un doble agente alemán de apellido Voeller en la frontera?-

-¡No es cierto!-

-¡Eso creí!-

-¿Qué creyó?-

-¡Que era solo un mito, una exageración!-

-¡Okey. Pero en realidad le disparé tres veces!-

-¡Gran Dios. ¿Y era su amigo?-

-¡Si, lo era!-

-¿Y no le importó asesinar a sangre fría a un amigo que además trabajaba con usted, estaba desarmado, herido y era su deber hacerlo volver a casa?-

-¡En realidad estaba muy mal herido, tan solo me aseguré que estuviese muerto para que Schumacher no lo atrapase y tal vez lo hiciese hablar con tortura. Y mi labor consistía en hacerlo cruzar vivo o dejarlo de este lado pero muerto. Él conocía muy bien los riesgos de esta profesión, sabía lo mortalmente peligroso que es trabajar en Alemania y por supuesto, de sobra sabía cuál suele ser el final en la vida de un espía!-

-¡Todo eso es lógico y correcto, pero me intriga saber si no le importó en lo absoluto tener que matarlo de esa manera!-

-¡Si me costase trabajo o no pudiese matar a un amigo, ¿cómo podría asesinar a un enemigo?-

-¡Por Jesucristo, ¿cómo puede alguien como usted dormir por las noches?-

-¡Fácil, cierro los ojos y me quedo dormido!-

A Whiesenthal un escalofrío le recorrió la espalda. Toda la dureza y el rigor militar no siempre te prepara para conocer el grado más extremo de la crueldad y la frialdad humana. Fleming pareció leer la mente del judío-alemán:

-¡La crueldad es uno de los placeres más antiguos de la humanidad!-

-¡Friedrich Nietzsche!-

-¡Así es!-

-¡Pero admitirá usted que el hecho de asesinar a sangre fría a un colaborador del imperio al que usted defiende y representa, es un fiel indicio del odio que siente hacia esa nación!- Especuló Whiesenthal.

-¡Ustedes, rojos, también son sanguinarios, crueles y déspotas. A eso se limita su supuesta lucha!-

-¡Eso no es del todo cierto!-

-¡Claro que sí, y usted debe saberlo muy bien por su origen judío. Los soldados alemanes durante la Segunda Guerra Mundial mataban a los judíos llevándolos en tren hasta un puente. Los ataban de dos en dos, madre con hija, hermano con hermano, esposo con esposa, abuela con nieto. Los colocaban junto a la baranda y para no malgastar munición le disparaban un tiro en la cabeza a uno de ellos para que, con su peso, arrastrase al otro hacia abajo y muriese ahogado en las gélidas aguas del río!-

-¡Eso ha quedado atrás, en el pasado!-

-¡Dígaselo a sus abuelos a quienes seguramente golpearon en la boca para hacerles confesar. Los golpeaban hasta tumbarles los dientes!-

-¡Eso no se hace más!-

-¡Ah sí, entonces ¿qué hacen en el cuartel general de la policía secreta?, ¿funciones de circo?, ¿las olimpiadas de Berlín?-

-¡Usted nació para disparar un arma. A diferencia de usted, Schumacher y yo nacimos para llevar a cabo otro propósito!-

-¡En el bosque el lobo vive tres años, el burro vive nueve, ¿por qué?, porque el burro es mucho más útil que el lobo!-

El alemán de origen judío aspiró su cigarrillo, exhaló el humo y un poco intrigado preguntó:

-¿En los bosques hay burros?-

Fleming comprendió que con el paso de los días se había ganado la confianza de Whiesenthal, aunque esa maniobra no formaba parte del plan inicial. El alemán de origen judío estaba más interesado en la parte social, psicológica y humana del irlandés, razón por la cual cada vez eran menos frecuentes las preguntas acerca de las labores de espionaje y contraespionaje que el espía pelirrojo respondía con mentiras tan creíbles como las de un auténtico traidor y desertor.

Y vaya que resultaba difícil confiar en un traidor. Pero igual no se confiaba del todo de Whiesenthal. Total. Jugaban para bandos opuestos y una vez muerto Schumacher, al judío le valdría lo mismo si Fleming regresaba a casa vivo o muerto o si pasaba el resto de sus días en una fría, oscura y olvidada mazmorra subterránea. En el mundo del espionaje ni siquiera Dios es confiable.

Pero si ese era el juego de Whiesenthal, él lo seguiría jugando.

-¡Erase una vez una gran nación, o al menos parte de ella, en búsqueda de un Estado independiente a un imperio absolutista. A veces sucede, otras veces no. A veces.

Solo a veces. En Escocia no sucedió, no ha sucedido y quién sabe si alguna vez sucederá. Por ahora sigue siendo parte del Reino Unido, dominio de su alteza real la Vieja de Inglaterra!-

-¡Pero, ¿los escoceses desean independizarse?-

-¡Algunos si, otros no, algunos tal vez, a otros ni les importa!-

-¿Qué opina usted?-

-¡Que no soy Escocés!-

-¡Pero son compatriotas suyos!-

-¡Solo me interesa de ellos su whisky de malta, es muy bueno, pero el de grano apesta!-

-¿Cuál es la diferencia?- Quiso saber el alemán.

-¡El de malta no debe contener granos que no sean de cebada malteada, y es tradicionalmente destilado en alambiques artesanales. El whisky de grano puede contener cebada no malteada y otros cereales malteados o no, como trigo y maíz y es típicamente destilado en alambique continuo, conocido como Alambique de Coffey. Se produce más whisky de malta que de grano!-

Whiesenthal sonrió antes de proseguir.

-¡Ya veo, pero no tengo tan claro eso de independizarse de una nación. Fíjese que los Estados, generalmente aquellos que son plurinacionales no son más que construcciones artificiales, flexibles, que mudan sus fronteras, aparecen y desaparecen, adquieren importancia repentinamente o se vuelven insignificantes!-

-¡Dice usted ¿cómo un rompecabezas que está de moda durante un tiempo, cae en desuso pero siempre estará la opción de volver a estar en el gusto del público, incluso si es una generación distinta a la de cuando se popularizó originalmente?-

-¡Así es. No obstante su país si quiso y logró independizarse del dominio inglés!-

-¡En efecto, Irlanda; que una vez formó parte fundamental del Reino Unido, poco a poco, luego de ciertos episodios de violencia extrema, injustificados algunos, inevitables otros, fuimos separándonos del imperio británico desde principios del siglo XX hasta que, en el año 1.949 se constituyó una república totalmente independiente a la que le ha ido, ciertamente, muy bien!-

-¡Sé que poseen un PIB Per Cápita sólido y en aumento!-

-¡Eso dicen los economistas y los políticos, no soy ni lo uno ni lo otro!-

-¿Qué opina usted al respecto?-

-¡Más que opinar lo que veo y en lo que creo, es que la lección que Irlanda le dio al imperio británico y al mundo entero fue contundente. Y aparte de eso, el sangriento trauma de la independencia irlandesa sirvió para que Londres afrontase el riesgo escocés de secesión de una manera diferente, mucho más razonable, sin violencia!-

-¡Es decir, Londres trató a Irlanda con el puño cerrado, pero a raíz de la secesión optaron por tratar a Escocia con guante blanco y diplomacia!-

-¡Efectivamente!-

-¡Sin embargo, yo creo, muy personalmente, opino y por supuesto creo que las rupturas siempre son desagradables pero pueden y deben ser pacíficas y con arreglos conforme a la ley!-

-¡Vaya. Para ser alemán y comunista es usted muy democrático y de mente abierta!-

-¡Eso me viene de mi origen semita!-

-¡Ya veo!-

-¡Es que debe ser así, que mejor ejemplo que su propio país. Irlanda no volvió a quebrarse como nación a nivel económico, social, político ni de ninguna otra forma por haber abandonado un imperio!-

-¡Habla usted como aquel sociólogo latinoamericano de apellido Montaner, cubano, sino estoy del todo errado!-

-¡Carlos Alberto Montaner, cubano. En efecto, he estudiado su obra!-

-¡Dime qué escribes y te diré quién te lee!-

-¡Jamás entenderé su humor irlandés. Es una mezcla de burla, indiferencia y orgullo!-

-¡Es el resultado de la unión entre duendes, gnomos y hadas!-

El invierno en Berlín es inclemente y excesivamente frío, con frecuentes nevadas como la que parecía ceñirse en el cielo nocturnal majestuoso cuando los caminantes regresaron a su albergue. El irlandés comentaba que Berlín posee un clima a medio camino entre el clima moderado marítimo de Europa Occidental y el clima continental más duro de Europa Oriental.

Más bien se trata de un clima muy parecido al de los Países Bajos, que sin embargo se encuentran mucho más cerca del mar. Aun así, un día al mes en promedio, Berlín carecía de sol, lo cual la convierte en una ciudad muy agradable para visitar en cualquier época del año.

Pero también, en la mente del espía pelirrojo se anticipaba la proximidad de la puesta en marcha de la operación ultra secreta con la cual se retiraría del servicio activo.

Vivo o muerto.

CAPÍTULO VII

Crimen

Últimamente los días y las noches se parecen demasiado. Si algo aprendí en esta ciudad es que no hay garantías, nadie te regala nada. Todo podía terminar mal...

Pero este caso había que resolverlo.

La espera me agotó.

En medio de las llamas me acosté a dormir un sueño del cual ignoro si despertaré o acaso una rápida traición haga acto de presencia. Aún puedo escapar. Huir de todo esto. Encontraría la forma de cruzar el muro y en Berlín Occidental tenía amigos que cuidarían de mí hasta abandonar para siempre este país en guerra consigo mismo.

No puedo hacerlo.

Mi ego estallaría haciéndome mil pedazos. Y, ¿qué otra cosa puedo hacer? No lo sé. ¿Cuánto falta? No lo sé. Si es muy tarde. No lo sé. Ahora sé lo que es perder. Esta historia ya se escribió. Quizás alguien, algún día pueda leerla. Aunque sea en un lugar tan remoto de este mundo como lo es ese país suramericano llamado Venezuela.

Veo las cosas como son.

Vamos por la vida de fuego en fuego como escribió aquel poeta argentino Gustavo Cerati. Él hablaba de ciertas similitudes que soñamos una y otra vez, y de lugares que no existían realmente pero por los cuales, de manera inexorable e irremediabilmente volvíamos a pasar. Tal vez eran errores ópticos del tiempo y de la luz.

Miro el reloj.

El paso inclemente del tiempo pareciese haberse detenido, rebobinando hacia adelante, alcanzando ecos de voces antiguas que entonaban una canción obscena y de muerte alterando la quietud de la frágil paz.

Y toda esta historia no es más que una gran mentira. El eterno resplandor de una mente que desea borrar sus recuerdos más íntimos y personales. Tan solo la poesía es la única verdad que puede sacar la belleza de este caos. Esa es toda una virtud. Por mi parte, suelo disfrutar estos momentos de tensa paz antes de la batalla. Y cuando esta se rompe suelo volverme más amargo que de costumbre.

Es un presagio más feliz. Vivir en mundos imaginarios que flotan en el aire mientras atraviesan por nuestros cuerpos los ecos de mil radares. Ningún engaño me hace feliz. Y no existe ningún artefacto que sea visionario y me permita conocer el desenlace final de esta historia.

Uno de los escoltas, policía de civil, de Whiesenthal vino a mi habitación para decirme que recogiese mis cosas. Después del almuerzo nos iríamos. Tan pronto como el alemán de origen judío realizase unas llamadas telefónicas me recibiría para darme los detalles.

-¡Varias llamadas!- Pensó Fleming. -¡Se está reportando a sus superiores detallando el movimiento de hoy. Muy buena ocasión para una emboscada. Si Schumacher tenía intervenidas las líneas de uso personal y oficial del judío, esto se jodió. No se llega a ser jefe de la policía secreta confiando en alguien!-

Efectivamente, un cuarto de hora después, ambos personajes se reunieron en la amplia sala de aquella casa residencial como cualquier otra de la zona. Nada que ver con los bunkers occidentales de fachada hogareña ocultando miles de secretos en su interior.

-¿Y ese movimiento es normal?, ¿estaba planificado?- Preguntó el irlandés.

-¡No. Esta misma mañana mis superiores me informaron clandestinamente que una seria amenaza se yergue sobre nosotros en esta casa!- Respondió el judío-alemán mientras fumaba.

-¿No le huele esto a traición?-

-¿Por qué lo dice?-

-¡Piense. ¿No le parece la situación ideal para una trampa?-

-¡Mis superiores no me harían tal cosa!-

-¡Si, claro. Heil Hitler y todo lo demás. Mis superiores y algunos más quisieran que regresase muerto a Inglaterra picado en pedacitos o en rodajas para preparar un asado y comerme bien condimentado y sazonado acompañándose con un whisky añejo, un puro y una copa de chianti!-

-¡No todos somos como usted!-

-¡Gracias al cielo. Después de todo Dios si hace su trabajo. A la hora de la verdad, ¿usted hará el suyo?-

-¡Claro que sí!-

-¡Espero no le tiemble el pulso!-

Se retirarían a un escondite secreto oculto en las frías montañas para preparar la operación Exterminio, la cual debía darle fin a la vida del comandante en jefe de la policía secreta de la Alemania nazi. El Duende estaba listo. Su pistola M1911A1 .44 y su revólver Magnum .357 estaban limpios, aceitados, cargados, afinados y listos para entrar en acción. Esta acción llegaría mucho antes de lo esperado.

Ya estaban en camino. Whiesenthal comenzó una plática para romper el hielo y la pesadez del silencio:

-¿Qué opina usted acerca de la ideología comunista?-

-¡Pura mierda!-

-¡Ajá. ¿Y de los alemanes en general?-

-¡Hijos de puta!-

El alemán de origen judío sonrió antes de continuar:

-¡En líneas generales y a grandes rasgos me caen muy bien los ingleses. Me agradan mucho!-

-¡Gracias a Dios soy irlandés!-

-¡Me refería a todos los habitantes de ese lugar!-

-¡Confunda pero no ofenda!-

-¿Son tan diferentes ustedes?-

-¡El inglés suele ser muy flemático, aburrido, tieso, acartonado. Los escoceses son más alegres, quizás demasiado, ruidosos, borrachos!-

-¿Y en Irlanda?-

-¡Tanto en Irlanda del Norte como en mi natal República de Irlanda somos más sueltos, comedidos, hospitalarios!-

-¿Y cree que algún día las dos irlandas se unirán?-

-¡Tal vez!-

-¿Le gustaría que eso sucediera?-

-¡Hasta ahora estamos bien así. Ellos reverenciando a la Vieja de Inglaterra y nosotros en nuestros asuntos!-

-¿Y qué opina de ambas Alemanias?-

-¡Ojalá se maten entre ustedes, tanto más pronto, mejor!-

-¿No tiene esperanza que se reunifiquen?-

-¡Ni a ustedes les importa mucho eso, al resto del mundo le importa menos y a otros nos importa un bledo!-

-¿Desea conocer mi opinión al respecto?-

-¿Tengo otra opción?-

-¡Tal vez!-

-¡Sorpréndame y lúzcase!-

-¡Bien. Honestamente creo que algún día, quizás no muy pronto, este conflicto acabará bien sea con una guerra civil de por medio o no, y Alemania volverá a ser una sola y gran nación. Seremos una sociedad poderosa. Ejemplo para todo el mundo!-

-¡Comunista, por supuesto!-

-¡Para eso estamos llevando a cabo esta lucha!-

-¿A esta mierda le llaman lucha? Por Dios!-

-¡Su cultura occidental y capitalista es la mierda!-

-¡Pero cómo les encanta a ustedes revolucionarios, comunistas y socialistas, revolcarse en la calidez de esa mierda!- Sentenció Fleming.

Un nuevo y absoluto silencio recibió a la noche fría de cielo despejado y luna brillante. El auto subía una cuesta pronunciada. Una hora más tarde repentinamente se abrieron los árboles frondosos permitiendo ver entre la grisácea espesura una extensión amplia de tierra con vegetación de menor tamaño. En medio del claro se distinguía una tosca cabaña construida seguramente con árboles derribados en ese mismo lugar.

El automóvil continuó recorriendo el sendero ennegrecido a causa que el chofer había apagado las luces por mera precaución. Obviamente ya había realizado este recorrido con anterioridad en muchas ocasiones. ¿Con cuál finalidad? Nada bueno, seguramente. Los cuatro tripulantes guardaban silencio preventiva y curiosamente aunque sabían que estaban en peligro mortal.

El aire se sentía pesado y sombrío. Parecía que en cualquier momento resonaría una detonación con el consabido mensaje en forma de plomo mortífero. Aunque esto no ocurrió, la amenaza se deslizaba sigilosa y artera entre las sinuosas sombras de la noche a cielo abierto. En medio de la envolvente negritud se atisbaba la imponente silueta de las

montañas macizas y las estrellas que brillaban a lo lejos como puntos de luz guiando a un barco de náufragos en el vasto mar.

-¡Ya conozco el lugar donde revientan las estrellas!- Pensó El Duende.

El chofer estacionó el auto debajo de un cobertizo junto a la cabaña. Ya conocían el sitio. Sin duda. Los cuatro hombres descendieron del vehículo y miraron alrededor. Whiesenthal le dijo a Fleming en voz baja:

-¡Pase lo que pase, no se preocupe, todo saldrá bien, ¿entiende?-

-¿Qué podría salir mal en este remoto y hermoso lugar?-

Obviando la ironía implícita en la pregunta, el alemán prosiguió:

-¡Seguramente va a tener que cuidarse por su cuenta durante un rato pero en cuanto se pueda iremos a apoyarle, ¿entiende?-

-¡Como un niño en su primer día en el preescolar!-

-¿Conoce usted los métodos de Schumacher?-

-¡Si. Empieza disparando y culmina preguntando!-

-¡Así es. Y sus hombres están entrenados y adoctrinados para actuar así también!-

-¡Tranquilo. No se preocupe por mi pellejo y concéntrese en conservar el suyo!-

Recomendó el irlandés.

Comenzaron a andar hacia la cabaña.

Todo estaba muy tranquilo.

Tanto el chofer como el escolta portaban subfusiles MP40. Whiesenthal tenía ambas manos en los bolsillos de su abrigo, seguramente ocupadas sosteniendo un par de Walther PP, el arma favorita de Adolf Hitler. Le gustaba tanto que se suicidó con ella. Al llegar frente a la vivienda, el irlandés extrajo su revólver y lo mantuvo abajo y pegado a su costado derecho. En eso, se escuchó un grito proveniente de algún lugar boscoso y oscuro:

-¡Herr Whiesenthal!-

-¿Quién es?- Preguntó el aludido.

-¡Venimos de Berlín. Queremos hablar con usted!-

-¡Voy para allá!-

Se volvió hacia el espía pelirrojo y le indicó:

-¡Entre a la casa y defiéndase como pueda. Estamos solos en esto!-

-¿Tiene idea cuántos serán?-

-¡Cinco o seis, no más de ocho, con armas cortas!-

-¡Bien. He estado en peores lugares con peor compañía!-

Acto seguido entró a la cabaña seguido por el chofer que se parapetó tras un mueble en la sala. Fleming olió la traición en el ambiente. Había en el aire un olor a muerte vieja, rancia y putrefacta. Demasiado sutil y apenas perceptible, pero allí estaba. Podía sentirlo. Se internó en la casa totalmente a oscuras a sabiendas que si los hombres ocultos en el bosque tenían varias horas esperando allí, por lógica alguno o algunos estarían dentro del inmueble tendiendo una celada a los incautos que quisieran protegerse en su interior.

Que mente tan sucia, fría y calculadora la de estos alemanes.

Afuera había comenzado el intercambio de balazos. La puerta de una habitación estaba semiabierta y en la pálida penumbra que formaba, el irlandés fijó su mirada. Retrocedió lentamente buscando la protección de la pared mientras cambiaba de mano el revólver y empuñaba su pistola con la mano derecha. Cuando su espalda tocó la pared se agachó en la penumbra sin dejar de escudriñar el sitio por el cual creía que habría de surgir el enemigo.

No se equivocó.

Lo primero que sintió fue un olor a cigarrillo que flotaba en el aire, quizás desde hacía unos minutos antes de su llegada a ese lugar. Como uno de los ciegos de la literatura

de Ernesto Sábato, su tacto, su olfato y su oído se agudizaban en la oscuridad. Apretó la espalda contra la pared y permaneció inmóvil, casi sin respirar aunque sentía que por latir tan aprisa, el corazón se la iba a salir por la boca.

En medio de la penumbra distinguió la figura de un hombre que emergía en silencio de la habitación cuya puerta estaba sospechosamente abierta. Llegó el momento de la verdad. Aún no. Controló los latidos de su acelerado corazón hasta que pareció haberse detenido. El sujeto avanzó cuatro, cinco pasos y otra silueta emergió de la oscura habitación. Con ambas armas al frente y la convicción de no haber errado, el espía irlandés al servicio de su majestad emitió un silbido.

Ambos hombres se sorprendieron con el agudo sonido pero no tuvieron tiempo para reaccionar. Tres disparos calibre .44 y otros tres del calibre .357 los derribaron mortalmente. Fleming avanzó agachado hacia un costado de la puerta del recinto de donde habían emergido sus enemigos. Tal vez algunos más estaban allí. Lamentaba no tener por lo menos una granada fragmentaria.

Justo en ese momento se encendió la luz en toda la vivienda y un tercer hombre con uniforme militar apareció en la puerta por la cual el irlandés había entrado a ese recinto interior. Empuñaba una humeante Luger Parabellum en su mano diestra. El agente secreto irlandés instintivamente dio un giro descendente con un quiebre de cintura equilibrándose con la rodilla derecha al tiempo que elevaba el cañón de su pistola semiautomática de acción simple, la cual dejó escapar un plomo calibre .44 ACP (Automatic Colt Pistol), que impactó en el corazón del militar alemán quien abrió los ojos desorbitadamente sin poder ocultar la sorpresa apenas un segundo antes de morir.

No tenía mucho tiempo caído cuando entró Whiesenthal. Estaba herido. Un balazo se había incrustado en su hombro izquierdo. El chofer estaba muerto pero el escolta había sobrevivido. Afuera había siete cadáveres de militares alemanes orientales.

Esto sólo podía ser cosa de Schumacher.

Claro que sí.

Solo entonces el agente secreto entendió que aquella operación en realidad nunca fue lo que pareció ser. Realmente Hamilton no lo había enviado haciéndose pasar por un espía desertor para engañar a Whiesenthal, volverlo en contra de Schumacher y convencerlo, por supuesto ayudarlo, para que lo asesinasen. La verdad es que Schumacher mataría a ambos, al irlandés y al judío.

Ese era el verdadero plan.

Luego Schumacher informaría a sus superiores haber descubierto que Whiesenthal colaboraba con el servicio secreto inglés, con quienes ideó un macabro plan para ser asesinado por la mano de un espía británico desertor que residía en Alemania Occidental. Y en el intento de atraparlos para conducirlos ante la justicia y prodigarles así un “juicio justo”, ambos se resistieron y no tuvo más alternativa que matarlos en legítima defensa propia.

Después de todo, los muertos no hablan ni se pueden defender. Su propio cadáver sería la mayor evidencia contra Whiesenthal y su bien organizada conspiración. El cuerpo muerto de Fleming era la carta mayor en el juego de Schumacher. Todos le creerían, lo ascenderían y jamás se enterarían de su trabajo como doble espía.

Porque ahora Fleming sospechaba y nadie sacaría de su cabeza dura y obstinada que los burócratas del servicio secreto inglés le hicieron creer a Whiesenthal que él era su amigo y ellos sus aliados, cuando en realidad era tan solo un títere, una marioneta movida desde Londres y cuyos hilos debía cortar Schumacher, el verdadero amigo, cómplice y colaborador de los lords del servicio secreto de su majestad.

Todo un guión para una película de espionaje. Un futuro best Seller literario. Finalmente, al terminar su “honroso, immaculado e intachable” servicio, Schumacher se retiraría a vivir lujosamente con el sustancioso dinero inglés que ya tendría depositado y “engordando” en un banco suizo, con un nombre ficticio y pasaporte británico. Que gran jugada. El plan perfecto. Pero Schumacher no contaba con un irlandés testarudo que estropease su maravilloso plan.

Pero no podía contarle esto a Whiesenthal. No sería prudente y podía colocarlo en su contra. No resultaba conveniente. Este era el momento de actuar sin pensar para ganar tiempo y así reflexionar con detenimiento su próxima jugada con y sin el judío. Tenían la sorpresa como ventaja al menos por un tiempo. Cuando los matones de Schumacher no se reportasen este sabría que estaban muertos pero no estaría seguro de algo hasta que no enviase emisarios hasta este lugar y confirmasen o no sus sospechas.

Incluso existía la posibilidad que él mismo viniese a hacerse cargo del asunto.

Igualmente era posible contarle todo a Whiesenthal, convencerlo de esconderse y salir del país. Pero, ¿a dónde irían? Y si le contaban la verdad a los superiores del judío ¿quién creería en la palabra de dos desertores y conspiradores?...

Y tal vez, Whiesenthal se negase a creerle o a secundar sus planes. Había que permanecer tal y como hasta ahora. Encendió un cigarrillo y le ofreció uno al alemán de origen judío. Le ayudó a encenderlo y luego de un par de exhalaciones, mientras su subalterno le atendía la herida, El Duende lo miró fijamente y le dijo:

-¡Eran diez!-

-¿Qué?-

-¡Usted dijo que serían no más de ocho. Pero eran diez!-

CAPÍTULO VIII

Encuentro entre Rivales

Los duendes son criaturas mitológicas fantásticas de forma humanoide pero del tamaño de un niño pequeño, y están presentes en el folclore de muchas culturas. La etiología de su nombre proviene de la expresión Duen de casa o Dueño de casa, por el carácter entrometido de los duendes al “apoderarse” de los hogares y encantarlos; o bien del árabe Duar de la casa, que significa Habitante.

El Leprechaun o Leprecaun irlandés es un tipo de duende o ser feérico, de naturaleza dual: tanto material como espiritual. Es masculino y habita a lo largo y ancho de la isla Esmeralda. Viven junto a todas las criaturas feéricas, los Tuatha Dé Danann y otros seres legendarios que existían mucho antes de la llegada de los celtas.

El duende irlandés se caracteriza por tener el rostro demacrado, la piel grisácea, usar sombrero puntiagudo, fumar pipa y beber whisky en ingentes cantidades. Son huraños y grotescos, ladinos y escurridizos. Tienen la capacidad de cambiar de forma y tamaño a voluntad. En su tiempo libre son bribones y ladrones que buscan incrementar el tesoro que ocultan.

Los leprechones y otras criaturas de la mitología irlandesa suelen estar asociados con fuertes de hadas o anillos de hadas, que a menudo suelen ser lugares donde se encuentran los antiguos, que son seres de origen celta o los Drumlins, anteriores a estos. Suelen adoptar la forma de hombres viejos que disfrutan realizando travesuras. Se dedican a fabricar y arreglar zapatos.

Se dice que son muy ricos por cuanto poseen y custodian muchas vasijas de barro, calderos o marmitas llenas de tesoros o monedas de oro que fueron enterradas en períodos de guerra. De acuerdo con las leyendas antiguas, si alguien logra fijar su mirada en un Leprechaun, este no puede escapar, pero en el momento en que se retira la mirada desaparece.

Los Pixies son creados por la mezcla entre ellos y las hadas. Suelen crear ilusiones para engañar a los humanos. Los Kobold tienen la misión de crear escepticismo entre las personas con la finalidad de proteger el reino de los duendes. Los Goblins tienen el poder de cumplir deseos pedidos por medio de la práctica de rituales ancestrales.

El folklore irlandés narra numerosas historias acerca de los Leprechauns, las cuales siempre se enmarcan dentro del contexto de una historia principal protagonizada por un ser humano, y ubicándolos en lugares y situaciones reales. Generalmente su participación hace que los humanos se confundan, pierdan tiempo, se extravíen y sufran percances menores.

Cuentan los abuelos que se les puede combatir con hierro forjado, con armas de plata y con tréboles de cuatro hojas. Al no existir el género femenino entre los duendes, se ven obligados a tomar esposas humanas raptándolas de los pueblos y villorios cercanos a ríos y arroyos.

Los duendes también solían ser ayudantes de los Druidas, famosos hechiceros y curanderos irlandeses expertos en magia y artes ocultas. Incluso se cuenta que los Druidas tenían fórmulas mágicas para crear duendes mezclando plantas y brebajes en una botella, obteniendo así estos seres tan astutos como pequeños y tenerlos bajo su servicio.

San Patricio, santo patrono que llevó el catolicismo a Irlanda, es considerado enemigo acérrimo por antonomasia de los duendes, por cuanto son personajes pertenecientes a tradiciones paganas. La imagen de este santo es utilizada incluso hoy en día como protección contra los duendes y para exorcizar lugares donde exista la presencia o influencia de estos seres.

Quizás por eso Fleming no creía en santos ni asistía a la iglesia.

En la vecina Escocia existen los Hobgoblins y los Puck.

Pero esa clase de duendes son otra historia.

En un viaje reciente a Escocia pude conocer varias anécdotas de la vida de James Buchanan. Era un hombre alegre que quería pasar ratos agradables con sus amigos, y que mejor manera de hacerlo sino acompañándose con un buen licor. Bien por Buchanan. Mal por mí. En estas montañas alemanas no tenían una botella de Whisky que fuese por lo menos decente. Esta bazofia embotellada solo servía para calentar y revolver las tripas.

Whiesenthal y yo permanecíamos en la sala, sentados, fumando sin hablar. Como dos contrincantes geniales enfrentándose en una partida de ajedrez imaginario. Tan solo eso quedaba hacer. El judío había metido la pata hasta el fondo. Se reportó con sus superiores. No supo oler la traición teniéndola tan cerca y viniendo de todos lados. Le habían dicho que permaneciésemos en ese recinto. Enviarían una escolta para recogernos y llevarnos sanos y salvos al cuartel general de la policía secreta.

Eso solo podía significar una cosa: Schumacher en persona vendría por nosotros. Y aunque siempre estaría latente la posibilidad de asesinarnos para luego decir que opusimos resistencia o intentamos huir, era mucho más probable que nos condujese con vida a nuestro siguiente destino. Políticamente era lo correcto y le haría subir puntos ante sus dirigentes del partido que era seguramente lo que más le interesaba y necesitaba ese malnacido alemán, puesto que ya había ascendido a jefe supremo de la policía secreta.

Allí no tenía nada más que buscar.

Tal vez el ministerio de justicia o el de defensa pero por qué no aspirar a dirigir el partido, que más adelante lo respaldaría para erigirse como el gran líder de la Alemania comunista y así, con el apoyo de sus hermanos mayores rojos: Unión Soviética y China, aplastar a su hermana occidental para regirla como una sola nación con puño de hierro y

bota de acero dispuesta a enfrentarse a las naciones aliadas y, si era necesario, hacer estallar la Tercera Guerra Mundial.

No creo que esa sea la reunificación con la que soñaba Whiesenthal.

Schumacher nos tendría pronto en sus manos. Al judío y a mí. Pero yo aún tenía un par de ases bajo la manga. Venderé muy caro mi pellejo. Apuéstenlo que sí. Como cosa rara, Whiesenthal comenzó a hablar:

-¡Sé que quizás todo aquello que yo haya dicho o hecho, que haga y diga, que haré y diré, a usted le parecerá extraño, pero tenga siempre presente que mi raza es antiquísima, milenaria, y así como los árboles viejos tienen ramas torcidas y las casas viejas exhiben grietas y goteras, las viejas estirpes tenemos antiguos secretos y raros misterios, ¿cómo no habría de ser así teniendo más de mil años en este mundo ? Me refiero a los judíos, claro está!-

El irlandés le contestó:

-¡Mi pueblo también tiene algún tiempo batallando en este mundo, 9.980 años para ser exacto!-

El duende pelirrojo se recostó aún más en el sillón y se quedó en silencio con la mirada perdida entre las llamas chisporroteantes de la vetusta chimenea. Rato después salieron al porche a seguir fumando mientras contemplaban la belleza infinita del paisaje. Ciertamente Alemania es un país que pudiese llegar a ser un gran referente para el turismo invernal, incluyendo desde la majestuosidad del mar en el norte hasta los nevados Alpes en el sur.

Existen desde pintorescos pueblitos hasta grandes ciudades entre valles y montañas de gran belleza, con lo cual la estancia se hace aún mucho más provechosa. Aun cuando existen más de quince regiones de nieve, en mi opinión, las mejores estaciones de esquí se encuentran en los Alpes Bávaros, y más específicamente alrededor del pico más alto, el imponente Zugspitze, con sus 2.996 metros de altura y sus famosos teleféricos.

De hecho, Berlín se emplaza físicamente en el Urstromtal Varsovia-Berlín, antiguo cauce glacial situado entre los altiplanos de Barnim y Teltow. Si algo me gusta de esta ciudad es su centro histórico, el cual se encuentra en el punto más estrecho del fastuoso río Spree, que cruza la ciudad de norte a sur y su longitud este-oeste es de unos 45 kilómetros, mientras que de norte a sur mide cerca de 38 kilómetros.

Conozco muy bien ese río porque admiro su belleza y porque en él ahogué a muchos de mis enemigos y arrojé los cadáveres de unos cuantos más. Aparte que este río está muy estrechamente ligado a la historia de la ciudad. Los orígenes de Berlín se remontan al siglo XIII cuando navegantes y mercaderes se asentaron a orillas del río Spree, fundando dos colonias llamadas Cölln, en una pequeña isla, y Berlín, que se desarrollaron paralelamente hasta que en 1.307 fueron unidas bajo el nombre único de Berlín.

En 1.415, Berlín pasó a ser la capital del estado de Brandeburgo y lugar de residencia de la dinastía de los Hohenzollern, quienes convertirían a la ciudad en el centro de poder, arte y cultura brandeburgués logrando alcanzar la prosperidad necesaria para, tras la creación del imperio alemán, convertirse en el año 1.871 en la capital del imperio gracias a la supremacía que Prusia ejerció durante el proceso de unificación.

Las indemnizaciones económicas que Francia pagó a Alemania tras el conflicto provocado por la sucesión al trono de España, junto al poderoso desarrollo industrial, favoreció un clima económico alcista en Alemania, lo cual benefició especialmente a Berlín. La ciudad empezó a embellecerse exponencialmente gracias a una nueva clase media burguesa que comenzó a enriquecerse con la creación de numerosas empresas y se asentó en la ciudad que Otto Von Bismarck, conocido como el Canciller de Hierro, político prusiano y artífice de la unidad alemana, modelaba a su gusto para competir en belleza con París, su gran rival francesa.

A partir de entonces la ciudad experimentó un considerable crecimiento demográfico alcanzando los 4 millones de habitantes en 1.925, cuando comenzaron a gestarse los movimientos nacionalistas que condujeron a Berlín, capital del régimen nazi, a la destrucción total en la Segunda Guerra Mundial. Durante la guerra, la mayoría de Berlín

fue destruida por los bombardeos estadounidenses y británicos que entre 1.943 y 1.945, se llevaron a cabo a lo largo de la llamada Batalla de Berlín.

Una vez rendida Alemania, el 8 de mayo de 1.945 se firmó el acta de rendición y tras la conferencia de Potsdam, fue dividida en cuatro sectores administrados por las cuatro potencias principales que tomaron parte en su liberación. En 1.948, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos reunificaron los tres sectores occidentales para incorporarlos a la República Federal de Alemania, luego de la aprobación el 23 de mayo de 1.949 de la Ley Fundamental de Bonn, cosa que no gustó a la Unión Soviética, que respondió bloqueando dicho sector y declarando la nueva República Democrática Alemana, cuya capital sería Berlín Este.

Los soviéticos pensaban que si bloqueaban el insignificante sector de Berlín Occidental, los aliados se verían forzados a cederlo al bloque comunista. Sin embargo, gracias al puente aéreo de aproximadamente 900 vuelos diarios, la ciudad fue abastecida hasta el final de la crisis. Los soviéticos, descontentos por el fracaso del bloqueo impuesto, decidieron cercar los sectores de la República Federal de Alemania mediante un muro de 144 kilómetros de longitud, que se convertiría en el símbolo más representativo de la guerra fría.

Con una altura de tres metros y medio y una extensión final de casi 160 kilómetros, el Berliner Mauer separó a Berlín Occidental del resto de la República Democrática Alemana a partir del 13 de agosto de 1.961, y hasta sabría Dios cuándo. Irónicamente, su objetivo consistía en aislar los sectores occidentales de Berlín del resto de la RDA, pero en la práctica solo aisló a los ciudadanos de la parte este de su sueño de vivir en la República Federal. Es decir, en vez de aislar a su población de los aliados, los encerró en una especie de ciudad prisión.

Esto produjo multitud de intentos de fuga que causaron unas cuantas muertes hasta ahora. Otros, por el contrario, consiguieron felizmente “saltar” el muro con toda clase de sorprendentes artimañas. El muro supuso un gran punto de tensión durante la guerra fría, alcanzando el momento más álgido el 27 de octubre de 1.961 cuando 33 tanques soviéticos se dirigieron a la puerta de Brandenburgo en respuesta a una provocación del general

estadounidense Clay, 10 de estos tanques fueron a Friedrichstrasse y se detuvieron a 100 metros del Charlie Checkpoint o punto fronterizo “C”.

Dos tanques estadounidenses se detuvieron a una distancia similar al lado opuesto de la calle, y esperaron durante seis horas con orden de disparar si se abría fuego desde el otro lado. Finalmente Khrushchev y Kennedy rebajaron la tensión y ordenaron retirar los tanques.

-¡Algún día, quizás lejano, ante la feliz mirada de ciudadanos de todo el mundo, el muro de Berlín caerá para no levantarse ya jamás!- Profetizó Whiesenthal.

-¡Tal vez no esté tan lejano ese día!- Comentó Fleming.

-¿Le gustaría estar allí para verlo?-.

-¡Definitivamente no. Lo vería por televisión, no sea que el muro me caiga encima!-

Whiesenthal rió de muy buena gana. Aunque segundos después la sonrisa se le congeló en la cara. Fleming descubrió el motivo prontamente. Descendiendo de una colina en línea horizontal avanzaban unos puntos negros que poco a poco fueron tomando forma. Se trataba de los hombres bajo el mando de Schumacher quienes con él a la cabeza, venían a arrestarlos con los cañones de sus subametralladoras MP-38 Maschinenpistole por delante.

Estas armas de la firma Erfurter MaschinenFabrik (ERMA), revolucionaron la idea de lo que una subametralladora debería ser. De calibre 9 mm Parabellum, con selector de tiro automático, alimentador de tres proyectiles, peso de 4.03 kg vacía y 4.70 kg cargada, longitud de 833 mm, recámara de 25 a 32 cartuchos, velocidad de disparo de 450 a 550 proyectiles por minuto, velocidad inicial: 381 m/s y un alcance efectivo de 200 metros; era un arma de guerra impresionante.

Ya estaban muy cerca de nosotros, rodeando la cabaña. Teniéndonos más que a tiro se detuvieron sin dejar de apuntarnos. Con su pistola Vollmer/Erma de barril largo y

soporte telescópico, Gunther Adelbert Schumacher Adler, se adelantó para contemplar mejor a su presa.

Nosotros.

A decir verdad no me impresionó en lo absoluto.

Era un muchacho flaco y muy alto, con la piel muy blanca y los ojos muy azules, su cabello corto y muy amarillo. Pintoresco personaje. Parecía más bien un universitario hijo de gente rica o noble de cuna. Solo su sádica mirada reflejaba los innobles instintos que albergaba dentro de su ser.

Los nazis, en su ideología incluyeron varios aspectos de la visión de los darwinistas sociales, y adoptaron como suyo el fundamento evolutivo respecto a la supervivencia del más apto.

Por esta razón los nazis creen que la supervivencia de una raza depende de su capacidad para reproducirse y multiplicarse, todo esto aunado con la acumulación de tierras para mantener y alimentar a esa población en desarrollo y crecimiento indetenibles, teniendo el cuidado de mantener la pureza de su patrimonio genético para preservar las características raciales únicas, con las cuales la naturaleza les había dotado para que tuviesen éxito en la lucha por sobrevivir.

Debido a que cada raza busca su expansión y dada la finitud del espacio terrestre, la lucha por la supervivencia se traduce “naturalmente” en la conquista violenta y la confrontación militar. En función de esas razones “lógicas”, la guerra se constituye como parte de la naturaleza y la condición humana.

Ideología absurda y sádica.

-¡Míster Fleming, supongo!- Dijo al fin.

-¡Supone bien!- Contestó el irlandés.

-¿A cuántos de mis emisarios asesinó usted?-

-¡Lamentablemente solo a tres, le prometo que la próxima vez mataré unos cuantos más!-

-¡Ah, el sentido del humor inglés, como lo extrañaba!-

-¡No soy inglés!-

-¡Cierto. Es irlandés. Al cabo, da lo mismo!-

-¡Tranquilo, tenemos todo el tiempo del mundo para discutirlo!-

-¡No será necesario. Y ya no tendrá ocasión de matar a alguien más. Se lo aseguro!-

-¡No esté tan seguro de eso!-

-¡Si lo estoy. Tanto así que le solicito amablemente me haga entrega de las armas que porte consigo!-

-¡Tanta amabilidad me confunde!-

-¡Tan solo deseo ser un buen anfitrión!-

-¡Alemanes. Habladores como ellos no hay en todo el mundo!-

Y con la satisfacción que todo estaba transcurriendo de acuerdo con sus intereses, El Duende entregó sus armas al igual que sus acompañantes. Los tres fueron subidos a una camioneta cerrada para presos y dieron inicio al viaje de regreso a Berlín, hacia el cuartel general de la policía secreta.

A las oscuras mazmorras de la muerte.

CAPÍTULO IX

En la Boca del Lobo Alemán

Al ritmo del merengue las parejas se agitaban por toda la amplia pista de baile. El más animado de todos era un negro de prominente barriga atrapada dentro de una camisa manga corta muy florida y pintoresca. Su cabello ensortijado teñido de rojo le confería un aspecto payasesco. Solo le faltaba la cara pintada de blanco y la nariz redonda igualmente roja. Quizás también el gorrito festivalero.

Listo.

Payaso tropical a la orden.

República Dominicana siempre está de fiesta. Es como una juerga interminable que dura todo el año y se renueva permanentemente. Esta isla es preferida como destino turístico mayormente por los europeos que por estadounidenses. La alegría suele ser contagiosa y el ambiente altamente estimulante.

Nativos y turistas de todos partes del globo terráqueo se confundían en aquellos establecimientos cerrados, ideales para baile de orquesta, con terrazas al aire libre para refrescarse del característico calor local, libando tragos entre conversaciones, risas y baile al son del merengue y la bachata.

La orquesta encadenaba un merengue tras otro casi sin descanso para los cuerpos sudorosos de músicos, cantantes y bailarines. Cada canción presentaba el mismo estilo musical cadencioso y bullanguero. Aun así, la pareja conformada por la morenaza nativa y el extranjero pelirrojo continuaban sentados discretamente en una mesa del fondo del animado local tomando cerveza en botella.

Tres negros entraron al establecimiento. Eran altos, fornidos, mal encarados. Lucían trajes sin corbata. Solicitaron una mesa y pidieron unos tragos. El ritmo del merengue ya estaba fastidiando al Duende, una arruga vertical surcaba su frente en señal de enfado cuando la joven se acercó coquetamente y le susurró al oído:

-¡Policía secreta dominicana!-

Fleming hizo una seña al mesonero y este regresó con dos cervezas y disimuladamente dejó un papel sobre la mesa. El irlandés le dio vuelta para leer su breve pero revelador contenido:

-¡El pájaro está en el nido!-

Efectivamente en aquel preciso instante, un grupo de hombres con trajes igualmente sin corbata descendía las amplias escaleras, encabezado por un flaco flanqueado por un par de despampanantes morenazas. Se ubicaron en una mesa más grande que las otras. Hacía allá se dirigió el agente secreto al servicio de su majestad. El flaco indicó a sus guardaespaldas que permitiesen al pelirrojo acercarse mientras su acompañante se retiraba hasta la llamativa barra.

-¡Bienvenido a Dominicana, mi amigo gringo. Estás en tu casa. Siéntate, mi hermano!-

El Duende tomó asiento y encendió un puro cubano. Bolívar Belicoso. Ardiente y aromático como el Caribe mismo. Echó un vistazo casi despectivo a las acompañantes del dominicano y dijo en perfecto español:

-¡Grandes tetas!-

Todo el grupo echó a reír por la ocurrencia del supuesto norteamericano.

-¡Helmanito, mañana en la noche, a punta de once dará inicio la ceremonia vudú. Debes estar puntual a la cita. Allí estará tu contacto. ¿Tú me entiendes?-

-¡Por supuesto que sí!-

-¿Y qué piensas hacer cuando estés allá?-

-¡Los mataré a todos!-

Nuevamente las risas se dejaron oír.

-¡Óyeme chico, debes pensártelo bien, esa gente no es cualquiera cosa. Cleo que deberías pensártelo mejor, no sé, por un laaaargo tiempo!-

-¡Ya lo pensé!-

-¡Pues. Deberías pensártelo otro poco, no tienes aspecto de saber mucho de guerras, tiroteos, cosas así pues, ¿tú me entiendes?-

-¡He hecho algunas de esas cosas!- Respondió el irlandés.

-¡Tú pareces turista en el Caribe, y esos tipos son realmente peligrosos!-

-¡Escucha, negrito, no soy un turista, ¿tú me entiendes?-

La risa se le congeló en la cara al dominicano delator.

-¿Quién eres tú entonces?, mi chico!-

-¡El Guagüero. Y he venido a llevàte conmigo pal otro mundo!-

Los guardaespaldas se miraron uno a otro sin atinar qué hacer. En ese momento se apersonó la escultural acompañante del espía irlandés trayendo consigo un voluminoso maletín plateado el cual entregó al pelirrojo. Los mal encarados de la otra mesa se levantaron para dirigirse hacia donde el grupo dominicano contemplaba desorientado al presunto estadounidense.

Fleming recibió el objeto y lo colocó sobre la mesa. Le dio vuelta y le dijo a su interlocutor:

-¡Lo acordado. Y me despido. Nos vemos en el infierno!-

Y acto seguido se levantó alcanzando a la morena que ya empezaba a dirigirse hacia las escaleras. Los agentes secretos dominicanos encararon al grupo del flaco mientras este intentaba sobornarlos.

-¡Aquí tengo suficientes dólares americanos para todos. Podemos llegar a un acuerdo!-

Uno de los mal encarados volteó el maletín. Procedió a abrirlo mientras la pareja de espías salía del recinto donde continuaba la descarga merenguera. Justo cuando un falso taxi conducido por el falso mesonero se detuvo frente a la pareja en fuga, el mal encarado policía secreto local abrió el maletín.

El próximo sonido que se dejó escuchar en el interior del establecimiento fue una fortísima explosión causada por un explosivo plástico tipo Semtex. Una carga de 250 gramos era suficiente para derribar un avión comercial de pasajeros. El auto amarillo se dirigió hacia el aeropuerto donde El Duende regresaría a su país.

El cuartel general de la Stasi, policía secreta de la República Democrática Alemana, está ubicado en el centro de Berlín Oriental. Desde su macabro y temido interior sus mandamases podían ver y saber todo lo que ocurría del lado este de la cortina de hierro. Existía la creencia general que todo aquel civil que traspasaba las pesadas puertas en calidad de prisionero, si bien entraba vivo por la puerta principal, salía por la puerta trasera.

Pero salía muerto.

Salvajemente torturado previamente.

Este sádico y represivo organismo llegó a ser reconocido como uno de los servicios de inteligencia y espionaje más efectivos de la historia. Se encontraba en la calle Normannenstrasse, en un barrio de edificios grisáceos y estalinistas. Se rumoraba que sus archivos tenían 189 kilómetros de material documentado acerca de los habitantes de la RDA. Desde sus datos filiatorios hasta la descripción de su manera de caminar.

Todo un régimen del terror.

Pero un terror psicológico con una filosofía basada en máximas como: todo el mundo es sospechoso, y, la seguridad es más importante que los derechos. Unas 90 mil personas trabajan aquí en forma estable y tienen una vastísima red de 300 mil informantes. Todo un ejército de soplones. Esto significa que aproximadamente uno de cada 50 alemanes orientales colaboraba con la policía secreta, por las buenas o por la malas, llegando a ser uno de los niveles de penetración más altos en una sociedad por parte de una organización.

Todos los alemanes tenían un conocido que espiaba para este organismo. Su red de inteligencia se basaba, justamente, en comprender que toda información, por pequeña que pareciese, era fundamental. La policía secreta le pedía a una persona cualquiera: un panadero, un albañil, un escritor, que aportara datos sobre su esposa, su vecino, un tío o su mejor amigo. Le advertían que no necesitaban pistas demasiado comprometedoras acerca de su militancia política o un eventual plan de escape a Berlín Occidental, sino toda clase de detalles mundanos como qué marca de cigarrillos fumaba este conocido o cual color de ropa interior usaba.

Toda la información recolectada, que a primera vista se tornaba intrascendente, serviría como elemento de persuasión para quebrar la voluntad a esa persona en un eventual interrogatorio.

-¿Qué opina usted acerca de nuestra gloriosa policía secreta?- Preguntó orgulloso Schumacher fumando tras su escritorio.

-¡En realidad me parece lo que son: un grupo de viejas chismosas hablando mal de sus vecinos!- Respondió El Duende.

-¿Usted fuma?-

-¡No!-

-¡Es curioso. El expediente que tenemos de usted informa que, en efecto, fuma usted mucho, demasiado diría yo!-

-¡Si. Pero no esa porquería cubana que fuman ustedes traídas desde la madre puta Rusia!-

-¡Su humor es extraño. Una mezcla entre ironía, burla y orgullo!-

-¡Ya me lo habían dicho!-

-¡He visto mucha gente asustada dentro de estas paredes!-

-¡Créame que yo también lo estoy. Este sitio asusta pero por lo feo y muy mal decorado que está. ¿Acaso no tienen buenos diseñadores y decoradores de interiores en el lado comunista?-

-¡Muy graciosa su ocurrencia!-

-¡Tal vez. Pero nada más estúpidamente gracioso que sus camionetas de pescadería. Vaya fiasco!-

-¿A qué se refiere usted exactamente? Se intrigó el alemán al punto que se enderezó en su cómodo sillón.

En la entrada del complejo que usaba la policía secreta para vigilar a la gente, permanecía estacionada una camioneta negra con un cartel que la identificaba como REPARTIDOR DE PESCADO. Estos vehículos circulan por todo Berlín durante todo el día, lo cual resulta muy curioso debido a que nadie entiende cómo podían existir tantas camionetas de entrega a domicilio dando vueltas a todo momento si son contadas las pescaderías en la ciudad.

No era lógico ni había que ser muy inteligente para darse cuenta de ese detalle.

-¿Qué más sabe usted de nosotros que desee compartir conmigo tan jocosamente? Digamos, como buenos amigos!- Invitó el alemán.

-¡Con amigos como usted, ¿quién necesita enemigos?-

-¡Ya. Pero cuénteme las cosas como si fuésemos amigos entrañables, con confianza!-

-¡Okey!-

En un piso superior, en uno de los cuartos, guardan frascos en conserva en los que almacenan el olor de la gente. Cuando interrogan a un prisionero lo obligan a sentarse con las manos debajo de los muslos, de esta forma la transpiración queda impregnada en una gamuza puesta sobre el asiento y después se guardaba ese trapo en un frasco para que los perros puedan rastrear el olor en caso de persecución.

-¡No negará que es una técnica muy efectiva!- Le espetó el ario.

-¡Y muy antihigiénica también!-

-¡Ya. Hágame reír un poco más!-

-¡No es esa mi mayor virtud pero siempre es mejor hacer reír que llorar. En otro de los cuartos pero esta vez en el subterráneo, tienen unos inventos increíblemente estúpidos: un termo para café con una mini-cámara, troncos de madera para la chimenea con una grabadora de sonido en su interior y chaquetas con botones-micrófonos, muy feas por cierto, las chaquetas, y cualquiera las reconoce!-

-¡Menosprecia usted grandemente nuestra inteligencia, nuestro ingenio y nuestra superioridad!- Exclamó visiblemente molesto el germánico.

-¡No es eso, sino que todos esos aparatos los venden en cualquier juguetería británica. Y si ustedes fuesen tan superiores como pregonan ser, no serían marionetas de sus camaradas soviéticos, los rojos!-

-¡Somos tan aliados como los británicos, franceses y estadounidenses de nuestros enemigos alemanes del otro lado del muro!- Casi gritó.

-¡Pamplinas. ¿A quién engaña?, ¿cuál es su plan o al menos su meta a largo plazo?...¿Gobernar Alemania y reunificarla con ayuda soviética para luego apuñalar por la espalda al hermano mayor rojo y quedarse con todo el pastel?... Muy astuto y ambicioso de su parte!-

-¿Conoce usted de ambiciones?-

-¡Las tengo pero sin delirios de grandeza!-

-¿No le atrae el poder?-

-¡No me interesa dominar el mundo, como a usted!-

-¿Qué quiere entonces?-

-¡Lo que desea todo el mundo!-

-¿Dinero?-

-¡No!-

-¿Entonces?-

-¡Un cigarrillo y un café!-

El alemán se quedó tieso un momento sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Repentinamente estalló en carcajadas. Fleming lo contempló mientras reía y recuperaba la compostura.

-¡Me cae usted muy bien. Le proporcionaré lo que quiere!- Oprimió un botón en el conmutador sobre su escritorio y le pidió a su asistente que trajese cigarrillos y café.

Se sirvió un vaso con agua y otro para el irlandés. Aun sonriente pidió:

-¡Cuénteme más!-

-¡Ajá. Quiere usted tapar todas las goteras de su casa!-

-¡Ya. Por supuesto!-

-¡Bien. Ustedes tienen una máquina de vapor que sirve para abrir cartas sin que el destinatario sepa que su correspondencia fue vulnerada. Abren diariamente unas 90 mil cartas. Y en cuanto a su oficina, le diré que este escritorio con el rostro de Lenin es horroroso y esos dos teléfonos son para, el blanco, comunicarse con el presidente de la RDA y el negro lo conecta directamente con el cuartel general de la KGB!-

-¡Impresionante, definitivamente impresionante!-

-¡Hago lo que puedo!-

-¡Y me asombra, pocas veces lo estoy pero no tengo ningún reparo en admitir frente a usted que estoy sorprendido. Ni siquiera mi asistente sabe con quién me comunico a través de cuál teléfono. Por cierto, allí está ella con su pedido!-

El irlandés comenzó a mirarla de los pies a la cabeza. Usaba una falda ejecutiva que mostraba sus rodillas y denotaba unas piernas bonitas con una cintura perfecta. Igualmente su blusa blanquísima totalmente abotonada enmarcaba un poco su abundante pecho. Y su rostro era tan hermoso como conocido. Sus grandes ojos azules estaban fijos en él hasta que las miradas se encontraron y ella disimuló prestamente.

-¡Permítame presentarles, ella es Frau Inga Bethke y él es Herr, perdón, míster James Fleming, un amigo inglés!-

-¡Irlandés!-

-¡Ya!- Asintió Schumacher.

-¡Mucho gusto!- Expresó ella sin nerviosismo.

-¡El gusto es mío!-

En eso sonó el timbre en el conmutador. La recepcionista le comunicó a su jefe que tenía una llamada de su esposa. Schumacher se excusó:

-¡Mis disculpas. Ya regreso. Contestaré en mi habitación privada. Inga, atienda bien a mi invitado real. Con su permiso!-

-¡Si, Herr camarada!-

-¡Bien pueda!- Aceptó El Duende.

Apenas el alemán cerró la puerta de la habitación junto a su oficina, el pelirrojo se abalanzó frente a la rubia.

-¿Qué diablos haces aquí?-

-¡Aquí trabajo!-

-¡Tantos trabajos del demonio que hay en toda Alemania y tú tenías que trabajar justamente aquí y con este hijo de Satanás!-

-¡Eso no importa, lo importante ahora es que hemos vuelto a vernos!-

-¡Si, claro. En el Hilton de Copacabana!-

-¿Qué es eso?-

-¡Olvídalo. Ahora tengo que pensar en cómo diablos sacarte de aquí!-

-¡Pero ¿qué dices?, ¿qué haces tú aquí?-

-¡Es largo de explicar y difícil de entender. Diablos. Malditas mujeres del demonio. Todo lo complican, todo lo echan a perder!-

-¡No te comprendo!-

-¡Yo tampoco!-

-¡Dime la verdad, ¿tú me amas?-

-¡Hoy mi corazón se ha vuelto delator y me hace delatarme contigo. Por supuesto que te amo, pero no esperaba volver a verte, y mucho menos aquí!-

-¡Ni yo a ti, pero el destino se empeña en unir nuestros corazones!-

-¡Y tu jefe nos sacará esos corazones en este mismo momento y se lo echará a los dobermans si se entera que nos conocemos!-

-¡Herr Schumacher no tiene dobermans, tiene pastores alemanes!-

-¡Demonios, Inga. Estoy aquí preso. Soy prisionero de tu jefe!-

-¿Hiciste algo malo?-

-¡No tan malo como lo que voy a tener que hacer!-

-¿Qué tienes que hacer?-

-¡No preguntes tanto y ten paciencia. Pase lo que pase, veas lo que veas, escuches lo que escuches, no me busques. Yo te buscaré y no saldré de aquí sino es contigo!-

-¿A dónde iremos?-

-¡Al Hilton de Copacabana!- Contestó Fleming tomando café.

-¡No entiendo, ¿qué es eso?-

En ese momento entró intempestivamente una comisión de la KGB, Komitet Gosudárstuennoy Bezopásnosti, literalmente: Comité para la Seguridad del Estado. Soviéticos, por supuesto. El capitán que comandaba el operativo le comunicó al irlandés:

-¡Místerrr Fleming, está usted ahorra bajo la prrrrotección del KGB. Acompañenos, porr favorr!-

-¡Clarrro. Grrraciazzz!- Le imitó el pelirrojo.

Mientras salía del recinto escuchó los gritos histéricos de Schumacher. Él estaba a salvo, de momento. Whiesenthal había hablado. Contó todo lo que sabía y le habían creído.

Por ahora.

O al menos sus superiores desconfiaban tanto de él como del mismísimo Schumacher y eso se traducía en más tiempo y menos tortura para El Duende. Ahora había que preparar la siguiente jugada y abonar el terreno para salir de allí con un pasajero.

O mejor dicho.

Pasajera.

CAPÍTULO X

Enjuiciados

Whiesenthal le había informado que el juicio era para sí y para Schumacher, y que él solo era un testigo, razón por la cual no requería ser asistido por un abogado. Eso era cierto pero a medida que transcurriese el evento y, si surgía algo en su contra aquel pasaría de ser juicio para dos a ser juicio para tres o tal vez seguiría siendo para dos: Whiesenthal y Fleming, o Schumacher y Fleming.

Ninguna de esas opciones le convenía.

Debido a que se trataba de un problema interno, se acordó llevar a cabo el juicio dentro del cuartel general de la policía secreta y no en un tribunal penal civil o militar, para que ningún detalle llegase a ser del conocimiento público.

-¡Los trapos sucios se lavan en casa. El problema es de ellos y aquí lo resolverán a su manera en un juicio a su gusto y muy gustosamente aquí también ejecutarán la sentencia. Que cuadro tan conmovedor!- Pensó El Duende.

La sala de prensa fue acondicionada como tribunal. Por un lado estaban sentados policías, guardias y carceleros. Del otro lado, miembros del partido y altos funcionarios. Entre ellos un grupo de civiles en calidad de espectadores para otorgarle a la sala el carácter de “popular” y así garantizar un juicio justo del pueblo, por el pueblo y para el pueblo y bla bla bla, etc etc etc.

Y que Dios salve a la reina.

O por lo menos a mí.

Sobre la pared del fondo, encima de los asientos para los tres miembros del tribunal, colgaba una gran estrella roja. Todos estaban presentes. Los abogados con traje negro y ambos prisioneros con uniforme gris de presidiario. Por ahora, Fleming lucía uno de sus trajes con corbata unicolor y nudo Windsor. El secretario pidió a todos que se pusiesen de pie.

-¡Comenzó el show!- Pensó el irlandés.

Breves palabras de la presidenta del presidium. Mujer tenía que ser. Y lo peor del caso es que tiene cara de vieja solterona, bruja y amargada. El fiscal tomó la palabra para dar los pormenores del caso. Y Whiesenthal tuvo la oportunidad de tomar la voz cantante de forma inicial. Vamos a ver de cuál madera está hecho el judío y hasta donde nos hunde y hasta cuál punto nos salva.

Después de todo fueron sus paisanos quienes crucificaron a Cristo. Ojalá no se inmole y me arrastre consigo. El papel de mártir cristiano no me luce.

-¡El mismo día que el presidium recibió mi informe acerca de las actividades del camarada Schumacher, fui apresado junto a uno de mis escoltas y el desertor inglés Fleming. Previamente habíamos sido víctimas de una cobarde emboscada que derivó en la muerte de otro de mis escoltas y una herida de bala en mi cuerpo. Ambos fuimos interrogados y en mi caso violentamente torturado por mi condición originaria de ser judío, y para hacerme callar la verdad y confesar la mentira. Dicha mentira es la terrible acusación que se me hace de conspirar para matar al camarada Schumacher, valiéndome de los servicios del espía inglés y así yo ocupar el más alto cargo en nuestra gloriosa policía secreta.

La verdad es que el camarada Schumacher, es un doble agente al servicio de Inglaterra y por dinero, mucho dinero, se convirtió no solo en un agente de una potencia extranjera en absoluta y manifiesta traición a la patria, sino que entregó información secreta del partido y de esta organización al servicio secreto británico, y aún más, convirtió a la policía secreta en un departamento lacayo de un estado burgués, apoyó a grupos anti-partido y se apartó de todo pensamiento y doctrina socialista al tarifarse con moneda extranjera para su único y personal lucro.

No existe, apreciados camaradas, un delito más grave tipificado en nuestro código penal, y no existe ningún otro delito que exponga a nuestro glorioso estado a un mayor peligro ni que exija más vigilancia por parte de los órganos del partido.

El camarada Schumacher fue reclutado para el Departamento a la edad de 22 años, y aprobó exitosamente el período instruccional acostumbrado. Luego de su período de prueba, asumió tareas especiales rutinarias en países escandinavos, sobre todo Noruega, Suecia y Finlandia, donde estableció una red de espionaje que rindió excelentes frutos en contra de los fascistas en el campo enemigo. Culminó exitosamente su misión o al menos no existen razones aparentes para opinar lo contrario.

Sin embargo, ocupando el cargo de Supervisor de Operaciones, regresó a esa zona y aprovechó para establecer, aparentemente en secreto, conexión con Escandinavia cuyos servicios le sirvieron como perfecta excusa para viajar a Finlandia y Noruega, donde sus misiones se transformaron en una tapadera para permitirle aperturar dos cuentas bancarias con una identidad falsa y en donde comenzó a guardar dinero que desviaba de las operaciones que le eran asignadas. Como ven, el camarada Schumacher comenzó como un vulgar ladrón y astuto estafador. Pero eso no le bastó. No. Necesitaba llevar más abajo su maldad y mediocridad. Por eso se volvió traidor.

Esos miles en monedas extranjeras cuidadosamente desviados, alimentaron su cobardía y acrecentaron su ambición. Por eso se dedicó a impresionar a sus superiores delatando a varios compañeros acusándolos probablemente con falsedades, señalándolos de traidores y, cuando fue comisionado para capturarlos y traerlos a juicio, muy casualmente se “resistieron” y debió asesinarlos en plena fuga o en resguardo de la vida propia. Pero el mal ya estaba hecho. Sus superiores de entonces lo condecoraron, ascendieron, premiaron, felicitaron, agasajaron, recomendaron y enviaron a Inglaterra tal cual eran sus oscuros y secretos deseos.

Allí, en ese estado capitalista obtuvo la gran riqueza que soñó y aspiró. Irónicamente, los secretos oficiales obtenidos gracias a la perfecta maquinaria de espionaje diseñada, creada, planeada, establecida y defendida por él, fueron los que le dieron la riqueza anhelada. Sí. Esos secretos los vendió al imperio británico cuyos representantes los

usaron, estratégicamente para no delatar al traidor, en contra nuestra y de nuestros aliados chinos y soviéticos.

Sus cuentas bancarias crecieron ostensiblemente, tengo documentos que lo prueban. Pero como nada dura para siempre y el crimen nunca paga, fue descubierta su traición en contra del imperio que lo enriqueció, pues quedó en evidencia que al mismo tiempo que les vendía nuestros secretos igualmente les robaba algunos suyos y los enviaba a sus superiores que continuaron deslumbrándose con su aparente eficacia en lugar de sospechar ante tan magnífico desempeño.

Los ingleses comenzaron a perseguirlo y estuvieron a punto de capturarlo, pero el agente secreto enviado tras él falló en su cometido por cuanto Schumacher le ofreció dinero para que le permitiese escapar, y lo escoltó hasta una ruta segura de escape a través de la frontera inglesa donde, en lugar de dólares americanos o libras esterlinas, le pagó con plomo. Por supuesto, fue recibido como un héroe, ascendido, premiado, condecorado y con su dinero malhabido aumentando generosamente en Finlandia y Noruega, donde un agente británico de apellido Tisdale enviaba las remesas en moneda extranjera norteamericana para no despertar sospechas, y quien es la única persona que, además de Schumacher puede movilizar dicho dinero.

En cuanto al desertor inglés Fleming, no es verdad lo que afirma el camarada Schumacher, que está aquí contratado por mí persona para que lo asesine. No. Nada más lejos de la verdad. Si lo contraté y lo traje a Alemania, pero para que testificase y certifique ante este respetuoso tribunal popular, que él mismo fue comisionado para depositar las remesas de dinero en dichas cuentas a nombre de un tal Jack Smith, quien en realidad es el camarada Schumacher!-

Whiesenthal era sin duda un buen orador, un tanto dramático y teatral, los ingredientes para crear a un político. Sabrá Dios lo que aspiraba obtener el alemán de origen judío ¿ser el mandamás alemán que reunificase ambas partes derribando el muro ?... No lo sé. Lo que sí es cierto es que el judío contó algo que yo ignoraba. El ascenso que llevó a Schumacher a su alta jerarquía actual era hartamente conocido, no así el cómo ni la versión real de su misteriosa huida del Reino Unido.

Y Tisdale tenía sus manos metidas en esto.

¿Por qué no me lo dijo?...

Grandísimo hijo de puta.

Pero ahora sé lo que debo hacer a continuación. Y estoy comenzando a verlo todo claro, al menos ya comencé a atar cabos sueltos y aparentemente inconexos entre sí. En realidad nada me sorprende de este mundo misterioso y oscuro, falso y lleno de mentiras del espionaje.

El judío parecía estar dirigiéndose a una enorme multitud en torno suyo, como principal protagonista, y no a ese puñado de funcionarios y civiles reunidos en aquella pequeña sala de paredes verde oliva.

Verde comunista.

Los argumentos de Whiesenthal eran contundentes, lógicos, creíbles y sobre todo polémicos. Habría que ser muy valiente o estar demasiado loco para siquiera intentar refutarlos. El tribunal y el fiscal, sin duda, debían actuar impecablemente para mostrar imparcialidad.

Llegó mi turno de testificar.

Whiesenthal había jugado sus cartas, ahora me correspondía jugar mi mano paralela con la suya, y luego a esperar la jugada de Schumacher que estaba tan tranquilo que me resultaba sumamente extraño.

Algo sabía.

Algo tenía entre manos.

Quizás algo muy malo contra el judío, contra mí o contra ambos. No era momento para confiar, titubear ni flaquear. El delgadísimo fiscal comenzó su trabajo conmigo.

-¿Es usted espía?-

-¡Sí!-

-¡Siendo usted inglés, ¿considera que los intereses del imperio británico eran un entramado para estimular la carrera de Herr Schumacher, liquidando cobardemente agentes secundarios de ustedes y, por tanto, sacrificarlos planificadamente para que nuestros superiores se encandilasen con éxitos fabricados por sus amos imperialistas?-

El silencio era pesado, sepulcral, absoluto. Mi respuesta era sin duda más esperada que el fin del mundo o la segunda venida de Jesucristo.

No me hice rogar:

-¡Primeramente debo aclarar por enésima vez que no soy inglés. Soy irlandés. Segundo, habla usted mucho y muy enredado. Y tercero, sí. Los jefazos en cualquier nación, Inglaterra, Unión Soviética, China, Alemania y cualquier otra, son capaces de sacrificar agentes principales o secundarios con tal de cumplir sus no muy honestos planes, y velar por sus no muy limpios ni inmaculados intereses, fingiendo que estos son los intereses de la nación a la cual juraron proteger!-

-¿Es verdad que efectuó depósitos en cuentas bancarias a nombre de un supuesto compatriota suyo llamado Jack Smith, en un banco finlandés y otro noruego?-

-¡Sí!-

-¿Cuántas veces?-

-¡Tres veces, pero estoy seguro que hubo otros depósitos realizados por otros agentes!-

-¿Depositó usted tres veces en ambos bancos?-

-¡Sí. Primero fui a Finlandia y de allí a Noruega. La siguiente ocasión lo hice a la inversa!-

-¿Es usted espía o mensajero?-

-¡Ya me preguntó si soy espía y le dije que sí!-

-¡Entonces, ¿por qué hizo eso depósitos? En caso que sea verdad que los hizo!-

-¡Si los hice. Y fueron encomiendas que me dieron en días francos o de camino a Inglaterra al término de una misión!-

-¿Cómo favor especial?-

-¡En el espionaje no existen los favores. Si usted fuese espía lo sabría!-

-¡Ya. Y, ¿sabía usted quien era Jack Smith?, ¿lo vio alguna vez?-

-¡Me dijeron que eran recursos para financiar operaciones de una sección estratégica al mando del agente Smith, al cual nunca vi y jamás creí que se llamase así pero no me pagaban por creer, no era parte de mi trabajo, soy espía no sacerdote. Además, no me interesaban para nada asuntos en los cuales yo no tuviese participación en el campo. No nos entrometemos en misiones ajenas!-

-¿Trató de investigar quién era Jack Smith?-

-¡No!-

-¿Por qué no?-

-¡Porque no me competía, no debía ni podía ni me interesaba hacerlo, no tenía por qué y de haberlo hecho mis superiores se habrían enterado y me hubiesen sancionado. Y no me interesaba saber algo acerca de ese tipo ni de ese asunto!-

-¿Sabe usted quién es el camarada Schumacher?-

-¡Sí. Un desgraciado maldito hijo de puta!-

-¡Por favor. No estamos en su país. Modere su vocabulario vulgarmente inglés!-

-¿Cuántas malditas veces debo repetir que no soy inglés? Soy irlandés. Maldita sea. ¿Es acaso demasiado difícil de entender?-

-¡Ya. ¿Qué sabe usted acerca del camarada Schumacher?-

-¡Lo mismo que saben ustedes!-

-¿Vino aquí a matarlo?-

-¡No. Ese no era el plan de Whiesenthal!-

-¿Cuál era su plan?-

-¡Participar en este circo para hundirlo y sacar a flote la verdad!-

-¿Usted qué ganará con todo esto?-

-¡Un lugar donde vivir, un trabajo para mantenerme. Recuerde que ya no puedo regresar a mi país!-

-¿Por qué desertó?-

-¡Ya no me tomaban en cuenta y decidí robarme algún dinero para salir del país y mantenerme en contacto con algunos amigos que me consiguieran algún trabajo. De allí surgió el contacto con Whiesenthal y aquí me tiene!-

-¿Es usted alcohólico y fumador crónico?-

-¡Si, lo admito!-

-¿Se considera todavía capaz de matar a alguien?-

-¡Estoy un poco fuera de forma pero creo que aún puedo dar guerra!-

-¡Muy bien!-

El abogado del judío me preguntó acerca de la relación entre Voeller, Pletikova y Schumacher. No sabía que decir, por eso dije que no sabía cuál era exactamente, pero sospechaba que la rusa doble agente era una de tantas amantes de Schumacher y que ella delató a Voeller para obtener su pase firmado por el policía secreto alemán, para cruzar al otro lado mientras él se anotaba otro éxito prefabricado dándole cacería a un espía al servicio de su majestad. Luego asesinó a la rusa para que no llegase a Inglaterra y de esta manera no compartiría con ella su botín.

Eso fue un golpe bajo para Schumacher.

Primero ladrón, luego estafador, pasando a traidor y ahora infiel. En verdad no me gustaría estar en sus zapatos. Preferiría mil veces cruzar a nado un río plagado de pirañas en Brasil. Tendría más oportunidades de salir bien librado que de esto. El abogado defensor de Whiesenthal presentó su argumento final:

-¡El camarada Schumacher obtuvo fama de ser un leal, fiero y astuto protector del pueblo alemán, hizo callar para siempre a quienes pudieron haberse interpuesto en el camino para llegar a su meta. Por eso asesinó a mansalva en nombre de la República Democrática Alemana, cuando realmente lo hacía para ocultar su alta, altísima traición fascista y ascender dentro de nuestro servicio.

Es inconcebible tan siquiera imaginar que algún funcionario comunista esboce un plan tan delicadamente diabólico, y transformarlo en un crimen aberrante en contra del noble pueblo alemán, por eso, cuando vayáis a dar vuestro veredicto al presidium, no dudéis en reconocer toda la bestialidad, alevosía y malignidad en el asqueante crimen de este hombre. La pena de muerte para Gunther Adelbert Schumacher Adler, comparada con el daño irreparable que le infringió al glorioso y noble pueblo alemán, es tan sólo una muestra de misericordia, generosidad y piedad por parte de tan noble jurado y tan excelsos jueces supremos!-

Quise ponerme en pie y aplaudirle, silbando y riendo alegremente pero ya estoy muy viejo para hacer el ridículo. Opté por regresar a la silla que ocupé anteriormente porque ahora le tocaba en turno para hablar a Schumacher. Ya veremos cuáles y cuántos ases trae bajo la manga.

Sin embargo noté algo que me dio muy mala espina.

Cuando el alemán era conducido por sus custodios hacia el banquillo, tuvieron que pasar junto a Whiesenthal. Ambos hombres ni siquiera voltearon a mirarse con rabia, soberbia o de manera despectiva, pero durante un instante corto, apenas unas fracciones de segundo, noté algo en estos dos personajes que me heló la sangre, me causó un escalofrío en la espalda y me sirvió para aclarar aún más mi mente.

Esta cloaca era más putrefacta de lo que yo pensaba.

CAPÍTULO XI

La Rubia y el Pelirrojo

Piccadilly Circus es un panorama de luces y diversión. Es una plaza conocida por sus carteles luminosos y la fuente de Eros situada en el centro, que se ha convertido en uno de los iconos de Londres. La oferta de ocio de Piccadilly Circus es muy extensa, desde una gran cantidad de tiendas, cines y teatros, hasta restaurantes para todos los gustos. Repleta de gente a cualquier hora del día es preferible visitarla de noche, cuando las luces de neón hacen brillar la zona convirtiéndola en un lugar aún más especial.

Inga estaba encantada con el lugar, sonreía a plenitud, tomaba muchísimas fotografías y preguntaba por todo:

-¿Quién es Eros?-

-¡Esa estatua también es conocida como El Ángel de la Caridad Cristiana, pero en realidad es Anteros, popularmente llamado Eros. En la mitología griega, Anteros es la personificación del amor correspondido, vengador del amor no correspondido!-

-¡Qué lindo. Cuéntame más!-

-¡Era hijo de Ares y Afrodita, quienes lo dieron a su hermano Eros, que estaba solo, como compañero de juegos. Originalmente se opuso a Cupido y luchó contra él, conflicto que también se concibe como la rivalidad existente entre dos amantes. Anteros castigaba a quienes desdeñaban y no correspondían al amor de otros, por lo que es el vengador o Deus Ultor de Cupido!-

-¡Hermoso relato. Anteros no podrá castigarnos a nosotros!- Dijo sonriendo la bella mujer mientras sus mejillas se sonrojaban.

Tan solo ayer había conocido a esta hermosa alemana sin que eso estuviese en mis planes, y hoy paseábamos como dos adolescentes enamorados por el centro de Londres. Inga es una joven muy hermosa, verdaderamente una belleza. Su rostro exquisito revelaba que pertenecía a la raza eslava en toda su pureza. Sus cabellos dorados caían en cascada sobre sus hombros, sus ojos me miraban con infinita ternura sin importarle mi seriedad habitual.

Era la suya una mirada aterciopelada que hacía juego con una sonrisa de dientes blanquísimos y perfectamente alineados. Su nariz recta resaltaba sus mejillas de tono rosa y su boca, fina y delicadamente dibujada.

Es una mujer alta y esbelta que al sonreír se asemejaba a una niña descubriendo un mundo nuevo ante sus ojos. Su pureza era expresada espontáneamente, nada en ella parecía ser previamente establecido. Hablando con ella acerca de su vida descubrí que era una persona con una gran fuerza moral a pesar de haber sufrido en el pasado, por lo cual había tenido que luchar contra las adversidades de la vida.

Su voluntad era realmente viva, persistente, y su calma resultaba inalterable, lo cual le permitía enfrentarse a la cotidianidad con aplomo y seguridad. Me contó recostada entre mis brazos frente a la chimenea del lugar donde se hospedaba en Londres, que cuando levantaron el muro su madre y hermano estaban del lado occidental, y allí les sorprendió la prohibición de regresar al otro lado.

Fue así como el padre de Inga hubo de hacer las veces de padre y madre para la joven, la crió y formó de la mejor manera posible y aunque tuvo varios pretendientes, ella se consagró a su progenitor hasta que hacía ya un par de años había muerto a consecuencia de un infarto. Su última voluntad fue que su hija abandonase la RDA y se reuniese con su madre y hermano en la RFA.

En la plaza londinense uno se siente como en medio del bullicio de una ciudad improvisada. Había gran aglomeración de turistas, locales, vividores de toda especie,

saltimbanquis y acróbatas que ensordecían con los ruidos de sus orquestas y con las voces de sus llamados al público, para que les brindasen su atención y les premiasen con algunas monedas.

Se encontraban también bohemios, literatos, gitanas o al menos fingían serlo, que decían la buenaventura leyendo las líneas de las manos, cantantes y bailarines originalmente vestidos de manera llamativa, actores representando dramas Shakespereanos adaptándolos al gusto de los espectadores, que se arremolinaban curiosos ante el espectáculo callejero.

-¡Cuéntame acerca de tu país!- Solicitó amorosamente.

-¡Te contaré una historia que solía contarme mi abuelo. Es acerca de duendes!-

-¡Estoy emocionada. Cuéntamela!- Sonrió exhibiendo una vez más su sonrisa perfecta.

-¡Este cuento típico sobre el ingenio del Leprechaun o duende irlandés, se ha contado en mi país durante generaciones. Mi abuelo siempre me lo contaba sentado frente a la chimenea con el fuego chisporroteante y yo sentado boquiabierto, muy atento y curioso. Era igual cada vez que me lo contaba, aunque ya me lo sabía de memoria de tanto oírsele contar. Pero cada vez me lo imaginaba mientras él lo volvía a contar y siempre le colocaba escenas diferentes en mi imaginación!-

-¡Que tierno!-

-¡Se llama: El Granjero y El Leprechaun. Un granjero se encontraba trabajando en sus tierras cuando descubrió por casualidad a un hombrecillo que se escondía bajo una hoja. Convencido que se trataba de un Leprechaun, el granjero capturó enseguida al hombrecillo en su mano y le preguntó en dónde tenía escondido el oro.

El Leprechaun sólo deseaba que le liberasen, por lo que enseguida le reveló que su tesoro se hallaba oculto debajo de un arbusto cercano. Sin soltar a su diminuto cautivo, el granjero se encaminó hacia el lugar indicado, pero resultó que el arbusto estaba rodeado de otros cientos de arbustos idénticos. Como no tenía a mano ninguna herramienta para cavar,

se quitó uno de sus calcetines rojos y lo ató a una rama para marcar el arbusto que el Leprechaun le había señalado.

Cuando se dirigía a su casa en busca de una pala, el Leprechaun le señaló que ya no necesitaba sus servicios para nada y le pidió que le liberara. El granjero accedió, pero no sin antes hacerle prometer que no iría a quitar el calcetín ni a llevarse el oro. Buena idea... Pero no resultó como esperaba. Cuando el granjero regresó al campo a los pocos minutos, todos los arbustos estaban marcados con calcetines rojos idénticos.

La gente suele decir que los leprechauns son muy pequeñitos, pero el corazón que albergan es enorme y lleno de ganas de hacer travesuras. Y así termina esta historia de un pequeño duende pelirrojo irlandés!-

-¡Me encantó!-

-¡Es bueno saberlo!-

-¡Pero dime una cosa, ¿en verdad existen los duendes?-

-¡Claro que sí. Viven detrás de los azucareros, en la cocina!-

-¡Ya. ¿Pero sólo en los campos?-

-¡No. También están aquí en la ciudad!-

-¿De verdad?-

-¡Por supuesto. Detrás del azucarero en la cocina de mi casa vive uno!-

-¡Santo Dios. ¿Lo has visto?-

-¡Claro que sí. Somos buenos amigos. Se llama Harry. Dice que en su mundo es un príncipe. Tomamos café con un poco de whisky añejo y hablamos acerca de chicas bellas como tú, el clima fastidioso londinense y muchas cosas más!-

-¡Mentiras. Me estás tomando el pelo!-

Nos reímos mucho. Inga reía a carcajadas. Estaba feliz. Y yo también. Después de tanto tiempo estando solo volvía a sentirme feliz acompañado. Fueron apenas tres días los que compartí con Inga en Inglaterra, pero me habían parecido una eternidad tanto como el tiempo que pasé sin verla y me sorprendió muchísimo encontrarla justo frente a mí en la oficina de Schumacher.

Aunque ahora estaba frente a mí pero en la habitación donde me tenían confinado. Se había atrevido a solicitar un permiso para verme fingiendo que su aún jefe le había ordenado tomarme una declaración por escrito de mis argumentos para favorecer las investigaciones en su caso. Después de todo seguía siendo el mandamás de la policía secreta.

Me abrazó con tanta fuerza que creí quería fundirse conmigo. Aparté sus cabellos dorados de sus azulados ojos y le amonesté:

-¡No debiste haber venido. Te estás exponiendo demasiado!-

-¡Tenía que verte. Se dicen cosas muy feas acerca de ti y todo es rumores y secretos!-

-¡Lo normal en este lugar!-

-¡Sí, pero más que de costumbre!-

-¡Claro!-

-¡Cuéntame lo que ocurre!-

-¡Inga, mientras menos sepas será mejor para ti!-

-¡No me digas eso, si te condenan a ser fusilado pediré que me maten junto a ti, al menos dime ¿por qué voy a morir?-

-¡No seas dramática, no vas a morir!-

-¡Estoy dispuesta a hacerlo. No te voy a perder ahora que he vuelto a encontrarte!-

Le expliqué el porqué de mi presencia en ese país y le conté acerca de mis sospechas pero igualmente le dije que debía estar tranquila. Si todo salía conforme a mis pensamientos, tendría dos oportunidades para que saliéramos de allí, primero ella y luego yo. Pero saldríamos juntos de Alemania.

-¡Iré contigo a donde me lleves!-

-¿A Copacabana?-

-Sí, aunque no sé dónde queda ese lugar!-

La abrasé fuertemente, la besé con mucho amor y le indiqué marcharse. Debía seguir con sus actividades cotidianas y no mostrar algún interés por mí ya que eso la haría sospechosa ante rusos y alemanes. Debía esperar en calma el desarrollo de los acontecimientos que, a mi juicio, me beneficiarían al punto de poder sacarla de este lugar aunque yo tuviese que quedarme.

Y no me quedaría vivo.

Eso era cierto.

La defensa de Schumacher no logró rebatir los argumentos acusatorios. El testimonio de Fleming se vio reforzado por el hecho que los depósitos en ambos bancos, fueron retirados por alguien con el nombre falso que señaló el espía irlandés al servicio de la reina de Inglaterra, coincidentalmente en tiempos en que el aún jefe supremo de la Stasi estuvo en ambos países siendo agente secreto.

Eso terminaba de hundir a Schumacher.

La sesión fue levantada. La sentencia sería emitida después sin la presencia de público ni del espía desertor.

El lugar de reclusión de Fleming era un cuarto cómodo, amoblado sin lujo pero con decencia. Persianas suecas cubrían las ventanas enrejadas, las paredes grises y el ambiente frío y silencioso semejaban un hospital. Se escuchó alguien dando golpes de nudillos a la puerta.

-¡Pase!- Indicó el espía de cabellos rojizos.

Era Whiesenthal con una mujer que le traía de comer una tasa con sopa de verduras, ensalada, salchicha en rebanadas, pan blanco, un trozo de chocolate y café negro. El judío se sentó en una butaca y comenzó a fumar mientras el irlandés comía.

-¿Cómo se siente?- Preguntó Fleming.

-¡Estoy mejorando. Todavía me duelen mucho las costillas. Me dieron una gran paliza!-

Mientras sorbía el café, Fleming pensó:

-¡Que extraño. Le golpearon demasiado en las costillas, aún siente dolor pero fuma como si nada. Eso sí que es raro!-

Se reservó sus pensamientos sombríos y desconfiados.

-¡A usted le fue mejor!- Continúo el alemán de origen judío.

-¡En realidad. ¿Y ahora qué?-

-¡Schumacher será condenado a muerte, colgado o fusilado, no importa cómo!-

-¡Y usted será coronado nuevo jefe supremo de la gloriosa policía secreta!-

-¡Solo soy un fiel soldado, aceptaré cualquier responsabilidad que me sea conferida!-

-¿Y yo?-

-¡De usted me ocuparé personalmente. Lo conduciré hasta la frontera para que cruce al lado occidental con un pasaporte suizo, se irá a Ginebra que le servirá de refugio

por su neutralidad. Estará allá un par días mientras uno de mis emisarios le lleva un obsequio de mi país por sus oportunos servicios, una maleta con un millón de dólares para que se vaya a América y desaparezca. ¿Qué le parece?-

-¡Muy halagador y mejor que una cruz de hierro!-

-¡Créame que extrañaré su peculiar sentido del humor!-

-¡Tanto como yo extrañaré su porquería de café!-

-¡A título personal quisiera mostrarle mi gratitud otorgándole algo que usted necesite o desee. Dígame, ¿qué puedo darle o hacer por usted como muestra de mi agradecimiento?-

-¡Ahora que lo menciona, hay algo que puede hacer por mí y se lo agradeceré eternamente!-

-¿Qué será?-

-¡Una mujer!-

-¿Necesita los servicios de una prostituta?-

-¡No. Le explico. Hay una alemana que deseo sacar de este país, es la asistente de Schumacher, Inga, quiero llevarla conmigo al otro lado del muro!-

-¡La conozco. Ciertamente es una mujer sumamente atractiva, demasiado hermosa. ¿Acaso ustedes se conocen, digamos, íntimamente de antaño?-

-¡No, no es que seamos amigos, sino que entre los interrogatorios de Schumacher hablé con ella y me contó que su familia está del lado occidental, aquí está sola. Quisiera hacer algo bueno por ella, claro, necesitaré su ayuda para eso!-

-¡Claro. Está bien para mí. Incluso velaré porque pueda regresar si así lo desea, quizás pueda incluso trabajar conmigo. Le aseguro que yo la cuidaré!-

-¡Es un alivio para mí saber que quedará en sus manos para cuidar de ella!- Ironizó Fleming.

-¡Bien. Haré los arreglos para que crucen la frontera juntos!-

-¡No. Si no le importa me gustaría hacer la extracción a mi manera!-

-¡Como guste!-

La señora que había traído la comida regresó con una botella de whisky que Whiesenthal compartió junto con cigarrillos con su amigo irlandés mientras hablaba de las mujeres y contaba su experiencia como fiel hombre casado, devoto padre de dos niñas. Fleming lo escuchaba atentamente o al menos así parecía. En realidad se estaba fijando en el aspecto físico de su interlocutor. Whiesenthal era un hombre de temperamento pacífico, lo cual encajaba con su aspecto de deportista aficionado. Su cabello era muy corto, de color castaño claro. Su rostro joven se iluminaba con su sonrisa siempre a flor de piel.

Lo comparó con Schumacher que era más serio y tenía el prototipo del deportista profesional, fuerte y flexible. Con un rostro de facciones duras y mirada atemorizante. En Whiesenthal, Fleming identificó al político en potencia, buen orador y demagogo; en cambio en Schumacher encontró la imagen de un asesino frío y despiadado, de mente calculadora y ambiciosa.

Realmente no había mucha diferencia entre ambos.

Whiesenthal encendió otro cigarrillo y tras, al parecer, reflexionarlo un poco comentó:

-¡Hicimos lo mejor por Alemania!-

A lo cual el irlandés respondió aparentemente sin pensar:

-¡Hoy en día, Alemania es la capital mundial de la guerra. Guerra entre hermanos en la que todos pierden. Nadie gana. Solo las potencias extranjeras sacan algo de provecho, obtienen algún partido de la desgracia y el dolor ajeno en tierras extranjeras. Como siempre!-

-¡Es mi mayor deseo convertir a Alemania en la capital mundial de la paz, unidad y fraternidad!-

-¿Paz roja?-

-¡La paz no tiene color!-

-¡Es verdad. Pero el comunismo tiñe de rojo la paz. Es una paz bañada en sangre, cimentada con violencia y saña, muerte y hambruna, enfermedad y desolación, exclusión y división!-

-¡El modelo capitalista ¿sobre qué está edificado?, ¿sobre un cultivo de algodón?, ¿miel y hojuelas?-

-¡No, pero al menos ese modelo me permite cagarme en Dios si me da la gana. A eso es lo que le llaman libertad!-

-¡El hombre nuevo carecerá de los vicios actuales, no tendrá envidia de su prójimo!-

-¡El hombre siempre tendrá algo que envidiar y ambicionar!-

-¡El ideal socialista quiere cambiar el mundo para mejorarlo, para hacerlo un lugar mejor habitado!-

-¡Vaya manera de mejorar las cosas en el mundo, matándose entre ustedes por ideales comunistas importados de otro país. Que gran mierda!-

-¿Usted que ambiciona, Fleming?-

-¿Usted qué envidia, Whiesenthal?-

Se oyeron pasos a lo largo del pasillo.

Un policía llamó a la puerta. Solicitaban la presencia de Whiesenthal. Le dejó otra cajetilla de cigarros al pelirrojo y se despidió afablemente. Desde la puerta se volvió para decirle:

-¡Quede tranquilo. Nadie la tocará, se lo aseguro. Pero por precaución es mejor que no la vea hasta la noche de la partida que será mañana, si todo sale como espero!-

-¡Cuento con usted!-

-¡Tiene mi palabra. Buen día!-

Fleming volvió a acostarse y cerró los ojos buscando el sueño. Se sentía algo cansado más física que mentalmente. Pero también estaba satisfecho por cómo se habían desarrollado las cosas, aunque tenía muy en claro que no debía confiar en nadie. Aún debía hacer un par de cosas definitivas para su vida y la de Inga. Y el futuro de Whiesenthal y Schumacher.

Inga y James.

Whiesenthal y Schumacher.

El Duende abrió los ojos.

En la antigua Babilonia tenían una leyenda antiquísima que expresaba lo siguiente: mientras dormimos aquí, estamos despiertos en otro lugar y así cada hombre en realidad es dos hombres al mismo tiempo.

Dos hombres en uno que no son uno.

Ahora tenía no solo la certeza de sus sospechas, sino que terminó de aclarar el panorama mental que lo había tenido sumamente ocupado elucubrando durante las últimas horas. Repentinamente, con la extraordinaria lucidez de un hombre que tiene el engaño como forma de vida y estrategia de supervivencia, comprendió el diabólico entramado de aquel muy bien preparado plan.

Cerró los ojos nuevamente.

CAPÍTULO XII

La Extracción

El micropunto alemán es un punto negro marcado en un documento aparentemente sin importancia. Ese punto en realidad es un documento secreto con instrucciones, órdenes y contraórdenes, información clasificada para espías. Se trata de una microfotografía que solo puede leerse ampliándola 200 veces en un microscopio, lo cual permite conocer el contenido de una página entera con información ultra secreta.

Las altas puertas de caoba de la biblioteca se abrieron de par en par. Tres hombres elegantemente vestidos y con una sonrisa en sus cetrinos y acartonados rostros salieron del recinto. En medio del salón de baile, El Duende y Black Widow, danzaban al ritmo de la orquesta clásica. Sus ojos estaban pendientes del trío de sujetos elegantes.

-¡No sabía que los ingleses fuesen tan buenos bailarines!- Comentó sonriente la viuda negra.

Esbozando la que consideró su mejor sonrisa, Fleming respondió:

-¡Quizás sea porque no soy inglés, soy irlandés!-

-¡Seguramente se trata de eso!-

-¡Suficiente baile por esta noche. Hora de entrar en acción!-

-¡Te cubriré la espalda y distraeré a los invitados!-

Se separaron tomando cada uno direcciones opuestas. La mujer espía se desplazó hacia la parte posterior de la mansión mientras El Duende se encaminaba a la entrada

principal, siguiendo a uno de los hombres que hasta hace pocos minutos estuvo en una reunión secreta en la biblioteca del recinto.

La orquesta continuó impregnando el ambiente festivo con sus notas alegres y rítmicas. La noche aún era joven. La noche prometía algo más que baile, conversación y diversión. Afuera el aire frío competía con los grados del aire acondicionado de la elegante mansión boliviana en aquella noche de navidad del año 1.974.

El hombre de flux blanco abrió la puerta de su elegante vehículo cuando se percató que alguien lo había seguido. Demasiado tarde. Una pluma fuente dejó escapar un mini dardo que se incrustó en el cuello de aquel hombre afrancesado. Fleming lo sujetó por debajo de los brazos para que no se cayera. Lo empujó hasta el interior del carro mientras los ojos se le desorbitaban, entre el ardor en el área afectada y la ignorancia de la sustancia que le habían aplicado.

Mientras revisaba los bolsillos internos del saco de su enemigo, el irlandés le habló:

-¡Se lo que estás pensando. ¿Qué diablos me inyectó este tipo?...Te lo diré. Te disparé un balín con ricina, una toxina que se extrae de las semillas del ricino. Morirás al amanecer pero ese no es ni remotamente el peor de tus problemas. El envenenamiento causará hemorragias en el intestino delgado, lesiones en el hígado, riñón, bazo, timo, pulmones y corazón. Todas estas lesiones serán causadas por una irrigación inadecuada de los tejidos, más que por un efecto citotóxico directo de la ricina, dada su baja absorción gastrointestinal que se conoce posee esta sustancia!-

Una vez que tuvo el documento extraído del micropunto en sus manos, el espía irlandés cerró la puerta del auto mientras el francés comenzaba a sudar copiosamente sintiendo que sus entrañas se desgarraban. El Duende sentenció:

-¡Por cierto, aparte del desprendimiento de las mucosas, también tendrás diarrea. Feliz navidad. Joyeux Noël!-

El francés extendió su mano derecha pero solo consiguió estrellarla contra el vidrio. En eso apareció Black Widow en la parte trasera de una camioneta 4 x 4 conducida

por Ironside, quien estaba acompañado por la bellísima Sophie, ambos de la CIA. Fleming abordó junto a su compañera del servicio secreto y el auto inició su marcha.

La noche boliviana, eternamente vigilada por el imponente Illimani, ofrece una nocturnidad de altura por la majestuosidad de sus más de 3.500 metros que le dan un toque frío, mucho mayor después de la puesta del sol.

La land rover blanca se desplazaba por una avenida solitaria a velocidad moderada, cuando repentinamente un par de policías motorizados iniciaron una breve persecución. Los espías volvieron la mirada para cerciorarse de la inminente amenaza que se cernía sobre ellos. El espía gringo comentó:

-¡No sabía que la policía boliviana trabajaba en nochebuena!-

-¡Quizás no se portaron bien este año y no recibirán sus juguetes!- Respondió el irlandés.

-¡Veamos que quieren!-

-¡Ten mucho cuidado!- Aconsejó la británica que había bailado con Fleming.

El americano orilló el vehículo y tanto él como Fleming descendieron, mientras los policías se estacionaban justo detrás del vehículo rústico.

-¡Buenas noches, señores. Sus papeles, por favor!- Solicitó uno de los policías con un español castizo.

-¡Por supuesto!- Respondió el estadounidense en el idioma de Cervantes.

Fleming, parado junto a su amigo extrajo un cigarrillo y le extendió la cajetilla al otro funcionario que permanecía impávido y en sospechoso silencio. Silencio que rompió al responder en perfecto inglés:

-¡No, gracias, no fumo!-

El Duende emitió una bocanada mientras el policía que fingía revisar los documentos de identidad de ambos hombres se volvió a mirar al pelirrojo, el cual comentó en español:

-¡No sabía que la policía boliviana hablara inglés tan perfectamente!-

Nadie más habló.

No era necesario.

Ambos falsos policías echaron mano a sus armas al tiempo que Fleming hacía lo propio. El primer sicario disfrazado de policía disparó al gringo mientras el irlandés derribaba de un disparo al otro uniformado. Giró sobre sus talones, sujetó a Ironside por un brazo y lo utilizó como escudo humano justo al momento que el falso funcionario abría fuego contra él.

Dos balazos de la pistola del Duende bastaron para sacar de circulación a su oponente. Soltó al norteamericano que cayó cuan largo era. Aprovechó para rematar a ambos sujetos. Las mujeres acudieron en auxilio del agente secreto de la CIA. Ya no había que hacer. Con mucha diligencia, Fleming lanzó ambos cadáveres en un contenedor de basura y ocultó las motos en un sitio enmontado. Levantó el cadáver de su amigo para arrojarlo sobre los de sus ejecutores.

Extrajo un bidón de gasolina de la parte posterior del rústico, salpicó los cuerpos muertos y les arrojó un yesquero encendido. Rápidamente un olor nauseabundo a carne quemada se apoderó del ambiente. Fleming se sentó frente al volante y encendió el motor. Black Widow tomó asiento junto a él y le preguntó:

-¿Es así como tratas a tus amigos?-

-¡Tendrías que ver cómo trato a mis enemigos!-

El vehículo rústico retomó su marcha hasta perderse en la vastedad de la fría noche boliviana, entre destellos luminosos de los fuegos artificiales que se elevaban en la inmensidad de la altura de aquella ciudad tercermundista, cuyas casas exhibían luces navideñas en los balcones y ventanas adornando todas las calles de las principales ciudades.

La navidad boliviana es una fiesta religiosa, pero al mismo tiempo deviene en la oportunidad para compartir con los familiares y amigos. En La Paz, los niños se reúnen en grupos y construyen sus propios instrumentos para ir cantando alegres villancicos por las calles, recorridas en ese momento por el solitario y rústico vehículo. Su conductor se detuvo para permitirles el paso y repartir entre todos unas monedas.

La chiquillería continuó alegremente su camino de vuelta a sus hogares para compartir con sus familias y dirigirse a la iglesia para la misa de gallo, que al culminar marca el inicio de la procesión del niño Dios. Luego la fiesta continua hasta el amanecer degustando buñuelos con miel y chocolate caliente y la Picana, el plato tradicional que consiste en una especie de caldo con cierto picante medio dulzón que contiene choclos, carne de res, carne de pollo, carne de cordero, zanahorias, tomates, cebollas, papas y vino, mientras los fuegos pirotécnicos iluminan el horizonte nocturnal.

Inga Bethke permaneció en su casa por indicación de sus superiores. Estaba un poco inquieta, pero sabía que no podía hacer nada más que esperar el desarrollo de los acontecimientos. Se mantenía pendiente tras la ventana mirando con curiosidad nerviosa lo que sucedía en torno a su hogar, aunque mayormente le importaba lo que podía suceder mucho más allá.

Era como si esperase a un visitante.

Un torbellino lidiaba dentro de su pecho y de vez en cuando le oprimía, haciéndola temer no tanto por ella sino por Fleming. Daría lo que fuese por saber que él había cruzado el muro. No le importaba quedarse aquí sola para siempre, y no volver a verlo jamás con tal que él estuviese a salvo.

Aún continuaría esperando. No le quedaba otra alternativa. Procuraría mantener la calma para así conservar la cordura. Su separación le había parecido un tanto abrupta pero

tenía la esperanza que su reencuentro fuese no solamente pronto, sino también suave y definitivo. En eso consistía su frágil defensa ante los duros acontecimientos que había protagonizado y conocido desde que vio a su amado inesperada y sorpresivamente en la oficina de su jefe.

Se sentó en un sillón y no pudo evitar sollozar debido al miedo que le producía la incertidumbre.

Quizás ya era demasiado tarde.

¿Cómo saberlo?...

Los interminables pasillos grisáceos retumbaban con el eco de los pasos de aquel hombre que se dirigía presuroso a través de las verjas vigiladas por centinelas que sacaban pecho al verlo. Uno de ellos le abrió una puerta de hierro y descendió por unas largas escaleras sin pasamanos. Aquello parecía un descenso hacía las entrañas mismas del infierno. James Fleming no tenía idea cierta de cuál hora del día podía ser pero infería que ya había anochecido.

En eso estaba ocupada su mente cuando escuchó los pasos en el corredor de afuera de su celda, a la cual lo habían trasladado antes del mediodía sin darle ninguna razón. Podían ser las cinco de la tarde o quizás medianoche. Ya lo sabría. Miraba fijamente hacia la breve línea semi iluminada que emergía del suelo entre la densa oscuridad, revelando la exacta ubicación de la pesada puerta de hierro.

La luz se encendió cuando los pasos se detuvieron.

Un instante después se escuchó un ruido metálico. Estaban abriendo la puerta. Sus ojos se estaban acostumbrando a la amarillenta luz del foco colocado justo en medio del sombrío techo. La puerta se abrió de repente con chirridos en sus bisagras. Lo reconoció

enseguida aunque solo divisó su figura un tanto borrosa por el efecto de la luz en sus pupilas hasta hace poco en penumbras.

En la pálida luz azulosa del pasillo se recortaba la silueta atlética y delgada de aquel hombre de cabello corto rubio y bien peinado. Su voz era despectiva pero contenida, como si no quisiera insultar a un adversario.

-¡Buenas noches, Fleming!-

-¡Buenas noches, Schumacher!-

-¡Antes de irse quisiera manifestarle mi gratitud, sin usted esta operación ultra secreta jamás se hubiese llevado a cabo!-

-¡No es necesario!-

-¡Claro. En un día estará usted en Ginebra, dos días después le llevarán su dinero, ya el emisario está en camino por tren para evitar despertar sospechas. Aquí tiene su pasaporte suizo, su reloj y su billetera!-

-¡Muy bien!-

-¡Quisiera saber si puedo hacer algo más por usted, para agradecerle personalmente, como un amigo!-

-¡Hay algo que puede hacer por mí!-

-¿Qué será?-

-¡Devuélvame mis armas!-

-¡Supuse que las querría de vuelta. Están en el auto!-

-¡Gracias!-

-¿Nos vamos?-

-¿Inga?-

-¡Frau Bethke está siendo recogida en su casa en este preciso momento. Se reunirá con ella cerca de la frontera. Whiesenthal se está ocupando de ella personalmente!-

-¡Muy bien. Recuerde que primero cruzará ella. Luego yo cuando vea que Inga está a salvo del otro lado!-

-¡Así será!-

Salieron y Schumacher hizo una señal al guardia quien cerró la puerta y procedió a apagar la luz, mientras ambos hombres comenzaban a andar en dirección opuesta a la cual había conducido al alemán hasta la celda donde estuvo recluido El Duende.

Tras ellos quedaba el zumbido constante y lejano de los acondicionadores de aire y, de vez en cuando, los ruidos aislados de otros pasos en diversos pasillos aunque Fleming no volvió a ver a otra persona. Schumacher caminaba sin pausa pero sin prisa, como quien conoce cada palmo del camino que estaba recorriendo. Cruzaron por un par de lúgubres, húmedos y semi oscurecidos pasillos hasta que repentinamente el alemán se detuvo.

Miró a ambos lados y se aseguró que el irlandés estuviese justo detrás de él. De un bolsillo de su abrigo extrajo una llave que introdujo en la cerradura de una puerta de metal sucia y llena de telarañas. Claramente se notaba que no había sido abierta en años. Empujó con fuerza hacia afuera y el aire frío del invierno sopló contra el rostro del espía pelirrojo.

Primero salió Schumacher, observó cuidadosamente en todas direcciones. Encendió un cigarrillo. Lo aspiró y mientras expulsaba el humo lo dejó caer. Lo pisó y restregó para apagarlo totalmente. Le indicó al irlandés que podía salir y cerró la puerta tras de sí.

Avanzaron rápidamente por un sendero de grava que se extendía a lo largo de lo que antiguamente fue un huerto y que ahora lucía arbustos y mucha vegetación silvestre. Siguieron ese camino olvidado hasta una reja de estilo gótica que delimitaba con una oscura carretera. Aparcado afuera se encontraba un mercedes negro sin placas, con chofer y un guardia de civil armado con subametralladora a un lado.

Apenas subieron al asiento trasero y el escolta abordó como copiloto, el auto comenzó a desplazarse sin prisa. Schumacher no dijo ni una sola palabra. Poco a poco el automóvil fue pasando de los permitidos 80 kilómetros a 100, y luego se mantuvo en 120 por hora. La autopista estaba llena de baches y jorobas. Obviamente se trataba de una vía escasamente recorrida. Una vía de acceso restringido utilizada para operaciones delicadas y esporádicas como esta.

Fleming extrajo de un bolsillo de su saco la cajetilla de cigarros que le había dejado el judío. Encendió uno y expulsó el humo dejando la mirada hacia un lado.

-¡Quede tranquilo. Pronto todo habrá pasado. Su maleta y sus armas están en la maletera. Nos esperan en un refugio cerca de la frontera. Llegaremos pronto!-

El Duende no respondió. Pensaba en Inga y en Tisdale. Debía estar allí esperando por él. Schumacher pareció adivinar sus pensamientos:

-¡Su amigo Tisdale estará esperándolo del otro lado para llevarlo a casa. Son muy extraños ustedes los ingleses, jamás podré entenderlos!-

-¡No olvide que soy irlandés!-

-¡Ya. No lo olvidaré!-

-¡Tampoco se lo volveré a repetir!-

La noche transcurría con lentitud y el auto con rapidez. Al igual que el auto en el cual los agentes fueron a buscar a Inga Bethke. La habían sorprendido con su presencia y aún más con la solicitud de hacer maletas para un viaje al extranjero. No dieron más detalles ni ella preguntó. Sabía que iría al encuentro de Fleming. Estando juntos y seguros planearían lo que fuese. Rápidamente se cambió de ropa y alistó un par de maletas. Su prima Ángela tomaría posesión de su residencia mientras ella pudiese regresar a su patria.

Tal vez algún día.

Quizás jamás.

Ambos vehículos negros sin placas fueron estacionados justo uno al lado del otro en un oscuro callejón de los suburbios, muy cerca de la frontera.

A la vista del muro.

El espía pelirrojo entró al sucio edificio gris cuyas ventanas estaban casi todas a oscuras. Los pasillos estaban débilmente iluminados y no era algo que extrañase por cuanto estaban en una de las zonas más pobres de la ciudad.

Pobre y desolada.

Territorio ideal para operaciones de espionaje y acciones clandestinas como la que estaban protagonizando aquella noche. Schumacher dio golpecitos en clave contra la puerta de un apartamento en el tercer piso.

La puerta se abrió.

Fleming esperó hasta que le indicasen entrar. Allí la vio. Con sus ojos azules y su cabello dorado. Se había jurado permanecer ecuánime en todo momento, pero sus sentimientos la traicionaron. Se levantó y corrió hasta él, que la esperó con los brazos abiertos.

-¡Tienen quince minutos. Luego comenzaremos con la extracción!- Anunció Schumacher haciendo una seña a los acompañantes de la rubia para que dejaran a solas a la pareja.

Pasaron a la cocina donde les dio instrucciones a los cuatro agentes. Luego de darles una ojeada, el irlandés tomó a la alemana por un brazo y la condujo hasta una silla. Ella se dejó conducir y tomó asiento con una mezcla de docilidad y confusión. Esperaba que él aclarase un poco sus atribulados pensamientos.

-¡Escúchame. No tenemos mucho tiempo. No confío sino en ti y necesito que hagas todo lo que te digo. ¿Cuento contigo?-

-¡Sí!-

-¡Bien. Esos dos agentes te conducirán en un rato a la frontera. Nada tienen en tu contra, y aunque quisieran silenciarte porque me conoces no lo harán en la frontera porque yo aún estaré aquí. Por ahora no corres peligro. Y cuando vayan tras de ti ya te habré sacado del país. Sé dónde ir y qué hacer. Deja eso de mi parte. Tú solo obedece y ve con ellos. No hables con ellos ni les hagas preguntas. Del otro lado te recibirá un amigo mío, de apellido Tisdale, tan pronto lo veas corre a la garita de seguridad e identifícate, los Landers no permitirán que te hagan daño. No te detengas a conversar con el inglés, ve directo con los soldados. ¿Entiendes?-

-¡Sí, pero ¿y tú ?-

-¡Estaré aquí viéndote cruzar desde esa ventana. Entonces, solo entonces cruzaré la frontera. El peligro ahora lo estoy corriendo yo pero, te repito, sé lo que tengo que hacer!-

-¿Y qué vas a hacer?-

-¡Lo que mejor se hacer!-

Dicho esto abrió su maleta pequeña y extrajo sus armas. Revisó que estuviesen cargadas y en condiciones para entrar en acción. Las guardó bajo el saco y atrajo ambas solapas del abrigo. Con los ojos a punto de llorar, Inga le confesó:

-¡Tengo miedo!-

-¡Yo también, pero ahora no podemos llorar!-

Y le secó las lágrimas que asomaron en los ojos celestes.

-¡Perdóname por hacerte pasar por esto, pero no existe otra manera. La otra opción era irme solo y eso sería imposible sabiendo que te dejaría seguramente para siempre. No puedo esperar que a alguien se le ocurra derribar ese maldito muro para volver a verte!-

-¡Ya. Te prometo que seré fuerte. No lloraré!-

-¡Lo sé. Tranquila. Pronto todo pasará!-

El momento había llegado.

Schumacher se apersonó solicitando a Inga que debía marcharse. Ambos agentes la escoltarían hasta la línea divisoria. Mostraría una autorización emitida por él. No tendría ningún problema para cruzar. Eso fue un alivio para el irlandés. Schumacher utilizaría exactamente la misma estrategia empleada para silenciar a Alexa. Permitirle el paso al otro lado. Dejar que transcurriesen unos días y enviar a sus esbirros a matarla.

Muy predecible el alemán.

Solo que esta vez las cosas no saldrían como él suponía.

Se abrazaron por última vez.

-¡A llegado la hora. El minuto. El segundo. Pero pronto estaremos juntos. Recuerda hacer exactamente lo que te dije!-

-¡Si, lo haré!-

-¡Vete ya!-

Los agentes y la rubia salieron del recinto. Schumacher y Fleming fueron a sentarse junto a una ventana. Uno de los escoltas trajo un par de binoculares. Después de unos minutos que parecieron eternos, se observó uno de los mercedes negros dirigirse hacia el punto de control fronterizo. Fleming deslizó su mano derecha hacía la parte interna de su abrigo inglés y empuño su revólver. Schumacher estaba junto a él, uno de los guardias detrás de este y el otro en la sala.

Sería tan fácil acabar con ellos y hacer las cosas de otra manera.

Mejor no.

Allí estaba el muro de ladrillo, imponente y cenizo, áspero y fuerte. Mirando hacia arriba de este, vio el tiple tendido de alambre de púas y los crueles ganchos que lo sostenían. El reflector de la torre de vigilancia movía su haz de delatora luz en torno a la base del muro. No se veía a alguien, no se oía el menor ruido. Era el escenario de una obra macabra sin espectadores.

El vehículo se estacionó junto a la caseta de control. Ambos agentes descendieron. Uno de ellos entregó unos papeles a uno de los soldados mientras otro se dirigió al automóvil linterna en mano, para mirar a la pasajera y el interior del mercedes. Uno de los agentes avanzó hacia la parte trasera para abrir la maletera. El vopo hizo una seña hacia el puesto de control.

Todo bien.

Los agentes abordaron y se encaminaron a la línea fronteriza.

El irlandés desvió su mirada hacia el otro lado. No necesitaba ver el rostro de Joshua Tisdale. Con solo verlo caminar, como un sacerdote anciano dirigiéndose hacia el altar, lograría reconocerlo en cualquier lugar del mundo. Avanzaba con calma hacia la línea divisoria. Del lado oriental de la línea, el mercedes se detuvo. Las luces delanteras fueron apagadas tras un instante de reconocimiento. Uno de los agentes descendió y abrió una puerta trasera para que Inga Behke hiciera lo propio.

Le indicó esperar junto al auto.

Abrió la maletera y extrajo el equipaje de la rubia. La acompañó hasta la línea divisoria, colocó las maletas justo sobre la línea esperando al inglés, quien luego de un breve intercambio verbal sujetó ambas maletas para ser seguido por la mujer hacia el puesto de control occidental.

El Duende soltó su arma.

Se relajó y respiró aliviado.

Era su turno.

Había llegado la hora de salir de ese lugar. El cielo ennegrecido exhibía destellos luminosos de relámpagos que anunciaban tempestad. La brisa era fría y soplaba con cierta brusquedad. Los cuatro hombres salieron al encuentro de la noche buscando en ella la luz al final del sombrío túnel.

El primer mercedes se alejaba en dirección opuesta. Fleming lo observó hasta doblar en la siguiente esquina. Eso alivió un poco la ansiedad del irlandés. Dos enemigos menos se agradecen. Eran tres los que le acompañaban más siete militares en la frontera. Sin contar a los enemigos que le esperaban del otro lado del muro.

No era este el panorama más halagüeño y adecuado para traspasar la frontera de un país dividido, pero era la realidad del Duende y, para ser honestos, esta realidad plagada de honestidad brutal y colmada de peligro mortal era la favorita del pelirrojo espía irlandés al servicio secreto de su alteza real británica.

CAPÍTULO XIII

El Espía que Sabía Demasiado

Oscurecía mientras el taxi avanzaba desde el aeropuerto hacia el centro de la ciudad. El asiento trasero era ocupado por un espía pelirrojo de mirada acerada y rostro avinagrado. No hablaba en contraste con la perorata del conductor de piel negra y acento neoyorkino. Fleming volteó ligeramente el rostro para observar las últimas luces del atardecer en la ciudad que nunca duerme, la capital de mundo.

El vehículo amarillo dobló en una calle oscura y se internó en los alrededores de un barrio de poca monta en los suburbios. El chofer miró por el retrovisor solicitando a un tiempo instrucciones de su callado pasajero. Una vez satisfecho en su requerimiento fue a estacionarse a mitad de una cuadra. El misterioso sujeto le indicó esperarlo allí y acto seguido descendió.

Miró a todas direcciones antes de comenzar a andar con paso relajado hacia el frente del taxi. La acera estaba en penumbras y no se advertía la presencia de ningún transeúnte por la zona. Tan solo un perro callejero y solitario se dirigía quizás de regreso a su guarida. Se oía el rumor lejano del tren y el motor de uno que otro carro particular. Un sonido atronador, semejante a un trueno se coló en el aire sobre la cabeza del irlandés.

Un avión comercial de pasajeros surcaba el aire.

La destartalada camioneta encendió y apagó tres veces sus luces delanteras. La señal acordada. El Duende avanzó hacia el vehículo y se situó junto a la ventanilla del conductor. Una rubia de cabello corto y rostro hermoso le sonrió.

-¿Qué tal tu vuelo?-

-¡Los he tenido peores!-

-¿Lo acordado?-

El hombre introdujo su mano diestra dentro de su abrigo y extrajo un sobre amarillo de tamaño mediano. Lo entregó a la mujer. A su vez ella le entregó un sobre blanco pequeño. El recuerdo del aroma del perfume de la rubia agente secreto de la CIA lo acompañaría de por vida. Era un olor fresco y penetrante como la fragancia de la naturaleza en cada amanecer durante el invierno.

Esta ciudad es un libro abierto lleno de símbolos y personajes que se encuentran frente a frente en la vereda de una calle cualquiera. Sin embargo, la ciudad de New York alberga a cada uno de sus habitantes y acoge a cada visitante permitiéndoles por igual deambular drogados por sus sueños e intereses particulares, enredándose en una amplia madeja de historias infinitas que aún faltan por contar.

Fleming se ajustó las solapas de su abrigo para protegerse del frío que cortaba el aire. La rubia encendió el motor y se alejó sin un adiós, sin una promesa, sin una invitación. El irlandés regresó al taxi. Le indicó al chofer parlanchín lo llevase a un restaurante japonés donde sirvieran buena comida y el mejor sake. Hacía allá avanzó el coche perdiéndose en la noche.

Un automóvil Opel color gris con matrícula de la RDA se dirigió hacia el puesto de control oriental. Su único pasajero se apeó junto a la caseta. El chofer dio la vuelta en U y se alejó en dirección opuesta a la del mercedes negro que traía a bordo al espía irlandés. El misterioso pasajero del Opel intercambió unas palabras con el militar al mando y salieron juntos cuando se apersonó el auto de color oscuro.

Cuando este se detuvo junto al puesto de control, el personaje encendió un cigarrillo y su rostro se iluminó con la tenue luz de la flama.

Simón Whiesenthal dejó escapar una bocanada de aire antes de estrechar la mano que le extendía Gunther Schumacher. Cualquiera que pudiese verlos en ese instante aseguraría que se trataba de los mejores amigos.

Cualquiera lo diría.

Pero James Fleming no era cualquiera.

Él sabía que aquellos dos sujetos más que compañeros de trabajo, más que agentes secretos, más que primero y segundo al mando, y mucho más que amigos, eran hermanos.

Hermanastros para ser exactos.

Hay ciertos rasgos faciales, líneas del rostro, la forma de las orejas, la comisura de los labios, que son hereditarias, van de generación en generación delatando, aunque a veces sea levemente, los nexos familiares entre dos o más personas.

Un agente secreto con el entrenamiento del irlandés, estaba capacitado para tomar en cuenta todos los detalles observables y conjeturarlos buscando cualquier pista o indicio que posteriormente le pudiese servir.

Descendió junto a los otros dos agentes alemanes para que el militar revisase el interior del auto y lo acompañó atrás para la inspección de la maleta, cuya puerta bajó sin cerrarla del todo. Whiesenthal le ofreció un cigarrillo a Fleming y le extendió la cajetilla indicándole conservarla.

-¡Usted quiere matarme de cáncer pulmonar o hacerme adicto a esta porquería que ustedes fuman!-

Tanto Whiesenthal como Schumacher se rieron de buena gana. Compartían la sospecha del hecho que el irlandés no les hubiese hecho alguna pregunta o comentario acerca de la presencia de ambos hombres allí y de su evidente amistad, pero lo dejaron así pensando en la capacidad reservada del pelirrojo como espía que era y su único interés de abandonar esa nación.

-¡Una dispersa dinastía de grandes hombres solitarios ha escrito la historia del mundo haciéndose protagonistas de ella!- Filosofó Schumacher. -¡Hombres como usted, Whiesenthal y yo!-

-¡Con la diferencia que yo soy uno y ustedes son dos aun siendo uno!- Respondió Fleming no sin cierta ironía.

Schumacher le pidió un cigarrillo a Fleming y este infirió que esa sería la señal para algún movimiento previamente acordado. No se equivocó. Debía obrar rápidamente y sin confiar. El alemán encendió el cigarro, aspiró hondamente, levantó la cara mirando hacia lo alto del muro y soltó la bocanada de humo. En ese momento se apagaron las luces en el puesto de control fronterizo.

Repentinamente pareció que el mundo se venía bajo. Gritos y pasos apresurados se oían a ambos lados de la frontera y de arriba y abajo del muro. Los reflectores parecían haber cobrado vida y agitarse alocadamente como serpientes heridas. Se escuchó el aullido histérico y ensordecedor de las sirenas en las casetas de vigilancia casi ahogando órdenes vociferadas con una mezcla de furia y desesperación.

Se efectuaron uno, dos, tres disparos al aire seguidos por una bengala a ambos lados del muro.

Fleming abrió una puerta trasera del auto, la cual se cerró de un solo golpe fuerte. Lo siguiente fue que alguien dio la vuelta y se sentó frente al volante. Acto seguido encendió el motor y echó a andar hacia la línea divisoria con las luces apagadas. Se oían voces y gritos a ambos lados.

Las luces se encendieron repentinamente.

En las torres fortificadas sobre el muro se activaron las sirenas y las luces de los reflectores recorrían palmo a palmo los alrededores, buscando posibles personas en fuga. Las alarmas estaban listas para ser activadas en caso de algún intento de evasión.

El mercedes cruzó la línea que separaba ambas ciudades sin algún contratiempo. Joshua Tisdale le descargó un cargador de subfusil Thompson M1928A1 de fabricación

norteamericana. La munición calibre 7,62 mm con cadencia de tiro de entre 700 y mil disparos por minuto, con alcance efectivo de entre 100 y 150 metros, a una velocidad mortífera de 280 metros por segundo, destrozó por completo el parabrisas del mercedes.

El automóvil se desvió debido a las heridas sufridas por el espía tras el volante en su planificada huida. Se estrelló contra el poste del telégrafo deteniéndose aparatosamente. Tisdale aprovechó para recargar el subfusil y rafagueó el interior del vehículo. Conocía muy bien a Fleming, por cuanto estuvieron juntos en el ejército británico y casi al mismo tiempo fueron reclutados por el servicio secreto, donde incluso compartieron extensas y duras jornadas de entrenamiento y participaron en algunas peligrosísimas misiones secretas en varios países europeos.

Sabía muy bien que a hombres duros como Fleming no bastaba con matarlo. Era necesario rematarlos para estar seguros. Vaciado el segundo cargador, procedió a aproximarse al automóvil con el tenue rastro de una sonrisa mientras introducía un tercer cargador.

Pero no logró introducirlo.

La puerta de la maletera se había abierto al impacto contra el poste, y de allí emergió una figura conocida por él, disparando con dos armas cortas cuyos impactos derribaron al agente secreto traidor. El Duende irlandés salió del interior de la maletera con ambas armas por delante. Todo era confusión en los dos lados del muro. Confusión que Fleming debía aprovechar mientras durase.

Tisdale tenía cuatro agujeros de bala en el pecho. Sangraba copiosamente y tosía con fuerza totalmente incrédulo. Fleming abrió la puerta trasera por la cual supuestamente había abordado el automóvil, tal como lo creyó Whiesenthal que observaba atónito aquel espectáculo inesperado por todos. Extrajo su maleta y se encaminó hacia el agonizante inglés. Este lo miró como quien ve a un fantasma.

Se detuvo junto a él con la pistola en la mano derecha.

-¿Creíste que confiaría en alguien en este maldito lugar?-

Quiso responder pero al intentarlo solo brotó sangre de su boca.

-¡Tan solo seguí tu consejo: no confiar en alguien, ni siquiera en mi sombra!-

Tisdale cerró los ojos, volteó el rostro hacia el auto y volvió a abrir los ojos.

-¡Creíste que estaría al volante, ¿verdad? Esperabas eso para asesinarme. Pero te equivocaste así como los jefazos en el reino. ¿Quieres saber a quién asesinaste?...A tu blanco. Tu extracción falló. Asesinaste a quien viniste a buscar. A Schumacher. Tu misión era extraerlo a él y asesinarme a mí. Todo lo hiciste mal. Te salió todo al revés!-

Ya sin fuerzas volvió a mirar a Fleming.

-¡Tranquilo. Les daré saludos de tu parte a los jefes. Tú, saluda al diablo de mi parte!-

Le apuntó con su arma y le estampó un disparo en la frente. Se había vuelto habitual en él asesinar a sus amigos de esa forma y en ese lugar. Los Landers corrieron hacia él apuntándolo con sus fusiles.

Volteó a mirar al otro lado.

Whiesenthal asistía al espectáculo atónito al darse cuenta que Fleming sabía la verdad. Había descubierto el plan, no sabía en cuál momento descubrió todo y no importaba ya. Tampoco valía la pena ir tras él. Por un momento se vio tentado a ordenar a los Vopos abrir fuego en su contra pero eso hubiese desatado una matanza que le hubiese costado el puesto.

Eso no le convenía.

Sin embargo, el irlandés sabía demasiado. Pero no creía que tratase de valerse de esa información para acometer alguna acción que le afectase. Seguramente hoy mismo saldría del país y desaparecería. Aunque todavía era posible mandarlo a matar en Ginebra adonde seguramente iría a buscar el dinero. Lo necesitaba para poder establecerse en alguna parte del mundo.

Eso sería lo que haría.

Le tendería una celada mortal.

Solamente que el alemán de origen judío no contaba con la fría y calculadora mente analítica del desconfiado irlandés. El Lander le pidió que soltase su arma. El Duende la bajó. Se identificó con agente del servicio secreto inglés. Ellos se miraron sin dar crédito a lo que veían. Indecisión que aprovechó El Duende para levantar el brazo armado en diagonal y apuntó hacia el lado oriental.

Un disparo bastó para sacudir violentamente hacía atrás la cabeza de Whiesenthal, quien retrocedió un par de pasos antes de caer a un lado de rodillas. Los Vopos se hicieron a un lado para protegerse. Fleming disparó un par de veces más y el judío cayó hacia atrás con el corazón destrozado por el plomo candente y sin poder respirar, porque un agujero abierto por una bala calibre .44 le extraía el aire en contra de su voluntad.

Fleming levantó los brazos y le dijo al Lander más cercano en perfecto alemán:

-¡El mejor enemigo es el enemigo muerto!-

Y se dirigió hacia el puesto de control, donde lo esperaba Inga. Los Landers se apartaron para darle libre acceso.

Ya todo había terminado.

De momento.

Ahora debía salir del país pero antes eran necesarias un par de paradas. Se marchó con Inga a una casa en los suburbios donde uno de sus amigos falsificadores le haría un pasaporte falso a la rubia. Le dijo que debía hacer algo pero que pronto vendría a buscarla. Ella se abrazó a él con mucha fuerza y le suplicó que no se fuera. Tenía que hacerlo. No podía dejar ese cabo suelto.

Y ese cabo tenía nombre y apellido.

Salió del recinto al cabo del amanecer. Caminaba con paso firme y decidido por las calles vacías, como un vagabundo buscando un mendrugo de pan con el cual saciar su hambre de muchos días. En realidad buscaba un escape, una salida que lo condujese libre al

fin hacía un extraño destino, una oscura verdad en la que tuviese algún tropiezo pero que le ofrecería la oportunidad de amar o callar.

De los barrios bajos se pasaba inmediatamente a las zonas más prósperas de la ciudad. Aunque en ambas zonas se multipliquen a diario todas las vicisitudes del terror y se gocen por igual las esperanzas. Dos ruseñores reñían aleteadamente encima de un tejado, hasta que se alejaron en direcciones opuestas planeando uno hacia la derecha del zaguán y el otro pasando por encima del irlandés.

Como queriendo guiar sus solitarios y firmes pasos.

El alba ya se mostraba cuando Orville Cameron se desperezaba en su mullida cama. El sol ya se hacía alto en el horizonte. Con la mano izquierda tanteó buscando el calor de su mujer pero solo encontró el frío de un cañón de revolver en su frente. Intentó, asustado, incorporarse precipitadamente pero un violento golpe de puño cerrado lo arrojó de nuevo contra su almohada.

Fue solo entonces cuando logró verlo.

El espía irlandés al servicio de su majestad estaba sentado junto a él, fumando un cigarrillo y mirándolo fijamente con ojos fríos en cara de pocos amigos.

-¡Fleming, creí, creí...!-

-¡Creíste que estaba muerto. Lo sé!-

-¡Qué bueno que estés a salvo!-

-¡No cualquiera sobrevive a dos descargas de subfusil Thompson!-

-¡Es verdad!-

-¡Lo que me gustaría saber es ¿cómo un arma de guerra norteamericana puede llegar a manos de un espía inglés en Alemania?-

Tras un momento de pálida vacilación, Cameron tartamudeó antes de contestar:

-¡Estamos en plena guerra fría. El mercado de armas permanece abierto durante las 24 horas del día en cualquier lugar del mundo!-

-¡Si, pero Tisdale debió tener un contacto norteamericano que le facilitase el arma!-

-¿Tisdale?-

-¡Sí!-

-¡No sabía que estuviese en Alemania!-

-¡Oficialmente no está!-

-¡Pero, todo esto, ¿qué tiene que ver conmigo?-

-¡Nada!-

-¿Estás loco?, ¿dónde está Diane?-

-¡Encerrada en el baño!-

-¿Está viva?-

-¡Sí. Pero la mataré si no me entero quién le consiguió esa arma a Tisdale, ya sabes, el enlace con los gringos!-

-¡Pero ¿por qué yo?, ¿por qué me haces esto?, soy tu amigo, si necesitabas mi ayuda solo tenías que llamarme, no meterte en mi casa, amordazar a mi novia, golpearme y apuntarme con un arma!-

El revólver se elevó rápidamente y casi con la misma velocidad descendió abruptamente y se estrelló en el rostro del joven espía.

-¡Aaaaay. Espera. Está bien. Fui yo. Tú lo sabes. Fui yo. Si no lo supieras no estarías aquí!-

-¡Maldito. Por supuesto sé que fuiste tú. Ahora dime, ¿cómo prefieres morir?-

-¡No me mates, no me mates, por favor!-

-¡No hago favores, y me gusta asesinar a mis “amigos”. Debe ser el aire alemán, algo malo debe tener. ¿O será el agua?, ¿tú qué crees?, “amigo”!-

-¡Espera, espera. Necesitas dinero para irte a otro país. Puedo ayudarte!-

-¿Sí?, ¿me nombrarás heredero universal de tu fortuna?, “lord inglés”!-

-¡No. Tengo dinero, mucho dinero, aquí mismo, en la caja fuerte. Llévatelo, es tuyo!-

-¿Me estás comprando?-

-¡No, no, no, no, no. Es solo para ayudarte, mi amigo!-

-¡Okey. ¿Combinación?-

-¡04-05-19-74!-

-¡04-05-19-74!- Repitió Fleming.

-¡Sí, sí!-

-¡Gracias!-

-¡Oh. Gracias a Dios. Sabía que entenderías. ¿Me obsequias un cigarrillo?-

El Duende le extendió un cigarrillo, le lanzó un encendedor y agarró una almohada tras la cual colocó su arma para amortiguar la detonación. Cameron dejó escapar una bocanada de humo y al mirar a Fleming solo pudo ver la almohada que quedó agujerada por el disparo que se incrustó justo en medio de su frente.

El irlandés abrió la caja fuerte. Tomó el dinero. Lo introdujo en un maletín de cuero propiedad de Cameron. Fue hasta el baño. Se agachó junto a la mujer y le dijo:

-¡Te voy a desatar. Luego te darás un largo baño, saldrás, te vestirás sin gritar veas lo que veas, tomarás tus cosas y este maletín. Tiene dinero. Es tuyo. Sabrás que hacer. Quedarte aquí y no hablar de esto con las autoridades o irte del país. O puedes ir con la

policía y ser encarcelada como sospechosa de la muerte de un agente secreto británico. Te lo preguntaré una sola vez: ¿qué harás?-

-¡Me bañaré, me vestiré, tomaré mis cosas y el maletín, me iré a mi casa y no le diré una sola palabra de esto a nadie. Y abandonaré el país tan pronto me sea posible. Lo juro!-

-¡Te creo!-

Colocó una sábana sobre el cadáver de Cameron y se marchó. Ya nada le retenía en Alemania. Esta misma tarde saldría con Inga hacia Ginebra y de allí a ajustar cuentas con los grandes.

Aún tenemos cuentas que saldar.

Aún queda Duende para rato.

CAPÍTULO XIV

Saldando Cuentas

Al contrario de muchas grandes ciudades, donde las zonas altas se encuentran al norte y las menos al sur, en Londres esta regla no se puede aplicar. En la ciudad del Big Ben esto es diferente, por cuanto los barrios con más poder adquisitivo se encuentran al oeste y los de menor estatus al este. Albert Hamilton, jefe de Operaciones de la sección de Contraespionaje, tenía su hogar en la zona sur-este. Era un alojamiento de un coste un tanto reducido pero amplio y confortable, a tan solo 30 minutos en metro del centro de la ciudad.

En Londres nadie desea vivir en el centro.

Lo que se considera el centro de la ciudad, como por ejemplo Oxford Circus, es simplemente un núcleo turístico atestado de gente curiosa y sitios para curiosear. La zona sur-este combina la humildad de los barrios del sur con lo bohemio de los barrios del este.

Se sentó en un mullido sillón con una copa de vino espumante italiano, su favorito. Un habano cubano complementaba su regocijo. Tan solo el cañón de la pistola Colt en su sien izquierda contrastaba en la escena. Intentó levantarse pero el cañón de un potentísimo revólver estrellando la punta en medio de su pecho lo detuvo en seco.

Era mejor permanecer sentado.

-¡Apague el habano. No debería fumar, el cigarro mata!- Le indicó su inesperado visitante.

-¡Jamás se me hubiese ocurrido que tuvieses el valor de regresar a Inglaterra!-

-¡Lo que ocurre es que tenemos una definición muy diferente de valentía, yo voy de frente ante el peligro, usted, sucia rata, se esconde detrás de un escritorio!-

-¡Solo hago mi trabajo!-

-¡Y por eso le pagan!-

-¡Igual que a ti por hacer el tuyo!-

-¡Por eso estoy aquí. Ya hice mi trabajo, ahora quiero mi pago!-

-¿A qué te refieres?-

Fleming extrajo un papel del bolsillo de su camisa y se lo extendió a su ex-jefe.

-¡Vas a realizar una llamada a finanzas, autorizarás mí pago depositado en la primera cuenta bancaria cuyo número tienes en la mano, y mi jubilación en la segunda para que mi ex esposa la cobre y me iré!-

-¡Al final todo se trata de dinero!-

-¡Ese dinero me corresponde por años de servicio, no le estoy robando a nadie, a diferencia de ti, basura!-

-¡No tenías que venir a mí casa para hacer esto!-

-¡Claro que sí, de lo contrario hubieses rastreado la llamada y me tenderías una trampa con Solomon!-

-¿Cómo sabes que no lo haré apenas te vayas?-

-¡Porque Solomon está muerto. Le metí una bala en la frente con un rifle de alto poder. Recuerde que hice un curso de francotirador en Escocia. Ahora haga la maldita llamada y nada de trucos o se muere y no espere que venga su sirvienta, la despedí!-

Sin más alternativa que obedecer, el antiguo espía hizo lo que se le indicó. Ya tendría ocasión para tomar revancha.

-¡Listo. ¿Qué más quieres?-

-¡Esto es lo que haremos. Me iré. No intente hacer una llamada porque tengo a un amigo, un verdadero amigo allá afuera apuntándole con un rifle telescópico y no dudará en disparar. Cuando escuche que la puerta de entrada se cierre encenderá otro de sus habanos ecuatorianos porque sepa que es tan idiota que cree que esa porquería que fuma con tanta pompa es cubana, terminará de fumarlo y tomará otra copa de vino. Eso me dará tiempo para marcharme. Apenas termine su habano mi amigo se irá. Tiene mi palabra. Puede entonces hacer lo que le venga en gana!-

-¿No temes que envíe alguien detrás de ti?-

-¡Si es la mitad de inteligente de lo que creo, no lo hará. Deje las cosas como están. Véalo de esta forma, le hice un favor matando a Solomon, ahora su cargo será para usted. Recuerde que, se supone, la operación que usted organizó salió muy bien, murieron Whiesenthal, Schumacher y mi persona. Todo un éxito. La muerte de Tisdale es tan solo un pequeño error aceptable!-

-¡Bueno. Supongo que tenemos un trato!-

-¡Hasta nunca, Hamilton. Salude al Diablo de mi parte. Y no debería seguir fumando, el cigarro mata!-

Dicho esto se retiró haciendo sonar la puerta de enfrente cerrando con un portazo. Hamilton secó el sudor de su amplia frente. Se sirvió otra copa pensando si sería cierto lo del francotirador que le observaba. Tal vez era alguien externo al servicio. Alguien de las calles, quizás un ex-compañero de armas. Era mejor no arriesgarse conociendo como en realidad conocía la fama del Duende irlandés.

Ciertamente lo mejor era seguir las instrucciones de Fleming. Extrajo otro habano de la caja de madera. Lo olió disfrutando su aroma tropical tratando de notar la diferencia entre un habano cubano y uno ecuatoriano. Se arrellanó en su cómodo sillón y encendió el habano recordando las últimas palabras del irlandés.

-¿Por qué le diría eso de “el cigarro mata”?-

Nunca lo averiguaría.

La casa estaba impregnada de gas debido a que El Duende había roto la tubería de la cocina. La explosión fue terriblemente fuerte. Las ventanas temblaron expulsando violentísimamente sus vidrios fragmentados en incontables pedacitos. Una densa columna de humo espeso y fuego voraz se elevó por el aire. El brutal impacto devastó la casa haciéndola saltar por el aire en miles de pedazos incluyendo los de Hamilton.

Quizás lo identificarían por la dentadura.

Escocia fue un reino independiente desde la Alta Edad Media, y a menudo estaba en guerra contra Inglaterra, que era ya una gran potencia europea. En 1.603, tras la muerte de la reina de Inglaterra, Isabel I, el rey de Escocia, Jacobo VI Estuardo, heredó el trono de Inglaterra. Convertido así en Jacobo I de Inglaterra, se autoproclamó rey de Gran Bretaña, pero ambos reinos estaban unidos únicamente por la figura del rey, por cuanto seguían siendo naciones distanciadas por sus diferencias irreconciliables y conflictivas.

En 1.700, parlamentarios de ambos reinos inician una serie de conversaciones que tenían la finalidad de unir las dos naciones bajo un parlamento y un gobierno únicos. El llamado Tratado de Unión, votado ampliamente por ambos parlamentos fundó en 1.707 el Reino Unido. Escocia conservó su iglesia calvinista presbiteriana y su sistema de leyes y tribunales. Desde el siglo XIX, el Reino Unido es la unión de cuatro naciones: Inglaterra, País de Gales, Escocia e Irlanda, desde 1.921 llamada Irlanda del Norte.

Escocia actualmente está en vías de la desindustrialización, particularmente su mayor ciudad, Glasgow. Las viejas industrias pesadas, construcciones metálicas, mecánicas, astilleros, minas, carbón, poco a poco están dejando de existir en lo fundamental.

El progreso también trae consigo muerte, destrucción y olvido.

Lo viejo y obsoleto muere para ceder su lugar a lo nuevo y moderno.

La geomorfología escocesa se formó debido a la acción de las placas tectónicas y, posteriormente por los fenómenos erosivos de origen glaciario. Debido a esto la primera división de Escocia es la línea de falla de las Tierras Altas o Highlands, que separa el territorio entre las Tierras Altas al norte y al oeste, y las Tierras Bajas al sur y al este.

El territorio de las Highlands es esencialmente montañoso, constituyendo el territorio de mayor altitud de todo el Reino Unido. Se encuentran separadas por el Great Glen entre los Montes Grampianos al sudeste y las Tierras Altas del noroeste.

Las Lowlands o Tierras Bajas, por su parte, están repartidas entre las Southern Uplands, una extensión de terrenos de uso agrícola, surcados por valles poco profundos, con colinas cubiertas de brezo, y las tierras igualmente de uso agrícola del Central Belt y del este de Escocia.

Mi ex esposa tiene su hogar en las Highlands.

Es un área con baja densidad de población y con un relieve muy variado. Tiene una superficie de 25.784 km², que en términos de extensión es igual a Cerdeña. Vive tranquilamente con su esposo y nuestros hijos en la localidad de Inverness.

Allí me esperaba Inga.

Reunidos en torno a la mesa, El Duende relató a su ex y su esposo los últimos acontecimientos, la rubia de ojos azules corroboraba sus palabras. La pareja de escoceses no daba crédito a lo que oían con estupor. Aun así El Duende quiso tenerlos al tanto de todo:

-¡El plan era fingir la muerte por fusilamiento en prisión de Schumacher, y cruzar la frontera para que Tisdale lo trajese a Inglaterra y a mí me enviase al otro mundo. Así pasaría desapercibida la huida del alemán. Mientras tanto, Whiesenthal comenzaría a escalar posiciones hasta convertirse en un líder político importante, que más temprano que tarde conseguiría el control de la nación, para bien o para mal!-

-¡Eso ya nunca lo sabremos!- Dijo la madre de sus hijos.

-¡En una ocasión me comentó que soñaba con que el muro cayese pronto. Quizás esa era su meta como político. ¿Quién puede saberlo?-

-¿No te remuerde la conciencia?, ¿quizás asesinaste a la persona que iba a ordenar el derribo del muro de Berlín?-

-¡Tal vez si, tal vez no. Una mente totalmente sana no crea planes macabros como ese que él trazó junto a su hermanastro. Quizás se hubiese convertido en un monstruo peor que Hitler. Eso ya no lo sabremos nunca!-

-¡James, dime una cosa, ¿no te dolió asesinar a sangre fría a tu amigo Tisdale?, ¿y a los otros? - Quiso saber el padrastro de los hijos del Duende.

-¡No. Eran ellos o yo!-

-¿Es así como tratas a tus amigos?-

-¡Deberías ver como trato a mis enemigos!- Sentenció Fleming.

-¡Lo mejor de todo es que ya pasó. El peligro pasó!- Acentuó la hermosa rubia alemana.

-¡Inga tiene razón, a ustedes no los buscarán. Enviarán a alguien para decirte que morí cumpliendo con mi deber. Deja que me hagan un falso entierro con honores en Londres, llora un poco, cobra mi pensión y listo. Sé feliz y has felices a nuestros hijos. No te diré a dónde voy pero si te diré que algún día volveré a verlos. Regresaré a Irlanda y les avisaré en secreto para que vayan a visitarme y vendré de vez en cuando. Por ahora debo desaparecer por uno o dos años. Eso bastará para que en Londres se olviden de mí!-

-¿Cómo sabré que están bien? - Quiso saber su ex esposa.

-¡Estaremos bien. Recuerda que soy un duende. Un duende irlandés!-

-¿Necesitas dinero? - Preguntó el abogado.

-¡Claro que no. Un amigo me entregó una fuerte cantidad en Ginebra!-

-¿Y dónde está ahora ese amigo? - Refunfuñó la madre de sus hijos.

-¡En un apacible y cómodo cementerio en Ginebra rumbo al encuentro con Dios!-

-¡James Ian Fleming O'Connor, nunca cambiarás!- Sentenció la mujer.

-¡Yo le haré cambiar!- Prometió Inga.

-¡Linda, tendrás que esforzarte bastante. Igual te deseo suerte y todo lo mejor. Para ambos. Cuida mucho a este duende del demonio. En el fondo no es tan malo como parece, solo no permitas que se ausente de casa y todo les irá bien. ¿De acuerdo?-

-¡De acuerdo!- Asintió la alemana.

-¡Silvia, aconséjala bien. Mañana nos iremos!- Comentó el irlandés.

Efectivamente al día siguiente se marchó con Inga hacia Holanda usando sus contactos diseminados en todo el mundo. Ámsterdam está situada entre la bahía del IJ al norte, y a las orillas del río Amstel, al sureste. Fue fundada en el siglo XII como un pequeño pueblo pesquero, sin embargo, actualmente es la ciudad más grande del país y un gran centro financiero y cultural de proyección internacional.

Ámsterdam es una de las principales ciudades en lo que a fiestas se refiere. Por la noche es un zoológico humano, con todo tipo de extraños y maravillosos lugares. En la ciudad se puede dar tanto un paseo romántico en carreta tirada por caballos a la luz de los puentes, o ir de bar en bar antes de bailar hasta el amanecer en algunas de las discotecas más importantes de Europa.

También es posible pasar una pecaminosa noche en el perverso submundo de esta ciudad que tiene pocas inhibiciones.

Afortunadamente por su educación estricta, sus valores hogareños y su pudor, Inga prefería la vida cultural que también ofrece esta ciudad con amplia variedad. Son innumerables las ofertas de obras de teatro, música o danza, desde artistas callejeros hasta los conciertos en el magnífico Concertgebouw, famoso por su increíble acústica.

Entraron como cualquier pareja de enamorados al Café Hoppe, el cual comenzó como una destilería en 1.670, y actualmente es uno de los bares holandeses más auténticos

que se pueden encontrar en la ciudad. Está dividido en dos partes, la que tiene más ambiente es la que hace esquina con Heisteeg. Tanto los habitantes, conocidos como Amsterdammers, como los turistas comparten el estrecho bar con el suelo de arena y barriles llenos de Jenever, la ginebra holandesa. La barra es muy bonita y está perfectamente conservada.

Holanda es además la región histórica de los Países Bajos y fue el núcleo integrador de la nacionalidad holandesa. Su nombre se debe, por extensión, a todo el estado aunque el nombre oficial es Reino de los Países Bajos, y exhibe una superficie de 41.526 km², con una población de 16.105.000 habitantes. La lengua oficial es el holandés y en cuanto a religión se debate entre la Protestante y la Católica.

Nederlanden o Nederland, como también se le conoce, limita al Sur con Bélgica, Alemania al Este y al Oeste con el mar del Norte. Su forma de gobierno es una Monarquía Constitucional. Esta nación ocupa una zona de tierras bajas y llanas óptimas para la ganadería que pertenecen a la gran llanura de Europa septentrional.

Alojados en un hotel del centro de la ciudad, la rubia le preguntó:

-¡James, querido, ¿a dónde iremos?-

-¡Copacabana, Brasil!-

-¡Wuaooo. Sudamérica. Qué bien!-

-¡Allá nadie nos irá a buscar. Estaremos un tiempo allí, luego pasaremos a Venezuela, Colombia y luego Panamá, nuestro destino final. Tengo amigos allá. Tienen un casino. Nos cuidarán!-

Ella se sentó en sus piernas, rodeó su cuello y mirándolo fijamente con sus impresionantes ojos azules, le dijo:

-¡Iré contigo hasta el fin del mundo si es necesario!-

-¡Algún día volveremos a casa. Y cuando el muro caiga volverás a ver a tu familia. Lo prometo!-

-¡Pero tú ya no puedes volver a Inglaterra!-

-¡No creo que la reina me extrañe, así como yo tampoco extrañaré a esa vieja!-

Sonrieron, se besaron. Todo había salido bien, como el espía irlandés lo planeó. Ahora solo debía desaparecer por un tiempo y vivir anónimamente. Es así como viven quienes deciden hacer del peligro su forma de vida. Es así como terminan aquellos cuyas vidas transcurren al filo del bien y del mal.

Justo en el lado oscuro de la luz.

El lado oscuro de la luz.

F I N

